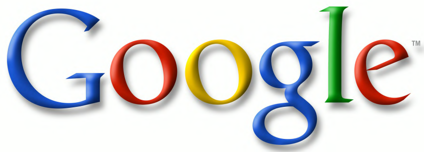
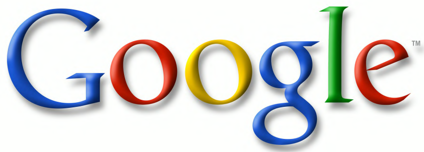
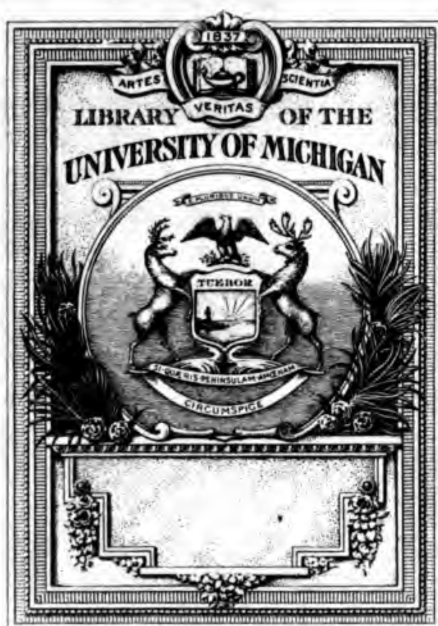



Google




1837
ARTES
SCIENTIA
VERITAS
LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF MICHIGAN
TUEBOR
SI QUAERIS PENINSULAM AMOENAM
CIRCUMSPICE



AMORES

Y

AMORÍOS,

HISTORIETAS EN PROSA Y VERSO

POR

D. PEDRO ANTONIO DE ALARCON.

MADRID,
A. DE CÁRLOS É HIJO, EDITORES.
CALLE DE CARRETAS, NÚMERO 12, PRINCIPAL.
MDCCCLXXV.

Imprenta, estereotipia y galvanoplastia de Aribau y C.ª (sucesores de Rivadeneyra)
IMPRESORES DE CÁMARA DE S. M.,
calle del Duque de Osuna núm. 3.

AL INSIGNE POETA, INVENTOR DE «LAS DOLORAS»,

EXCMO. SR. D. RAMON DE CAMPOAMOR,

SU AMIGO,

P. A. DE ALARCON.

AL QUE LEYERE.

Este libro, como tal libro, ó sea considerado en conjunto, se ha formado solo: es una especie de generacion espontánea: no fué previamente imaginado ni concebido por el que hoy resulta ser su autor.—El autor se lo halló un dia sobre su mesa, como llovido del cielo ó abortado por el infierno, diciéndole descaradamente: «Aquí he nacido, y aquí estoy. Reconóceme, ó reniega de mí. Dame nombre y apellido, ó échame á la Inclusa. Coleccióname entre tus obras, ó relégame al archivo de tus pecados literarios.»

Quiere esto decir (dejándonos de metáforas) que el autor, al repasar en un momento de ocio y sin ningun propósito determinado una porcion de historietas y poesías, escritas por él en diferentes épocas, y que nunca habia llegado á publicar, y otras que, si aparecieron sueltas en tal ó cual periódico, tampoco figuraban en las colecciones

de novelillas, versos y artículos que corren con su nombre, cayó en la cuenta de que la mayor parte de aquellos trabajos casuales, y al parecer heterogéneos, tenian mucha conexion entre sí, no carecian de congruencia artística y unidad moral, y áun podrian constituir un libro completo, sólo con que se les hallára el comun denominador, ó sea un título genérico adecuado á su idea dominante.

¿Cuál era ésta? ¿Qué concepto general se desprendia de todas aquellas proposiciones particulares?—*Nihil sequitur geminis ex particularibus unquam*, deciamos en las aulas; pero, bien miradas las cosas, cuando las proposiciones *menores* son muchas, su repeticion y concordancia llegan á suplir por una *mayor*, sobre todo en materias de sentimiento..., y la verdad es que los mencionados escritos sueltos parecian un largo sorítes encaminado á demostrar que *no es* AMOR *todo lo que se suele llamar así.*—Alegres y hasta picantes algunas veces en la forma; otras sarcásticos y humorísticos; aquí afectando sensualidad epicúrea; allí elevándose á un ascetismo semi-platónico, semi-cristiano, aquellos artículos y poesías eran otras tantas diatribas contra el *amor falso*, y otros tantos desagravios del *amor verdadero*, del amor espiritual, del amor del alma, de esa caridad milagrosa, que, nacida de la union de dos corazo-

nes, sirve de foco á la familia, y es causa y estímulo de los generosos afanes, de los sublimes sacrificios y de la heroica abnegacion con que los esposos entre sí, los padres á los hijos, los hijos á los padres y los hermanos á los hermanos, se hacen llevadera la vida en este valle de lágrimas.

Que la prohibicion, que el interes, que la concupiscencia, que la curiosidad, que el amor propio, que la terquedad, la moda y hasta la rutina usurpan con frecuencia su santo nombre al *amor* para adjudicárselo á viles ó necios *amoríos*, demostrábase allí á cada paso, por activa ó por pasiva, positiva ó negativamente, y hasta en ocasiones (como sucede en la *Conjugacion del verbo Amar*, escrita hace veinte años; en el romance titulado *Las Exequias del amor ó el Dia de Luna*, de fecha muy reciente; en *La Última calaverada*, en *El Llanto del Cocodrilo* y en *Las Nubes*) veíase casi formulada la teoría...—«¡Intitúlese AMORES Y AMORÍOS la coleccion de estas historietas!»—exclamó, pues, el autor...

Y no bien pronunció estas palabras, los papeles se convirtieron en libro, ó el libro *fué hecho* (que hubiera dicho Moises); y el autor, ya que no viera *que era bueno*, como le acontecia á Dios con todo lo que criaba, no pudo negar *que era suyo...*

Púsole entónces su nombre; mandólo á la im-

prenta á que lo vistiesen de nuevo, y hélo aquí, lector amigo, esperando de tu liberalidad que lo compres, de tu indulgencia que te guste, y de tu misericordia que no lo prestes.—*Vale.*

P. A. DE ALARCON.

1875.

SINFONIA.

CONJUGACION DEL VERBO «AMAR.»

CORO DE ADOLESCENTES.—Yo amo, tu amas, aquel ama, nosotros amamos, vosotros amais, ¡todos aman!

CORO DE NIÑAS (*A media voz*).—Yo amaré, tu amarás, aquella amará, ¡nosotras amarémos! ¡vosotras amaréis! ¡todas amarán!

UNA FEA Y UNA MONJA (*A duo*).—¡Nosotras hubiéramos, habriamos y hubiésemos amado!!

UNA COQUETA.—¡Ama tu! ¡Ame V.! ¡Amen ustedes!

UN ROMÁNTICO (*Desaliñándose el cabello*).—¡Yo amaba!!!

UN ANCIANO (*Indiferentemente*).—Yo amé.

UNA BAILARINA (*Trenzando delante de un banquero*).—Yo amara, amaria..... y amase.

DOS ESPOSOS (*En la menguante de la luna de miel*).—Nosotros habiamos amado.

UNA MUJER HERMOSÍSIMA (*Al tiempo de morir*).—¿Habré yo amado?

UN POLLO.—Es imposible que yo ame, aunque me amen.

EL MISMO POLLO (*De rodillas ante una titiritera*).—¡Mujer amada, sea V. amable, y permítame ser su amante!

UN NECIO.—¡Yo soy amado!

UN RICO.—¡Yo seré amado!

UN POBRE.—¡Yo seria amado!

UN SOLTERON (*Al hacer testamento*).—¿Habré yo sido amado?

UNA LECTORA DE NOVELAS.—¡Si yo fuese amada de este modo!

UNA PECADORA (*En el hospital*).—¡Yo hubiera sido amada!

EL AUTOR (*Pensativo*).—¡AMAR! ¡SER AMADO!

LAS NUBES.

¿Dó están agora aquellos claros ojos
. . . .
¿Dó está la blanca mano delicada?
. . . .
En la fria, desierta y dura tierra.
. . . .

GARCILASO.

El teatro representa las cinco partes del mundo.

Época: todos los siglos.

Es una tarde de otoño.

Un jóven de veinte años (que no está vestido de luto) pasea solitario y triste por una solitaria campiña, á un cuarto de legua de cualquiera ciudad.

La ciudad divísase á lo léjos, enrojecida por los fulgores del sol poniente.—Los rumores de vida de la poblacion no llegan hasta el melancólico paseante.

Á otro extremo de la vega descúbrense las altas y lisas tapias blancas de un vasto cercado.—Es el infalible cementerio que hay á las inmediaciones de toda poblacion humana.

El jóven se aleja cada vez más de la morada de los vivos y de la de los muertos, caminando hácia el ocaso, cual si quisiera irse del mundo con el sol de aquel dia....

Los campesinos regresan entretanto á sus hogares, llevando al hombro los instrumentos de labranza y precedidos de las fatigadas yuntas.

Rotas nubes de bellísimos colores se ven esparcidas acá y allá en el azul del infinito espacio, más bien como un nuevo atavío de aquella refulgente tarde que como amenaza de mal tiempo.

El jóven fija en aquellas nubes sus entristecidos ojos, hasta que, por último, exclama patéticamente:

—¡Qué libres sois, oh nubes
del apacible otoño!
¡Qué leves vuestras alas
de púrpura y de oro!
¡Oh dulces compañeras
del triste que va solo
por los desiertos campos
llorando sus enojos!....
¿Por qué cruzais vosotras
espacios luminosos
en tanto que la tierra
cansado yo recorro?

—

¡Qué gratos son al alma
los tintes melancólicos
con que lanzais del dia
los últimos sollozos!
¡Qué amigo es de mis penas
aquese cielo lóbrego
cuyos fulgores miro
borrarse poco á poco!—
Así ví yo eclipsarse
la luz de aquellos ojos

que heló ya para siempre
la muerte con un soplo!

—

¡Fugaces viajeras!
Imágen vuestra somos
los míseros mortales.....
¡Así vamos nosotros
en alas de los vientos
á un fin seguro y próximo,
la nada único orígen,
la muerte único polo!....
¡Así se desvanecen,
tras un término corto,
los fáciles engaños
de nuestros sueños locos!

—

¡Morir! ¡dulce esperanza!
¡deleite misterioso!....
¡Morir! ¡único puerto
del mar en que zozobro!
¡Predestinado instante
de recobrar el trono
que el alma echa de ménos
hundida aquí en el polvo!
¡De libertad y dicha
hora que espero ansioso
para volar al lado
de la que muerta adoro!

—

¡Oh plácido consuelo! —
tal es, tal es el solo
que réstale á mi espíritu

en este valle hondo
donde mi ausente amiga
dejóme en abandono,
sin más que sus recuerdos,
sin más que mis enojos!
Llevadme ¡oh, sí! llevadme,
nubes de fuego y ópalo;
llevadme en vuestras alas
al mundo por que lloro!

—

De la terrestre atmósfera
desparezcamos pronto,
cual disipada esencia
que huyó del frágil pomo.....
crucemos por el éter
cual raudo meteoro;
dejemos á los astros
girar del mundo en torno;
lleguemos al Empíreo,
y ante el divino sólio
postrémonos, deshechos
en lágrimas de gozo!

—

Mas ¡ay!..... la negra noche
borró vuestros contornos.....
¡Tambien me abandonais
á solas con mi lloro!
Ya habeis desparecido
cual sueño vagaroso....
cual aves pasajeras.....
cual desparece todo!
¡Oh nubes disipadas

del apacible otoño,
llevad mis pensamientos
á la que muerta adoro!

. . . .

Dichas estas palabras, siéntase el jóven en la marchita hierba, oculta el rostro entre las manos, y llora desconsoladamente.

. . . .

Á la siguiente mañana, los labradores que iban á continuar sus faenas del dia anterior, lo hallaron en aquel mismo sitio, tendido, inmóvil, con los ojos cerrados y la palidez de la muerte en el semblante.

¿Estaba dormido? ¿Estaba desmayado? ¿Estaba realmente muerto?

Caso de estar muerto, ¿su muerte habia sido natural? —¿Ó tal vez se habia matado él mismo?....

Y, si respiraba aún, ¿volvió á contemplar las nubes desde aquella tierra?

¿Alejóse para siempre de allí? ¿Hizo largos viajes? ¿Se consoló de su dolor? ¿Amó á otras mujeres? ¿Se casó con alguna? ¿Tuvo hijos?

Figúrese cada lector lo que se le antoje.

SERENATA MANCHEGA.

COMEDIA DE CAPA Y.... NAVAJA.

ACTO ÚNICO.

Decoracion de calle, que al mismo tiempo es carretera de prímer órden, en Santa Cruz de Mudela.

Música á lo léjos, reducida á una guitarra, que preludia las seguidillas.

El tañedor canta:

«Ayer te he visto en cuerpo.....
¡qué cuerpo tienes!
Ayer te vi en el baile...
¡cómo te mueves!
¡Casi se duda
que haya en cuerpo tan pícaro
alma tan pura!»

Zumba una piedra, y la guitarra vuela hecha pedazos.

Oyense carreras, palos y pedradas.

Salen á relucir las navajas *de la tierra*.

No hay alumbrado.

. . . .

Siéntese abrir y cerrar puertas y ventanas.

Vuelve al fin á reinar el silencio; y, en medio de él, ya muy tarde, rechina el postiguillo de una reja y percíbese un dulce cuchicheo, algun suspiro, algun ósculo...

Estas cosas sólo las oye el poeta, y el poeta ve al mismo tiempo que con aquellos besos se confunden acerbas lágrimas...

El tañedor ha matado á uno.

Antes del amanecer desaparece del pueblo.

Al muerto le hacen la autopsia, y resulta que está muerto indudablemente.

ENDECHA ANDALUZA.

MÚSICA DE FANDANGO.

La escena es en otro pueblo, pero la situacion pudiera servir como de segunda parte á la traji-comedia anterior.

Canta MANUEL, con voz tristísima:

El dia que tú te cases,
y no te cases conmigo,
¡qué lástima le tendrá
el Amor á tu marido!

Esta copla se pierde en el espacio, sin que ninguna mujer se dé por aludida en aquel pueblo.

La mujer á quien hace referencia vive muy léjos de aquellas comarcas.

AL VOLVER UNA ESQUINA.

DRAMA EN UN ACTO.

—¿Tienes el alma, niña,
como la cara?
— Yo, señor caballero,
no tengo alma.

(*La Policía interrumpe el diálogo.*)

EL LLANTO DEL COCODRILO.

La escena es una mañana de Abril, — en el campo.

Personajes: PRIMER-GALAN y DAMA-JÓVEN.

Quiero decir que el galan tiene treinta años y la dama quince.

La dama aparenta perseguir mariposas...; pero lo que realmente hace es no perder de vista al galan.

El galan, en cambio, la persigue á ella, aparentando no ver sino las mariposas.

Alcánzala, al fin, en un paraje solitario, á la orilla de un manso rio, á la sombra de unos verdes árboles, y allí, cogiéndole una mano, dícele con suma timidez y profunda tristeza:

Tu mano trasparente
muéstrame ¡oh niña! —
¡Qué pura y qué suave!
¡Dios la bendiga!
Quieran los cielos
que tal mano le otorgues
á un digno dueño!

¡ Harto sé que á mí nunca
podrás amarme !...
Y yo tambien ¡ ay triste !
te he visto tarde...
¡ Tarde, bien mio,
para darte las flores
de mi cariño !

—

Las espinas tan solo
darte pudiera
que otras manos clavaron
en mi alma enferma...
¡ Y tú, hija mia,
no has de trocar tus flores
por mis espinas ! —

—

¡ Lloras al escucharme !...
¡ Mal hecho, hermosa !
El dolor es un buitre...
tú una paloma... —
¡ Paloma blanca !
de amores como el mio
guarda tu alma !

—

Mas ¿ qué es esto ? ¡ Tu mano
tiembla en las mias !...
¡ Qué pura y qué suave !
¡ Dios la bendiga !
¡ Déjame, hermosa,
que esta mano de nácar
lleve á mi boca !...

¡Oh, qué cútis tan fino!
¡Parece raso! —
¿Qué serán tus mejillas,
si así es tu mano?
¡Serán dos rosas!... —
¡Dos rosas son!...—¡Dios mio!
¡pues y tu boca!!...

—

¡Ay de mi sin ventura!
¡Y ahora te alejas,
cuando ardiendo en tus labios
mi alma te llevas!
¡Traidora! ¡Ingrata!
¡Devuélveme mi beso!
¡Dame mi alma!

¡Inútiles lamentaciones! La cazadora de mariposas, mariposa ya de los verjeles del amor, revuela por las verdes campiñas, sin que haya modo de darle alcance.

Más avisada que suelen serlo sus compañeras, guárdase muy mucho (á lo ménos por aquel dia) de tornar á acercarse á la llama en que ha estado á punto de perecer.....

Pero el fuego fascinador volverá á atraerla con el tiempo, y al cabo sucumbirá como todas...

¡Quiera Dios que la luz que abrase sus alas sea la sacra antorcha del Himeneo!

NOTAS SUELTAS.

(*Canta un amante, pensando en* Luisa:)

Tiene los ojos negros,
  ojos de luto.....
¡Mi corazon lo lleva
  desde que es suyo!

(*Canta otro amante, pensando en* Cármen:)

Me dice que no la vea,
para que olvide su amor.....
¡Ay! los que pierden la vista
sólo piensan en el sol.

(*Canta un terçer amante, pensando en* Julia:)

Unos ojos negros, niña,
fueron para mí un infierno...;
pero tus ojos azules
me hacen entrever el cielo.

(*Cuarto amante, pensando en* DOLORES :)

Como no le digo nada,
ni áun sospecha que la quiero...
¡y yo sé que me querria
si supiera lo que pienso!

(*Quinto amante pensando en* ELENA :)

De tanto fiero tormento
el que no puedo sufrir,
es saber que algunas noches
llorarás pensando en mí.

(*El mismo á la misma:*)

Nunca nos hemos besado...
y los dos tenemos boca!
y me quieres y te quiero !
y nos hemos visto á solas!...

(*Continúan las canciones indefinidamente.*)

LO QUE SE OYE

DESDE UNA SILLA DEL PRADO.

(*Verano de* 1874.)

. . . .

—¡Qué noche tan hermosa!

—¡Hermosísima!...

—Y ¡qué calor ha hecho hoy!... Figúrese V. que esta mañana...

. . . .

—Abur...

—Adios...

—Muy buenas noches...

. . . .

—Pues, sí, señor: como le iba diciendo á V....

. . . .

—¡Ja! ¡ja! ¡ja!

—¿Has conocido á ese? Es aquel que el año pasado...

. . . .

—¡Agua, aguardiente y azucarillos! ¡Agua!

. . . .

—¡Niñas! ¡niñas! ¡más despacio!

—Tenga V. cuidado. Arturo, ¡que nos llama mamá!

. . . .

—¡Barquillero!

. . . .

—Matilde, ¡eres un ángel!... ¡eres una diosa!... ¡eres una...

. . . .

—Pero, ¡hombre! ¡Esa mujer es una arpía! Gustavo debia divorciarse...

. . . .

—¡Ramitos y camelias! ¡La vara de nardo á dos reales!—Señorito, cómpreme V. una...

. . . .

—¡Allá van! ¡Ella es! ¡Aprieta el paso!... ¡Bendita sea la gracia!...

—¡Aquí vienen! ¡Ellos son!... ¡Qué tontos!

. . . .

—¡Caballero! ¡Qué no tengo padre! ¡Una limosnita por el amor de Dios!

. . . .

—*¡La Correspondencia!*

. . . .

—Pues bien, ¡desde entónces estoy cesante!... ¡Esto no es país!

. . . .

—¡Chico! ¡Chico! ¡Buen turron! ¿Y cómo te las has compuesto?

. . . .

—Es un cuadro muy bonito. Pero á mí me gusta más aquel en que *Pepita Jimenez* y el teólogo...

. . . .

—Lo que V. oye: Murió abintestato, y me correspondió la mitad de la herencia. Yo no le habia hablado nunca...

. . . .

—Lo mismo creo yo: La crísis es infalible. ¡Así no podemos seguir! Cristino será ministro ántes de un mes.

. . . .

—Y ¿qué hiciste tú? ¿Le devolviste su carta con una bala?

—Le di dos bastonazos, y en paz! No tenía él la culpa, sino ella...

. . . .

—Pues dicen que los carlistas están en Guadalajara...

—¡Mejor!

—¡Lo mismo me da!...

. . . .

—¡Señorita! ¡merengues! ¡Acabaditos de hacer!

. . . .

—Adios. Yo me voy al Concierto del Retiro. Aquello estará más fresco.

. . . .

—¡Oh! ¡si yo encontrára una mujer que me comprendiese! Una mujer...

. . . .

—¡Ay! ¡si yo encontrára un hombre digno de ser amado! Un hombre...

. . . .

—¡Hoy se cierra el juego! ¡Comprémelo V., señorito, que va á salir!

. . . .

—Entónces me apretó la mano, y espiró... Tenía veintiseis años.

—¡ Pobre Adelaida!

. . . .

—Pues yo los clasifico de otro modo: Frascuelo es Shakspeare, y Lagartijo es Corneille. Frascuelo representa una revolucion en el arte, miéntras que Lagartijo...

. . . .

—¡Nada! convénzase V... Todas las cuestiones se resumen en una, que es la cuestion teológica. En mi concepto, la presciencia de Dios y el libre albedrío del hombre son los dos únicos puntos que hay que dilucidar al discurrir sobre la pena de muerte.

. . . .

—De manera que el traje completo te ha venido á costar unos seis mil reales? Para estar hecho en París, no es caro...

. . . .

—¿Y cree V. que pronto habrá elecciones?

—No sé. Pero los distritos hay que cultivarlos sin cesar. Si logro que me quiten el estanquero de...

. . . .

—¡Señora! ¡qué tengo tres hijos, y soy viuda, y estoy enferma!...

—¡Jesus! ¡que mendigos estos! ¡No la dejan á una pasear! ¡Perdone V., por Dios hermana! Dios la ampare.

—Mamá, llévanos al cafe Suizo...

—Todavía es muy temprano. Luégo irémos...

. . . .

—Está V. equivocado. Donde reside el alma es debajo de la *dura mater*, al principio del cerebelo. Drelincourt dice...

. . . .

—¡Mañana sale, jugadores! ¡El 8250! ¡El premio de 60.000 duros!

. . . .

—Pero, Manuel: ¿Cómo duda V. de mí? ¿Me cree usted capaz?...

. . . .

—Pues, sí, chico: Al poco tiempo supe que amaba á otro...

. . . .

—Oye... Pero no te acerques mucho...

—¿Qué? ¡Habla!... ¡habla, bien mio!

—Mañana sigue la novena. Que no faltes...

—¡Bendita seas!

. . . .

—¿Yo?... veinte cuartos. ¿Y tú, cuánto tienes?

—¿Yo?... una pesetilla...

—Entónces podemos ir. ¡Verás qué mujer y qué manera de bailar el can-can!

. . . .

—¿Y nuestras pérdidas?

—Nuestras pérdidas han sido insignificantes: veinte muertos y un contuso. Los carlistas, en cambio, han tenido más de mil bajas y... tres prisioneros...

. . . .

—¿Y de qué es el aderezo que le has regalado?

—De perlas. Me ha costado un dineral. ¡Oh! es una mujer encantadora. Mañana cenamos juntos.

. . . .

—Igual me pasa á mí con este reuma de todos los diablos. Estoy peor que ántes de ir á Archena.

. . . .

—De modo, ¿que se casaron anoche?

—Anoche mismo.

. . . .

—¡Qué barbaridad! ¡Jugar *un dos* á la derecha contra *un cinco*! Es una carta que no se da nunca.

. . . .

—Mañana, á las seis, en el baño de la Elefanta... Mi doncella se quedará atras...

. . . .

—Segun eso, ahora está amaneciendo en la Habana y son las once del dia en la Nueva Zembla?...

—Justamente, hijo mio.

—Dime, papá: ¿y creen los moros que todos los cristianos vamos al infierno?

—Te diré...

. . . .

—Mañana, á las ocho, en la iglesia de San Sebastian... Capilla de la Vírgen... Pero ten cuidado, que mi cochero empieza á escamarse...

. . . .

—¡Y nada más que por eso se ha suicidado! ¡Qué animal! ¡Habiendo tantas Manuelas en el mundo!

. . . .

—Señores: los derechos individuales son anteriores y

superiores á la ley escrita. El derecho es inmanente y consustancial de...

. . . .

—¿ Quién es ese?

—Ruiz el peluquero.

. . . .

—¡ Fósforos y cerillas!

. . . .

—La verdadera felicidad consiste para mí en oir una buena ópera. La música es el arte por excelencia.

. . . .

—¡ Señor! ¡ que me falta un ochavo para una rosca!

. . . .

—Tranquilícese V. Nuestro negocio es segurísimo. El trigo no puede ménos de subir esté año á noventa reales. Vendemos entónces las diez mil fanegas, y compramos cebada...

. . . .

—¡ Oh! ¡ pues lo que es V., se conserva perfectamente! ¡ Parece V. hermana de sus hijas!... ¿ Se acuerda usted de Valencia?

—¿ No me he de acordar? ¡ Qué mundo este, D. Francisco!

. . . .

—¡ Nada! no puedo pagarle á V... Ejecúteme si quiere. Cargue V. con mi mujer y con mi suegra...

. . . .

—¡ Hombre! extranjero por extranjero, prefiero un rey aleman. ¡ Ahora, la cuestion es que quiera venir! En cuanto á Inglaterra...

Inglaterra [illegible]
tierra Cortes

. . . .

—¡Partís de un error! El cólera morbo existia ya en tiempo de los Faraones... Cuando yo haga el grado de licencia, escribiré una Memoria...

. . . .

—Eduardo, ¡mire V. qué hermosa sale la luna!

. . . .

—¡Oh! sí, los radicales tienen la culpa de todo.

. . . .

—¡Más hermosa es V., condesa!...

. . . .

—Pues, en ese caso, tendrá que marcharse como don Amadeo.

. . . .

—Á mí me robaron los cantonales...

. . . .

—¡Oh, yo te adoro! ¡Yo te idolatro!

—¡Calla! ¡Que te oyen!...

. . . .

—Y á mí me han robado los carlistas...

. . . .

—El cólera fué una de las siete plagas de Egipto...

. . . .

—¡Eso... lo verémos! Si tu padre se opone, te depositaré judicialmente.

. . . .

—¡Pobre muchacho! ¡Haberle tocado la quinta! ¡Un pintor tan bueno!

. . . .

—Yo lo compré á 48, y hoy ha quedado á 11.

—Pues yo lo he comprado hoy á 11... Verémos lo que el tiempo da de sí.

. . . .

—¡Hemos roto las sillas, los espejos, todo! En fin, nos hemos divertido mucho.

. . . .

—Mañana predicará en el Cármen. ¡Ya verá V.! Es un verdadero apóstol.

. . . .

—¡Pobre Enrique mio! ¿Quién habia de decirme que se moriria ántes que yo?—Crea V. que si he vuelto á casarme ha sido solamente...

. . . .

—Eso va en gustos. Yo prefiero el melon valenciano á la piña de América. La piña tiene demasiada fibra leñosa.

. . . .

—¡Pura supersticion! ¡El espiritismo es la ciencia de las ciencias y la religion de las religiones!

. . . .

—Pero, hombre... ¿Dice V. que se ha vuelto loco? ¡Parece imposible! Él fué siempre tonto de remate.

—¡Ahí verá V.!

. . . .

—Señores... ¡al tiempo!

—¡Pues yo le repito á V. que el príncipe Alfonso es la fórmula del porvenir!

—Y ¿qué tal lo pasan ustedes en la Granja?

—¡Oh! ¡allí se vive admirablemente! ¡Con tal que los carlistas no vayan á darnos un susto!

. . . .

—*¡El Cencerro! ¡El Cencerro!*

. . . .

—Vuelvo á aconsejarle á V. que se suscriba. Es un periódico de primer órden.

—¿Y cómo dice V. que se titula?

—*La Ilustracion Española y Americana.*

—¡Ah! sí. He oido hablar de ella en casa del tio.

. . . .

—¿Vámonos?

—Vámonos, que principia á sentirse mucha humedad.

. . . .

—Hasta mañana.

. . . .

—Adios...

. . . .

—Hasta mañana, Antonio...

—Pepita, hasta mañana.

—¡Niñas! ¡niñas! ¡Más despacio!

. . . .

—Buenas noches...

—¡Abur!

—*¡La Correspondenciaaaa!...*

(Verano de 1874).

FRANCESCA Y PAOLO.

I.

Vestida de luto, Francesca de Rímini,
preside el funesto banquete nupcial.—
¡Amores de Italia!—Vestido de púrpura,
su esposo la mira y halaga el puñal.—
¡Fatídica boda!—Francesca está pálida...—
Há tiempo á la guerra partióse un doncel...—
Acaso se amaban... y es vírgen y adúltera...—
Mas nunca se hablaron...—¿Por qué piensa en él?

II.

Vestida de novia, Francesca de Rímini,
preside otra fiesta dichosa y fatal.—
De plácidas bodas ¿por qué el velo cíñese,
si está allí su esposo, ceñido el puñal?
Su esposo, el deforme Lanciotto de Rávena,
celebra la vuelta del noble doncel.—
Paolo se llama y hermano es del príncipe...
¡Su hermano... y Francesca suspira por él!

III.

Vestida de blanco, Francesca de Rímini,
de un túmulo ocupa la cama ducal,
y vese al vislumbre de fúnebres lámparas
clavada en su pecho la cruz de un puñal.—
¡Amores de Italia!—Al pié de aquel túmulo
se encuentra el cadáver del noble doncel,
sin hierro en la herida...—que el tigre de Rávena,
primero que el de ella, pasó el pecho de él!

NUEVOS DATOS

PARA LA HISTORIA DE OTROS AMORES CÉLEBRES.

Lucía era tiple
y Edgardo tenor:
lo cual ignoraba
Sir Walter Scott.

UN ROMÁNTICO COMO HAY MUCHOS.

La escena es en una ciudad poco alegre de Andalucía.

El teatro representa el interior de la torre de un caseron muy antiguo.

Es de noche; hace luna, y el pálido fulgor del astro melancólico penetra por unos arcos que dan al tejado del vecino...

No se oye nada. Las voces de los hombres y de los perros (*hominumque canumque*) callaron hace ya mucho rato.

El reloj de una iglesia próxima da las dos de la madrugada.

Un jóven de diez y ocho años, flaco y melancólico, termina á la luz de un velon de Lucena unos versos que principió á escribir á las once, y que dicen así:

EL OLVIDO.

Á ELISA.

El silencio reinaba, y el mundo
fatigado en sus brazos dormia;
solitaria la luna lucia,

y á su luz contemplábate yo...
Yo te hablaba de amor, delirante:
tu mirada inflamó el desvarío...
« *Tuya soy* », me dijiste, bien mio ,
y en mis labios tu acento espiró.
Hoy la luna tambien en los cielos
solitaria, tranquila rïela...
y amoroso mi espíritu vela
recordando la dicha de ayer.
Cómo entónces te adoro y te busco...
como entónces tu amor te demando...
y las horas me dicen pasando:
«¡ Sueños son el amor y el placer!»
¿ Dónde estás, celestial hermosura ,
tú, tan tierna y amante y rendida,
que del alma me diste y la vida
la purísima esencia á libar ?
¿ Por qué solo me dejas ahora?
¿ Á quién mientes amor y delicias?
¿ Á quién finges aquellas caricias
que imposible me ha sido olvidar?

El jóven admira su obra; la pone en limpio; la mete en un sobre, y en él escribe: *Sr. Director del periódico...****

En seguida coge otro papel, y principia una nueva composicion en los términos siguientes:

AMOR INMORTAL.

Á ELENA.

Tumba mi corazon de cien amores,
se abre al impulso de un supremo amor,
y frescas, puras, olorosas flores
brotan de las cenizas del dolor...

Cuando va por aquí, repara en que el velon, falto ya de aceite, principia á apagarse.

—Mañana continuaré...—murmura entónces el adolescente, soltando la pluma.

Y se acuesta... y sueña con la peinadora de sus hermanas, la cual se llama Rosa; no sabe leer ni escribir, es muy bonita, y lleva ya seis meses de darle unas calabazas diarias.

EPITAFIO.

Aquí reposa mi esperanza muerta...
¡Mas no está muerta, no; que está dormida!
Dormida está... y en tanto que despierta,
llamándome á otro mundo y á otra vida,
yo, de la eternidad en esta puerta,
el sueño velaré de mi querida,
amigo fiel y amante afortunado,
con ella por la muerte desposado.

UN MORISCO DE AHORA.

SONETO.

Insomne y soñoliento; con bufanda
(recuerdo del turbante) en el estío;
ajeno su magnánimo desvío
del siglo á la ruidosa propaganda;
adversario pasivo del que manda
y absoluto señor de su albedrío;
Sultan, en fin, sin éxtasis ni hastío
de las mozuelas con que á vueltas anda...
Tal, en Madrid, él último almohade
pasa por el rosario de la vida
horas indiferentes grano á grano...
¿Qué quiere? Nada quiere. Sólo añade
tinieblas á una crónica perdida,
oculto bajo un nombre castellano.

ESSE, FUISSE, FORE...

(IMPROVISACION EN UNA ORGÍA.)

Decoracion de *pobre* casa, ya que no de casa pobre.— Un no ménos *pobre* jóven ha bebido más de lo que acostumbra, y, confundiendo la embriaguez con la inspiracion y el vino con el alma, súbese en una silla, levanta en alto la centésima copa, é improvisa los siguientes versos:

Hay momentos en la vida
en que el alma nos ahoga
y febril, desvanecida,
por los espacios perdida,
náufraga, demente boga...
Momentos en que sentimos
ánsias que no comprendemos;
penas que nunca sufrimos;
recuerdos que no tenemos
de dichas que no tuvimos.
En tan inmensa ilusion,
mundos extraños divisa
la inquieta imaginacion...
¡ trípode es el corazon
y el alma la pitonisa !

Y unos seres ignorados,
muertos ó que no han nacido,
nos hablan de hechos soñados,
por la esperanza forjados,
ó envueltos en el olvido.

Y sus actos singulares,
y sus semblantes ignotos,
nos resultan familiares,
como recuerdos remotos
de desconocidos lares...

Imágenes son quizá
de un *ayer* que el hombre vió,
ó un *mañana* que verá;
de otra vida que pasó
ú otra vida que vendrá.

Y, de una ú otra manera,
son la negacion patente
de esta vida pasajera;
de este soñado *presente*
que al par *recuerda* y *espera*.

¡La negacion de este sér
que por *lo que fué* se afana
ó por *lo que habrá de ser*...;
triste *hoy*, que anhela el *mañana*
para trocarlo en *ayer!*

¡Dadme vino! ¡dadme sueño!
¡dadme muerte! ¡dadme olvido!
¡Cese ya este loco empeño
en que el hombre nunca es dueño
del *presente* apetecido!

¡O dadme vida mejor,
en que, clavada la rueda

del tiempo devastador,
gozar sin recelo pueda
eternidades de amor!
¡Dadme esa vida que veo
al traves de aquesta vida!...
¡Dadme esa vida en que creo...
esa vida que deseo
como una gloria perdida!
¡Dadme la vida inmortal!...
y, si esto es mucho pedir,
prosiga la bacanal...
y en este frágil cristal
escanciadme el porvenir!

Estrepitosos aplausos. El poeta cae al suelo sin sentido; vomita; duerme la borrachera, y, á la siguiente mañana, no cree ni entiende una palabra de lo que dijo la noche ántes.

Fuera, pues, muy útil que asistieran siempre taquígrafos (como asistieron en aquella ocasion) á las orgías en que hay poetas ú oradores.

In vino veritas,—dice el proverbio.

LAS EXEQUIAS DEL AMOR

ó

EL DIA DE LUNA.

¡Oh misterio! Es la alta noche,
y en su inmensidad augusta
no reinan ni el mudo sueño
ni las tinieblas nocturnas.....
No viste, no, como suele,
negras tocas de viuda
la tierra desamparada
del muerto Sol en la tumba...
Ni orlada de adormideras
inclina la frente mustia,
con lágrimas de rocío
llorando su desventura.
No el silencio la acompaña,
testigo fiel de su angustia,
velando para que nadie
su hallada paz interrumpa...
Ni el hermano de la muerte,
miéntras piadoso la arrulla,
soñados bienes le finge,
con que sus males endulza...
Es la alta noche, ¡oh misterio!

y en su inmensidad augusta,
despiertos Cielos y Tierra,
de amor y placer fulguran.

—

Insomne, bella, gozosa,
naturaleza relumbra,
como régia desposada
en la fiesta de sus nupcias.
Olas de argentado encaje
doquier desata la Luna,
colmada y resplandeciente,
ébria de amor y ventura.
Los rutilantes luceros
y las estrellas innúmeras,
como en estático eclipse,
muestran su luz moribunda...
Y del infinito espacio
tras la bóveda cerúlea,
móviles se trasparentan
del Olimpo las columnas.

No: no es de noche en los cielos...
Sus leyes trocó Natura,
y el hemisferio asombrado
contempla un Dia de Luna.

—

Tampoco es noche en la Tierra...
¿Qué importa que el Sol no luzca?...
¡Despiertos están los hijos
del amor ó de las Musas!
Despiertas están las aves,
aunque en sus nidos ocultas,

cantando como si el dia
rayase ya en las alturas.
Despiertas están las flores
que al Sol siguen á la tumba,
y aquellas que una mañana
(¡sólo una mañana!) duran.
Despiertos están los céfiros,
jugando con las más púdicas,
y, entre una y otra lisonja,
el casto aroma les hurtan.
Despierto está el arroyuelo,
que enamorado susurra
el pié de altivas palmeras
ó entre las fragantes juncias...
Y despierta la cascada,
que, desvalida en la altura,
cual de otra peña de Léucades,
sollozando se derrumba.
Despiertas están las vírgenes,
las vírgenes andaluzas,
asomadas á la reja
do de amor la ciencia estudian...
Y despiertos los galanes,
que no saben lo que juran,
ó al són acordado cantan
de guitarras y bandurrias.

¡Oh misterio! Es la alta noche,
y en su inmensidad augusta,
«*Amor*»... suspira la Tierra:
«*Amor*»... el Cielo murmura.

—

En tanto duermen los tristes
que ya el amor no conturba,
y aquellas infortunadas
almas que no àmaron nunca.
Los espíritus apáticos
yacen en su paz estúpida;
el viejo en su frio lecho;
el niño en su mansa cuna.
Tambien duermen los dichosos
que, bajo santas coyundas,
del hondo rio del olvido
cruzaron las ondas turbias...
Duermen los *padres-tiranos*;
duermen las madres adustas;
duermen los sepultureros...
¡duerme la muerte sañuda!

¡Sí! la muerte está dormida;
y abiertas se hallan las tumbas
de las que murieron jóvenes,
ricas de amor y hermosura.
Como inmortales Julietas
que de su destino triunfan,
las amantes heroínas
surgen de la fosa oscura...
Y, tan bellas como fueron,
trocado el sudario en túnica,
su trágica historia olvidan
al resplandor de la Luna.

—

Aquí un *Jardin* se descubre,
allá un *Bosque* se columbra,

y entre los dos un *Palacio*
sus blancas líneas dibuja.
Mágico hechizo doquiera
filtra su delicia suma
con los fulgores de plata
que el diáfano ambiente inundan.
De taza en taza de mármol
besos amantes simula,
al verterse de alta fuente
destrenzada el agua fúlgida.
Las trémulas ramas fingen
abrazos en la espesura,
y entre las hojas se oyen
conversaciones confusas...
Erguidas sobre sus tallos,
las gayas flores ondulan,
y hasta parece que andan,
y que al andar se saludan.
Severos troncos de árboles
y marmóreas esculturas,
inmóviles se vigilan,
palpitando en la penumbra...
Y, entre el murmurio suave
de hojas y de aguas, se escucha
del ruiseñor arrobado
la tierna y amante música.

—

Un hombre, una sombra, un alma...
recorre con planta muda
el *Jardín de los amores*,
y frente al *Palacio* cruza.
Detiénese allí anhelante,

y en las ventanas oscuras
fija una larga mirada
llena de infinita angustia.—

¡Abiertas están y solas,
como profanadas tumbas!...—
Nadie mora en el alcázar...
—«*¡Nadie!*»... el Viajero pronuncia.

—

Un hondo suspiro lanza,
y va á marchar... cuando súbita
iluminacion diabólica
tras las ventanas relumbra;

y fantástica aparece
una sombra en cada una,
repitiendo aquel suspiro
con inefable tristura.

—«*¡Ellas son!*» (dice el Viajero,
llorando y las manos juntas).
¡Las mujeres de mi vida!...
¡Las sombras de mi ventura!...

Y el ruiseñor en su rama
canta con sangrienta burla:
—«*Tuyas fueron*»... y, sarcástico,
el viento responde:—«*¡Suyas!...*»

—

Como de retablo gótico
las místicas esculturas,
en actitudes dramáticas,
las hornacinas ocupan,

la fachada del *Palacio*
ornan aquellas figuras,

aunque jerárquicamente,
segun su clase y alcurnia.

En el balcon principal
hállanse las nueve *Musas*,
primer amor de los hombres,
hadas que mecen su cuna.
En las contiguas ventanas
están sus hijas augustas,
las trágicas *Heroínas*
de la amorosa ternura:
aquellas que los poetas
vistieron de eterna púrpura,
destinándolas al culto
de las edades futuras:
las que les mostró la Historia;
las que inventó su facundia,
y aquellas que en su existencia
ángeles fueron ó furias.

Allí *Fedra*, *Dido*, *Safo*,
Cleopatra y *Mirra* están juntas,
y toda la antigua y clásica
pléyade medio desnuda.
Allí están *Elisa* y *Flérida* (1);
de Escocia la reina impura;
la *Julieta* de Verona,
y de Rimini la adúltera.
Allí del genio romántico
se ven todas las hechuras,
con lágrimas engendradas,

(1) Las de *Garcilaso*.

concebidas en la duda.
Allí están del triste *Byron*
las cien víctimas inultas,
y la amada de *Espronceda*,
y Elvira, amante y perjura (1).
Allí gime *Inés de Castro* (2);
llora *Isabel de Segura;*
reza la triste *Desdémona;*
Carlota calla y escucha... (3)
Y allí están *Lelia*, *Eloisa*,
Ofelia, *Leonora* (4), *Julia*,
y la ideal *Dulcinea*
de *El de la Triste Figura.*

—

Todas allí están, y todas
ciñen blancas vestiduras,
y al Cielo elevan los ojos,
que las lágrimas anublan.
Orlan su dulce semblante
sus trenzas negras ó rubias,
y en ademan de plegaria
cruzan las manos ebúrneas.
Santas parecen... (y acaso
hubiéranlo sido algunas...)
—Son las deidades profanas.
Son las románticas musas.—
Las Santas son de los vates...
El Arte lavó sus culpas,

(1) La de *Macías*.
(2) La de *Werther*.
(3) La de *Tasso*.
(4) La de *Rousseau*.

y las ha canonizado
la bella Literatura!!!

—

A más de las nueve Diosas
que el balcon de en medio ilustran,
y de las cien legendarias,
amorosas Thaumaturgas
que en el fróntis del *Palacio*
ventanas de honor ocupan,
trocándolo en paraninfo
de viviente arquitectura,
vese (en esfera ya humilde,
como es su mortal alcurnia),
detras de las ámplias rejas
de estancias bajas y oscuras
(cual apariencia fantástica
de espectantes andaluzas),
otra blanca y misteriosa
constelacion de Hermosuras.
Deidades ya no son éstas,
del alto Olimpo oriundas,
ni, de eterna fama ansiosas,
Heroínas insepultas...
Mujeres nada más son,
que de la muerte no triunfan,
sino en la amante memoria
del triste que las saluda...
Mujeres que del Viajero
el corazon áun perfuman
con los recuerdos lejanos
de las pasadas venturas...
Las *Mujeres* de su vida;

de su juventud la suma;
las flores de su existencia...
¡como su existencia mustias!...

—

Más no entónces—que las mira
resucitadas y fúlgidas,
como en la feliz mañana
en que lució cada una...
No entónces—que vuelve á verlas
jóvenes, cándidas, puras,
como en los dichosos dias
en que Amor las hizo suyas...

Y, sin embargo, allí están
las que no amarán ya nunca,
las que el tiempo ha marchitado,
las que holló la desventura:
las que no existen, ó existen
de ajenos destinos súbditas;
las monjas y las casadas,
las locas y las difuntas.

Allí están las que á los cielos
alzaron sus almas pulcras,
restituyendo á la tierra
incólume su hermosura...
Y las que en áurea carroza
al Cielo y la Tierra insultan,
y al viejo esposo acarician...
de un buen testamento en busca.

Allí están las que, magnánimas,
sus ilusiones apuran,
doblando sobre los libros

la frente llena de arrugas...
 Y las que su fe inmolaron
á una prosa vil é insulsa,
con la cual se creen felices...
porque el vulgo así lo juzga.

 Allí están las que sin nombre
fueron á la sepultura,
huéspedas de muchas almas,
no lloradas de ninguna...
 Y allí las que sucumbieron
bajo el puñal de la duda,
fieles amantes de un alma,
lloradas luégo de muchas.

 Allí está la que le dijo,
con una mirada impúdica:
—«ELÉVATE HASTA MIS LABIOS»...
al que lo creyera injuria...
 ¡La misma que agora, impávida,
lo desconoce y se encubra...
—águila caudal que lleva
un corazon en las uñas!

 Y allí tambien está aquella
inmortal, innata, única,
que al amanecer del alma
el primer amor incuba,
 Eva, del hombre congénita,
que surge bella y fulgúrea
del adolescente espíritu,
como Vénus de la espuma!

—

 ...Todas allí están, y el triste,

el mísero sin fortuna
que el *Jardin de los Amores*
solo y pensativo cruza,
recónocelas á todas;
sus caros nombres murmura;
—« *¡ Héme aquí solo !* » les dice,
y por su amor les pregunta.

—

Inmóviles tras las rejas
permanecen las figuras,
como estatuas sepulcrales
apoyadas en sus urnas...
Y el ruiseñor en su rama
canta con sangrienta burla:
—« *Tuyas fueron...* » y, sarcástico,
el viento responde:—« *¡ Suyas !* »

—

En esto sonó las cuatro
el reloj de una *Cartuja*
que asomaba tras el *Bosque*
su melancólica cúpula.
Dió luégo el *Ave-María*
una campana vetusta,
y dijeron: « *Gratia plena* »
los monjes desde sus grutas.
Por los cerros de Occidente
traspuso entónces la Luna,
y el *Palacio* al mismo tiempo
se volvió á quedar á oscuras.
Dispersáronse en el acto
tantas vírgenes y adúlteras
como acababan de estar

por la vez primera juntas...
Juzgando yo que se irian
á su Parnaso las *Musas*,
las *vivas* hácia sus casas,
y á sus nichos las *difuntas*.

—

Lo que sé es que amaneció
una mañana de lluvia,
mañana tétrica, gris,
parda, torva, negra, sucia,
que parecia la noche
de aquella noche tan fúlgida,
ó el dia que abrirá paso
del mundo á la noche última...
Y lo que sé es que el *Palacio*,
de faz renegrida y turbia,
estaba solo y cerrado
como una olvidada tumba.

—

El Viajero, que era un hombre
lleno de canas y arrugas,
mas no viejo todavía
de una manera absoluta,
alzó de la tierra el báculo,
la esclavina hizo capucha,
y, saliendo del *Jardin*,
se encaminó á la *Cartuja*.

—

Comentario, moraleja
y epítome:—El Dia de Luna
es la hora de los recuerdos
de una vida disoluta.

Y el Viajero solitario
sufre la condena justa
del *solteron* egoista
que al dolor el cuerpo hurta;
que de su parte de afanes
llevar la carga rehusa,
y se echa el alma á la espalda...
y sus hijos á la Inclusa.

—

Cásate, pues, ¡oh lector!...
—pero no en segundas nupcias...
(quiero decir que te cases,
pero jamas con viuda)...—
Y si llegas á enviudar...
ó las hembras no te gustan,
oye un segundo consejo:
—ya no hay frailes:—¡hazte cura!

24 de Junio de 1873.

LA COMENDADORA,

HISTORIA VERDADERA

DE UNA MUJER QUE NO TUVO NI «AMORES» NI «AMORÍOS.»

I.

Hará cosa de un siglo que cierta mañana de Marzo, á eso de las once, el sol, tan alegre y amoroso en aquel tiempo como hoy que principia la primavera de 1868, y como lo verán nuestros biznietos dentro de otro siglo (si para entónces no se ha acabado el mundo), entraba por los balcones de la sala principal de una gran casa solariega, sita en la Carrera de Darro de Granada, bañando de esplendorosa luz y dulce calor un vasto y severo aposento, regocijando las ascéticas pinturas que cubrian sus paredes, rejuveneciendo los antiguos muebles y descoloridos tapices que completaban el menaje, y haciendo las veces del ya suprimido brasero para tres personas, á la sazon vivas y de quienes ya no queda más que el nombre.

Sentada cerca de un balcon estaba una venerable anciana, cuyo noble y enérgico rostro, que habria sido muy bello, reflejaba la más austera virtud y un orgullo des-

medido. Su boca no sonreia nunca, y en sus duros pliegues descubríase el hábito de mandar. Su ya trémula cabeza sólo podia haberse inclinado ante los Altares. Sus ojos parecian armados del rayo de la Excomunion. A poco que se contemplára á aquella mujer, se conocia que, donde quiera que ella imperase, no habria más remedio que matarla ú obedecerla. Y, sin embargo, su gesto no expresaba crueldad ni mala intencion, sino una estrecha severidad de principios incapaz de transigir por nada ni por nadie.

Esta señora vestia un traje de alepin negro, y llevaba sobre sus canas una toquilla de amarillentos encajes.

En su falda veíase abierto un libro de oraciones; pero sus ojos habian dejado de leerlo, para fijarse en un niño que jugaba y hablaba solo, revolcándose sobre la alfombra, en uno de los cuadrilongos de luz de sol que proyectaban los balcones en el suelo de la anchurosa estancia.

Tendria este niño seis ó siete años, y era endeble, pálido, rubio y enfermizo como los hijos de Felipe IV pintados por Velazquez. En su abultada cabeza se marcaban con vigor la red de sus cárdenas venas y unos grandes ojos azules muy protuberantes. Como todos los raquíticos, aquel muchacho revelaba una viveza intelectual extraordinaria y una irascibilidad constantemente en acecho de la menor contradiccion.

Vestia, como un hombrecito, medias de seda negra, zapato con hebilla, calzon de raso azul, chupa de lo mismo, muy bordada de otros colores, y una casaca de terciopelo negro.

A la sazon se divertia en arrancarle las láminas á un libro de heráldica, y en hacerlas menudos pedazos con sus descarnados dedos, acompañando la operacion de una charla incoherente, agria, insoportable, cuyo espíritu dominante era decir:—«*Mañana voy á hacer esto.*»—«*Hoy no voy á hacer lo otro.*»—«*Yo quiero tal cosa.*»—«*Yo no quiero tal otra*», como si su objeto fuese desafiar la intolerancia y las censuras de la vieja.

Tambien infundia terror el pobre niño.

Finalmente, en un ángulo del salon (desde donde veia el cielo, las copas de algunos árboles y los rojizos torreones de la Alhambra, pero desde donde no podia ser vista sino por las aves que revoloteaban sobre el cauce del rio Darro) estaba sentada en un sitial, inmóvil, con la mirada perdida en el infinito azul de la atmósfera, y pasando lentamente con los dedos las cuentas de ámbar de un rosario, una monja, ó por mejor decir, una comendadora de Santiago, como de treinta años de edad, vestida del modo que estas señoras suelen estarlo dentro de sus celdas.

Consiste entónces su traje en zapatos abotinados de cordoban negro, basquiña y jubon de anascote, negros tambien, y un pañuelo blanco, de hilo, sujeto con alfileres sobre los hombros, no en forma triangular como las seglares, sino reuniendo por delante los dos picos de un mismo lado, y dejando colgar los otros dos por la espalda.

Quedaba, pues, descubierta la parte anterior del jubon de la religiosa, sobre cuyo lado izquierdo campeaba la cruz roja del Santo Apóstol. No llevaba el manto blanco ni la toca, y lucia por consiguiente su abundantísimo pe-

lo, peinado todo hácia arriba, y reunido atras en aquella especie de lazo que las campesinas andaluzas llaman *castaña*.

A pesar de lo desagradecido de tal vestimenta, aquella mujer resultaba todavía hermosísima, pues su belleza era verdaderamente prodigiosa y muy adecuada á semejante desaliño, que dejaba campear por sí solos todos sus encantos naturales.

La comendadora era alta, recia, esbelta y armónica como aquella nobilísima cariátide que se admira á la entrada de las galerías de Escultura del Vaticano. El ropaje de lana, pegado á su cuerpo, revelaba, más que cubria, la traza clásica y el correcto primor de sus espléndidas proporciones.

Sus manos, de un blanco mate, afiladas, hoyosas, trasparentes, se destacaban de un modo hechicero sobre la basquiña negra, recordando aquellas manos de mármol antiguo, labradas por el cincel griego, que se han encontrado en Pompeya ántes ó despues que las estatuas á que pertenecian.

Para completar esta soberana figura, imaginaos un rostro moreno esclarecido, algo descarnado, ó más bien perfilado, por el buril del sentimiento; de forma oval como el de la Magdalena de Ticiano, y bañado de una palidez profunda, que casi amarilleaba, y que hacian mucho más interesante (pues la despojaban de todo aspecto fúnebre y le daban cierto tinte de pasion) dos ojeras hondas, lívidas, llenas de misteriosas tristezas, que envolvian como en un crepúsculo melancólico los enlutados soles de sus magníficos ojos negros.

Aquellos ojos, casi siempre clavados en tierra, sólo se alzaban para mirar al cielo, como si no osáran fijarse en las cosas del mundo. Cuando los bajaba, parecia que sus luengas pestañas eran las sombras de la noche eterna cayendo sobre una vida malograda y sin objeto: cuando los alzaba, podia creerse que el corazon se escapaba por ellos en una luminosa nube para ir á fundirse en el seno del Criador: pero si por casualidad se posaban en cualquiera criatura ú objeto terrestre, entónces aquellos ojos ardian, temblaban y vagaban de una parte á otra, cual si los inflamase la calentura, ó fueran á inundarse de llanto.

Imaginaos tambien una frente despejada y altiva, unas espesas cejas trazadas por un sobrio y valiente rasgo, una severa y artística nariz y una boca expresiva, cariñosa, incitante, y formaréis idea de aquella encantadora mujer, que reunia á un mismo tiempo todos los hechizos de la belleza gentil y toda la mística hermosura de las heroínas cristianas.

II.

¿Qué familia era ésta que acabamos de resucitar á la luz de aquel sol que se puso hace cien años?

La señora mayor era la Condesa viuda de Santos, la cual, en su matrimonio con el sétimo Conde de este título, tuvo dos hijos,—un varon y una hembra,—que se quedaron huérfanos de padre en su temprana edad.

Pero tomemos la cosa de más léjos.

La casa de Santos habia llegado á un alto grado de ri-

queza y poderío en tiempo del suegro de la Condesa; mas como quiera que éste sólo tuviese un hijo, y no existiesen ramas colaterales, llegó á temer que pudiera extinguirse su raza, y dispuso en su testamento (al fundar nuevos vínculos con las mercedes que obtuvo de Felipe V durante la guerra de sucesion) que si su heredero tenía más de un hijo, se dividiese el caudal entre los dos mayores, á fin *de que su nombre* (decia la fundacion) *se propagase en dos ramas con la sangre de sus venas.*

Ahora bien: aquella cláusula hubiera tenido que cumplirse en sus nietos, ó sea en los dos hijos de la severa anciana que acabamos de conocer... Pero fué el caso que ésta, creyendo que el lustre de un apellido se conservaba mucho mejor en una sola y potente rama que en dos vástagos desmedrados, dispuso por sí y ante sí, á fin de conciliar sus ideas con la voluntad del fundador, que su hija renunciase á todos los bienes de la tierra, tomando el hábito de religiosa: por cuyo medio la casa entera de Santos quedaria siendo exclusivo patrimonio de su otro hijo, quien, por haber nacido primero y ser varon, constituia el orgullo y la delicia de su aristocrática madre.

Encerró, pues, en el convento de Comendadoras de Santiago, cuando apénas tenía ocho años de edad, á su hija, la segundona del Conde de Santos, llamada entónces doña Isabel, para que se aclimatase desde luégo en la vida monacal, que era su infalible destino.

Allí creció aquella niña, sin respirar más aire que el del claustro, ni ser consultada jamas acerca de sus ideas, hasta que, llegada á la estacion de la vida en que todos los seres racionales trazan sobre el campo de la fantasía

la senda de su porvenir, tomó el velo de esposa de Jesucristo con la fria mansedumbre de quien no imagina siquiera el derecho ni la posibilidad de intervenir en sus propias acciones. Decimos más : como doña Isabel no podia comprender en aquel tiempo toda la significacion de los votos que acababa de pronunciar (tan ignorante estaba todavía de lo que es el mundo y de lo que encierra el corazon humano), y en cambio podia discernir perfectamente (pues tambien ella pecaba de linajuda) las grandes ventajas que su profesion reportaria al esplendor de su nombre, resultó que se hizo monja con cierta ufanía, ya que no con un declarado regocijo.

Pero corrieron los años, y Sor Isabel, que se habia criado mustia y endeble, y que al tiempo de su profesion era, si no una niña, una mujer tardía ó retrasada, como las plantas que brotan en las umbrías, desplegó de pronto la lujosa naturaleza y peregrina hermosura que ya hemos admirado, y cuyos hechizos no valian nada en comparacion de la espléndida primavera que floreció simultáneamente en su corazon y en su alma. — Desde aquel dia la jóven Comendadora fué el asombro y el ídolo de la Comunidad y de cuantas personas entraban en aquel convento, cuya regla es muy lata como la de todos los de su órden. Quién comparaba á Sor Isabel con Rebeca, quién con Sara, quién con Ruth, quién con Judith... El que afinaba el órgano la llamaba *Santa Cecilia;* el despensero, *Santa Paula;* el sacristan, *Santa Mónica;* es decir, que le atribuian juntamente mucho parecido con santas solteras, viudas y casadas.

Sor Isabel registró más de una vez la Biblia y el *Flos*

Sanctorum para leer la historia de aquellas heroínas, de aquellas reinas, de aquellas esposas, de aquellas madres de familia con quienes se veia comparada, y por resultas de tales estudios, el engreimiento, la ambicion, la curiosidad de mayor vida germinaron en su imaginacion con tanto ímpetu, que su director espiritual se vió precisado á decirle muy severamente que «el rumbo que tomaban sus ideas y sus afectos era el más á propósito para ir á parar en la condenacion eterna.»

La reaccion que se operó en Sor Isabel al escuchar estas palabras fué instantánea, absoluta, definitiva. Desde aquel dia no quedó de ella más que una altiva y varonil rica-hembra enfatuada de su estirpe, y una vírgen del Señor, devota, mística, fervorosa hasta el éxtasis y la vision beatífica, la cual incurria en tales exageraciones de mortificacion, que la Superiora tuvo que reprenderla muchas veces, ó bien abrigaba escrúpulos tan sutiles que el confesor se veia obligado á tranquilizarla, ademas de no tener de qué absolverla.

¿Qué era, en tanto, del corazon y del alma de la Comendadora, de aquel corazon y de aquella alma cuya súbita eflorescencia fué tan exuberante?

No se sabe á punto fijo.

Sólo consta que, cinco años despues, Sor Isabel, más hermosa que nunca, pero lánguida como una azucena que se agosta, fué trasladada del convento á su casa, por consejo de los médicos y merced al gran valimiento de su madre, á fin de que respirase desde allí los salutíferos aires de la carrera de Darro, único remedio que se encontró para la misteriosa dolencia que aniquilaba su

vida. A esta dolencia la llamaron unos *excesivo celo religioso*, y otros *melancolía negra;* lo cierto es que no podia clasificarse entre las enfermedades físicas sino por sus resultados, que eran una extrema languidez y una contínua propension al llanto.

La traslacion á su casa le volvió la salud y las fuerzas, ya que no la alegría: pero como por entónces ocurriera la muerte de su hermano Alfonso, y tambien la de su cuñada, de quienes sólo quedó un niño de tres años, alcanzóse que la Comendadora continuára indefinidamente con su casa por clausura, á fin de que acompañára á su anciana madre y cuidase á su tierno sobrino, único heredero del Conde de Santos!

Con lo cual sabemos ya tambien quién era el rapazuelo que estaba rompiendo el libro de heráldica sobre la alfombra, y sólo nos resta decir, aunque esto se adivinará fácilmente, que aquel niño era el alma, la vida, el amor, el orgullo y á la par el tirano de su abuela y de su tia,—que veian en él, no sólo su personalidad propia, sino la única esperanza de propagacion de su estirpe.

III.

Volvamos ahora á contemplar á nuestros tres personajes, ya que los conocemos interior y exteriormente.

El niño se levantó de pronto; tiró los restos del libro, y se marchó de la sala cantando á voces, sin duda en busca de otro objeto que romper, y las dos señoras siguieron sentadas donde mismo las dejamos hace poco; sólo que

la anciana volvió á su interrumpida lectura, y la Comendadora dejó de pasar las cuentas del rosario.

¿En qué pensaba la Comendadora?—¡Quién sabe!...

Acercábase la primavera, lo que quiere decir que ya habia principiado en Granada.

Los canarios y los ruiseñores, enjaulados á la parte afuera de los balcones de aquel aposento, mantenian un vivo diálogo con los que moraban libres y dichosos en las arboledas de la Alhambra, á los cuales referian tal vez aquellos míseros cautivos las contínuas tristezas de su vida sin amor.

Las macetas que adornaban los balcones empezaban á florecer como todos los años.

El aire, embalsamado y tibio, parecia convidar á los enamorados con la afable soledad de las campiñas ó con al dulce misterio de los bosques, donde podrian mirarse libremente y referirse sus más ocultos pensamientos.

Sonaban, por lo demas, en la calle los pasos de gentes que iban y venian, impulsadas por los varios afanes de la existencia; gentes que siempre son consideradas venturosas y dignas de envidia por aquellos que las vislumbran desde la picota de sus propios dolores.

A veces se oia una copla de fandango, cantada en la vecindad por alguna fámula desenvuelta, ó por el aprendiz que trabajaba en tal ó cual taller, esperando tranquilo la *infalible noche* y con ella la *concertada cita.*

Oíanse ademas en filosófico concierto los perpétuos arrullos del agua del rio, el confuso rumor de la capital, el compasado golpe de una péndola que en el salon habia, y el remoto clamor de unas campanas que lo mismo

podian estar tocando á fiesta que á entierro, á bautizo de recien nacido que á profesion de otra monja...

Todo esto, y aquel sol que volvia en busca de nuestra aterida zona, y aquel pedazo de firmamento azul en que se perdia la vista, y aquellas torres de la Alhambra, llenas de románticos y voluptuosos recuerdos, y los árboles que florecian á su pié como cuando Granada era sarracena... todo, todo debia de pesar como una montaña de hierro sobre el alma de aquella mujer de treinta años, cuya vida anterior habia sido igual á su vida presente, y cuya existencia futura no podia ya ser más que una lenta y contínua repeticion de aquellos melancólicos instantes...

. . . .

La vuelta del niño á la sala sacó á la Comendadora de su abstraccion, é hizo interrumpir otra vez á la Condesa su lectura.

—¡Abuela!, gritó el rapaz con destemplado acento. El escultor que está componiendo el escudo de armas de la escalera le acaba de decir una cosa al viejo que pinta los techos. Yo la he oido... sin que ellos me vieran á mí.

—Cárlos, respondió la anciana con suma blandura; os tengo dicho que no os acerqueis nunca á esa clase de gentes. ¡Acordaos de que sois el Conde de Santos!

— Pues á mí me gustan mucho los pintores y los escultores, replicó el niño; y ahora mismo me voy otra vez con ellos!

— Cárlos... murmuró dulcemente la Comendadora. Estais hablando con la madre de vuestro padre...

El niño se echó á reir, y prosiguió:

—Pues verás, tia, lo que decia el escultor... ¡Porque era de tí de quien hablaba!..

—¿De mí?

—¡Callad, Cárlos! exclamó la anciana severamente. El niño siguió en el mismo tono y con el mismo diabólico gesto:

—El escultor le decia al pintor:—«Compañero, ¡qué hermosa debe de estar desnuda la Comendadora! Será una estatua griega!» ¿Qué es una estatua griega, tia Isabel?

Sor Isabel se puso lívida, clavó los ojos en el suelo, y empezó á rezar.

La Condesa se levantó, cogió al Conde por un brazo y le dijo con reprimida cólera:

—¡Los niños no oyen esas cosas, ni las dicen! Ahora mismo se irá el escultor á la calle. En cuanto á vos, ya os dirá el padre Capellan el pecado que habeis cometido y os impondrá la debida penitencia...

—¿A mí? dijo Cárlos. ¿El señor cura? ¡Soy yo más valiente que él, y lo echaré á la calle, y el escultor se quedará en casa!—Tia, continuó el niño, dirigiéndose á la Comendadora: yo quiero verte desnuda.

—¡Jesus! gritó la abuela, tapándose el rostro con las manos.

Sor Isabel no pestañeó siquiera.

—¡Yo quiero ver desnuda á mi tia! repitió el niño, encarándose con la anciana.

—¡Insolente! gritó ésta levantando la mano sobre su nieto.

Ante aquel ademan, el niño se puso encarnado como

la grana, y, pateando de furor, en actitud de abalanzarse contra la Condesa, exclamó nuevamente con sordo acento:

—¡He dicho que quiero ver desnuda á mi tia!—¡Pégame, si eres capaz!

La Comendadora se levantó y se dirigió hácia una puerta.

Cárlos dió un salto, se interpuso en su camino, y repitió su tremenda frase con voz y gesto de verdadera locura.

Sor Isabel continuó marchando.

El niño forcejeó por detenerla, no pudo lograrlo, y cayó al suelo presa de una convulsion.

La abuela dió un grito que hizo volver la cabeza á la religiosa.

Esta se detuvo espantada al ver á su sobrino en tierra, con los ojos en blanco, echando espumarajos por la boca y tartamudeando ferozmente:

—¡Ver desnuda á mi tia!

—¡Satanas!... balbuceó la Comendadora, mirando de hito en hito á su madre.

El niño se revolcó en el suelo como una serpiente, púsose morado, volvió á llamar á su tia, y luégo quedó inmóvil, agarrotado, sin respiracion.

—¡El heredero de los Santos se muere! gritó la abuela con terror indescriptible. ¡Agua! ¡Agua! ¡Un médico!

Los criados acudieron, y trajeron agua y vinagre.

La Condesa roció la cara del niño con una y otra cosa; dióle muchos besos; llamóle *ángel;* lloró; rezó; hízole oler el vinagre solo; pero todo fué completamente inútil.

El niño se estremecia á veces como un energúmeno, abria unos ojos extraviados y sin vista que daban miedo, y volvia á quedarse inmóvil.

La Comendadora seguia parada en medio de la estancia en actitud de irse, pero con la cabeza vuelta atras, mirando intensamente al hijo de su hermano.

Al fin pudo éste dejar escapar un soplo de aliento y unas vagas palabras por entre sus dientes apretados y rechinantes.

Aquellas palabras fueron:

— Desnuda... mi tia...

La Comendadora levantó las manos al cielo y prosiguió su camino.

La abuela, temiendo que los criados comprendiesen lo que decia el niño, gritó con imperio :

— ¡Fuera todo el mundo!—Vos, Isabel, quedaos.

Los criados obedecieron llenos de asombro.

La Comendadora cayó de rodillas.

—¡Hijo mio!... ¡Cárlos!... ¡Hermoso!, gimió la anciana, abrazando lo que parecia ya el cadáver de su nieto: Llora... ¡llora!... ¡No te enfades!... ¡Será lo que tú quieras!...

—¡Desnuda!, dijo Cárlos en un ronquido semejante al estertor del que agoniza.

—Señora, exclamó la abuela mirando á su hija de un modo indefinible; el heredero de los Santos se muere y con él concluye nuestra casa.

La Comendadora tembló de piés á cabeza. Tan aristócrata como su madre, y tan piadosa y casta como ella, comprendia toda la enormidad de la situacion.

En esto, Cárlos se recobró un poco, vió á las dos mujeres, trató de levantarse, dió un grito de furor, y volvió á caer con otro ataque áun más terrible que el primero.

— ¡Ver desnuda á mi tia! habia rugido ántes de perder nuevamente el movimiento.

Y quedó con los puños crispados en ademan amenazador.

La anciana se santiguó, cogió el libro de oraciones, y dirigiéndose hácia una puerta, dijo al paso á la Comendadora, despues de alzar una mano al cielo con dolorosa solemnidad:

— Señora... ¡Dios lo quiere!

Y salió, cerrando la puerta detras de sí.

IV.

Media hora despues, el Conde de los Santos entró en el cuarto de su abuela, hipando, riendo, comiéndose un dulce, y con la cara bañada todavía en llanto, y le dijo á la anciana con un júbilo salvaje:

— ¡Vaya si está gorda... mi tia!...

La Condesa, que rezaba, arrodillada en un antiguo reclinatorio, dejó caer su frente sobre el libro de oraciones y no contestó ni una palabra.

El niño se marchó en busca del escultor, y lo encontró rodeado de algunos familiares del Santo Oficio, que le mostraban una órden para que los siguiese á las cárceles de la Inquisicion, *como pagano y blasfemo*, segun denuncia hecha por la señora Condesa de Santos.

Cárlos, á pesar de toda su audacia, se sobrecogió á la vista de los esbirros del formidable Tribunal, y no dijo ni intentó cosa alguna.

Al oscurecer se dirigió la Condesa á la celda de su hija, ántes de que encendiesen en ella luz, pues no queria verla, aunque deseaba consolarla, y se encontró con esta carta, que le entregó la camarera de Sor Isabel.

«Mi muy amada madre y señora:

»Perdonadme el primer paso que doy en mi vida sin tomar ántes vuestra vénia; pero el corazon me dice que no lo desaprobaréis.

»Regreso al convento, de donde nunca debí salir, y de donde no volveré á salir jamas. Me voy sin despedirme de vos por ahorraros nuevos sufrimientos.

»Dios os tenga en su santa guarda y sea misericordioso con vuestra amantísima hija

»*Sor Isabel de los Ángeles.*»

Precisamente en el momento que la anciana acababa de leer estos renglones, oyóse rodar un carruaje en el patio de la casa, y alejarse luégo hácia la Plaza Nueva.

Era la carroza en que se marchaba la Comendadora.

Cuatro meses despues doblaron por su alma las campanas del convento de Santiago, miéntras que su cuerpo era restituido á la madre tierra.

La Condesa murió tambien al poco tiempo.

El Conde Cárlos pereció sin descendencia quince ó veinte años despues en la conquista de Menorca, extinguiéndose con él la noble estirpe de los Condes de Santos.

LOS LADRONES.

Nublada noche de otoño
cubre de sombras el mundo...
No reluce ni una estrella
en el firmamento oscuro.
De la tarde ya olvidáronse
los tristes fulgures últimos,
y no brillan ni esperanzas
del matutino crepúsculo.
Dijérase que la luna
con el sol bajó al sepulcro,
dejando nuestro horizonte
sumido en eterno luto.
La tierra, el aire y el cielo
forman un negro conjunto,
como aquellas soledades
de espanto y silencio mudo,
do, en el seno de la nada,
yacía todo confuso
cuando áun aguardaba el cáos
la palabra del Dios sumo.

—

En tan tenebrosa noche,
que impide los montes rudos
distinguir de las llanadas
y de los valles profundos,
y que ni al mismo viandante
deja ver su propio bulto,
haciéndole creer que es alma
ausente ya de este mundo...
En esa noche espantosa,
que parece el fin y punto
del tiempo y de lo creado,
la negacion del futuro,
la noche del *Dia del juicio*,
en que, tras el fallo último,
quedará arrumbado el orbe
cual mueble usado y caduco...
En esa noche, repito,
vense brillar ¡oh, qüé susto!
las solitarias ciudades
como iluminados túmulos.

—

La luz de gas las alumbra,—
de cuerpos muertos producto,
y de otras viles materias
que arrojan fétido tufo.—
Por cada calle un *sereno*
va armado de pito y chuzo,
y de un farol que parece
que anda solo y vagabundo,
como alma en pena, perdida
en un pueblo de difuntos,
ó como estrella que vino

á dar por la tierra tumbos.
Las doce... la una... las dos...
las tres... y *las cuatro en punto*
ha cantado una tras otra
el Diógenes nocturno...
y, dormidos los mortales
en sus cerrados tugurios,
maldito si les importa
que el tiempo siga su curso.—
Cánsase al fin aquel hombre
de dar vueltas como un buho
por las solitarias calles,
sin tropezar con ninguno,
y, arrimándose á una puerta,
se coloca muy á gusto,
y quédase tan dormido
como el alcalde y el público.

—

Cantan entónces los gallos,
avisando á los adúlteros,
como á Marte en otro tiempo,
que hay ya del alba preludios;
que el sereno se ha dormido;
que alborean los crepúsculos,
y que de ponerse en salvo
es el momento oportuno.
Y por puertas ó balcones
á salir empiezan bultos,
cuyos nombres todos saben,
cuya suerte envidian muchos...

—

Entre tanto, los maridos
que son parte en el asunto
sueñan con sus acreedores
y sus cuidados diurnos.

SIN UN CUARTO.

CASO MUY DIVERTIDO.

I.

ENTRE CIELO Y TIERRA.

Hace por ahora veinte años, ménos unos meses, vivian juntos *encima de Madrid*, ó sea en un sotabanco de la entónces coronada villa, media docena de jóvenes andaluces, cada uno hijo de su padre y de su madre, que maldito lo que tenian de tontos, ni de ricos, ni de malos, ni de sabios, ni de tristes, ni de cursis, y que, por el contrario, no dejaban de tener bastante de poetas, de tronados, de decentes, de aturdidos, de calaveras y de personas bien nacidas y bien criadas, tan aptas para la vida de *Bohemia* que llevaban casi de contínuo, como para pisar los más aristocráticos salones, donde solian *brillar* algunas veces... sus raidos fraques.

Aquellos seis *bohemios*, dignos de la pluma de Henri Murger y de Alphonse Karr, y que en su mayor parte son hoy hombres célebres, y hasta *excelentísimos señores*, trabajaban poco, se divertian mucho, escribian á sus

respectivas familias ofreciéndoles proteccion, en vez de aceptar sus ofertas de dinero, precisamente los dias que se encontraban *sin un cuarto* (esto último para demostrar á sus señores padres que no habian hecho bien en oponerse á que abrazáran la vida de las Letras), y en fin, lo pasaban admirablemente, aunque estuviesen privados de algunas de las comodidades que disfrutaban en el hogar paterno ántes de emprender el camino de la gloria.

Verbi gracia. Aquel invierno (el de 1854 á 1855) lo pasaron, no ya sin alfombras, pero sin esteras en sus habitaciones (lo cual habria hecho llorar lágrimas como puños á sus benditas madres si lo hubieran sabido); y cuéntase tambien que uno de ellos solia decir:

—¡Protesto de esta humillacion que me inflige el destino... ó sea la falta de un buen destino! ¡Protesto, como Napoleon protestaba en Santa Elena de las vejaciones que le imponia Sir Hudson Lowe! ¡Yo no me someteré jamas á andar sobre el duro suelo! ¡Yo no he pisado nunca en invierno los ladrillos de mi casa! ¡Nobleza obliga! *Priùs mori quam fœdare...*

Y en virtud de semejante razonamiento, se paseaba sobre las sillas puestas en hilera, cuando no sobre su propio catre.

Otro, para que no se pudiese dudar ni por un momento de que era persona de buena familia, acostumbraba, la noche que se sentia insuficientemente alimentado, á dormir con el sombrero de copa puesto, á cuyo fin habia recortado las alas por atras y por la derecha á la gabina ó chistera número 2.

—¡Así verá el mundo que soy un caballero digno de

mejor suerte!... decia al dejar caer la cabeza sobre la almohada.

Otro llevaba más allá sus alardes aristocráticos y linajudos, y cuando no podia salir por falta de botas, se calzaba unas espuelas sobre las zapatillas, y andaba así por la casa, desde por la mañana hasta la noche, embebecido con el retintin de aquel nobiliario atributo, y declamando los dos famosos versos de *El Puñal del Godo:*

Y con caballo, lanza, y yo escudero,
si no podeis ser rey, sed caballero.

Por último, y para que os hagais cargo de todos los puntos que calzaba aquella gente, os diré que en cierta ocasion reunian entre los seis troneras seis cuartos de capital: uno de ellos los reclamaba para hacerse limpiar las botas, é ir á ver á un ministro de la Corona que lo habia citado á fin de suministrarle los medios de publicar cierto periódico contra la dinastía; otro los necesitaba para afeitarse (en una barbería de quinto órden), á fin de ir á levantar un empréstito á casa de su banquero; y otro los pedia, con melodramática entonacion, para comprar un sello de franqueo (que entónces valian justamente veinticuatro maravedises) y escribirle á una novia que se habia dejado en Granada. El debate entre los seis duró muchas horas; y despues de sendos discursos, acordóse por unanimidad que lo más urgente, lo más sagrado, lo más indispensable era que recibiese carta aquella pobre señorita de las márgenes del Genil, que se veia expuesta á perder sus ilusiones amorosas.....—Los seis cuartos se gastaron, pues, en el sello de franqueo.

. . . .

Tales fueron... los verdaderos *heroes* de la historia que os voy á contar: esto es, tales fueron los oyentes, el público, el tribunal, el jurado, el coro, los comentadores ante quienes la relató su insignificante protagonista. Por eso el título de estas páginas se refiere á ellos y no á él.

Réstame decir... aunque no es cierto; pero, en fin... para que nos entendamos como ellos se entendian, que se llamaban: Bretislao, Ladislao, Premislao, Sovieslao, Borcivogo y Segismundo, nombres todos de antiguos reyes de Bohemia.

Con que hagamos ahora el retrato físico y moral del que cantó el aria que ellos corearon.

II.

DIME CON QUIÉN ANDAS... É IGNORARÉ QUIÉN ERES.

Rafael de... (no sé cuántas estrellas) frisaria á la sazon en los veinte ó veintiun años (que era la edad que tenía entónces todo el mundo), y estaba dotado por la naturaleza y por la sociedad de una arrogante figura, de un pobrísimo entendimiento, de unos 80.000 reales de renta, que le entregaba por mensualidades su curador (pues era mayorazgo y huérfano), y de una encarnizada aficion á los poetas, pero no á la poesía; á los artistas, pero no á las artes; á los cómicos, pero no á las comedias, lo cual quiere decir que era uno de aquellos profanos pegadizos, insoportables idólatras é inconscientes admiradores de las personas de fama, que no las dejan á sol ni á sombra, y que sólo les sirven para ir traduciendo al

manchego, y contando de una manera sándia, incompleta y ridícula, las ingeniosas excentricidades y humoradas que presencian y no comprenden.

Los seis poetas andaban siempre dándole de lado á Rafael, sin poder quitárselo de encima, y bien que no lo aborrecieran, pues en medio de todo era un bendito, dispuesto á reir y celebrar todo lo que les oia, aunque no lo entendiese, ponian un particular esmero en evidenciar á los ojos de todo el mundo que no tenian ninguna intimidad con aquel imbécil tan rico, ó sea con aquel rico tan imbécil. ¡Así lo exigia el noble orgullo de los seis tronados discípulos de Apolo! ¡No querian ellos que se dijese, que se creyese, que se sospechase si venderian de vez en cuando su buen gusto, su sana crítica, su brillante sátira, sus delicados nervios... crispados continuamente contra las tonterías, por el plato de lentejas que pudiera ofrecerles la pingüe renta de Rafael!... —¡Horror! ¡Abominacion! —El poeta ó el artista puede recibir dignamente proteccion y ayuda de parte de los ricos que amen sus obras, que las estimen, que las comprendan. El favor, la limosna no se hace entónces al hombre, sino á las letras ó á las artes. El Conde de Lémos no protegió á Cervántes, sino el *Quijote* y *Persiles y Segismunda*, y por eso su nombre durará tanto como estos libros. —¡Para ser Mecénas es menester merecerlo! —El dinero no puede aspirar por sí solo á la gloria de protector del buen gusto. Es menester que vaya unido á algo más : al buen gusto mismo, por ejemplo.

No habia conseguido, pues, nunca Rafael que los seis poetas acudiesen á su bolsillo en los apuros que pasaban,

apuros voluntarios en cierto modo, que eran célebres en Madrid por lo graciosos y chispeantes incidentes á que daban lugar. Alphonse Karr y Henri Murger, á quienes ya hemos citado, y Champfleury y otros escritores franceses de aquel tiempo, habian puesto de moda la pobreza de los literatos y artistas, ó sea la *Sublime Bohemia* del barrio latino de París, y nuestros seis andaluces, con su deliberado desarreglo, con su terquedad de no aceptar nada de sus familias, con su costumbre de no trabajar hasta que se veian sin dinero, y con su manía de gastar todo su dinero, como unos príncipes, el mismo dia que vendian una obra, ora en grandes banquetes, ora en paseos en carretela, ora en ramos de flores, ora en libros viejos, ora en donativos á necesitados hermanos... ó hermanas, procuraban cuidadosamente no perder nunca su categoría de *bohemios*, ni faltar á esta divisa de su escudo : «*Sin un cuarto.*»

III.

NOBLE EMULACION.

Así las cosas, llegaron los bailes de máscares del Teatro Real, correspondientes al año de 1855.

Aquellos bailes fueron el palenque de innumerables triunfos para los seis poetas, que sólo llevaban algunos meses de residencia en Madrid.

Todas las marisabidillas de la córte, todas las virtudes equívocas, por lo sentimentales, todas las Mecénas de oficio (pues tambien las hay en el bello sexo, sólo que

su proteccion se reduce á besos y lágrimas), apresuráronse á conocer, á embromar, á adorar y á coronar de mirtos y adormideras á aquellos adolescentes, sublevados contra todas las autoridades constituidas, empezando por la de sus padres y acabando por la de los académicos, así como ellas lo estaban contra ciertas reglas de la sociedad y contra uno de los preceptos del Decálogo.

Rafael, el rico y buen mozo y estúpido Rafael, satélite ya de nuestros vates, veia pasar ante sí aquella ráfaga de amor y gloria, sin que le tocase uno solo de sus abrasadores halagos, y limitándose á enumerar al dia siguiente todos los éxitos que *sus amigos* habian alcanzado en las máscaras, con la satisfaccion y el orgullo de una abuela que refiere las travesuras de sus nietos.

Pero llegó el último baile, el de Piñata, y el jóven mayorazgo propúsose trabajar aquella noche por su cuenta, ser héroe de algunas aventuras en el Teatro Real, hacer algunas conquistas, ponerse á la altura de sus *amigos*...

Apartóse, pues, de ellos en el baile con tanto afan como se les habia acercado las demas noches; y á la mañana siguiente.....

Mas aquí viene como de molde otro párrafo aparte.

IV.

RAFAEL OBTIENE LA PALABRA.

Eran las siete de una mañana de nieve... de hielo... de viento... de agua... de los mismísimos demonios!

Apénas habia amanecido.

Los seis camaradas literarios acababan de penetrar en el café Suizo (que era entónces el Parnaso de Madrid), de vuelta del baile de máscaras del Teatro Real, adonde habian ido, como de costumbre, con billetes de periodistas, y donde habian amado y reido mucho... pero no cenado de manera alguna.—Estaban en uno de sus períodos épicos. La temporada de Carnaval los habia dejado de la manera que decia su escudo: *sin un cuarto.*

— Esta noche prescindirémos generosamente del *buffet* del teatro, y á la salida del baile tomarémos chocolate con pan y manteca en el café Suizo, si no se ha agotado nuestro crédito con *Capelin*,—habian dicho la tarde ántes, en tanto que limpiaban con goma sus guantes de color de paja.

Capelin era un mozo del café que les fiaba el gasto de semanas enteras, cuando carecian de *metales preciosos.*

Sin esfuerzo alguno cerraron el trato con el sirviente (que sabía con quien trataba... que no perdia nada en aquellos negocios... que era ademas aficionado á la literatura... y que murió hace algun tiempo, despues de tener la honra de ver á sus protegidos en desahogadísimas posiciones); y ya estaba haciéndose el chocolate, cuando Rafael penetró en el Suizo, y se dirigió como una bala á la mesa que solian ocupar los seis escritores andaluces.

— Me figuré que estaríais aquí, les dijo. Ya os he visto en el baile; pero no he podido dedicaros un momento... ¡Ay, chicos, qué noche!

Y sonrió con aire de triunfo, sentándose entre los poetas.

—*Nocte pluit tota: reddeunt spectacula mane*, exclamó uno de éstos.

—Pero este *espectáculo*, observó otro, señalando al mayorazgo, se nos aparece por la mañana sin que por eso deje de llover.

—Oye tú, hombre rico, añadió un tercero; pide lo que quieras, y págalo. No cuentes con nosotros para nada; ni para que te convidemos ni para convidarnos. *Suum cuique.*

—Yo he cenado en el baile... y por cierto admirablemente y en muy buena compañía, respondió Rafael.

—¡Ha cenado! dijo otro de los vates, mirando con asombro á los demas.

—¡Qué bárbaro! exclamaron éstos.

—¡Y con una hermosísima mujer!... agregó el jóven rico.

—¡Demonio! ¿Y quien ha pagado? Suponemos que habrá sido ella...

—¡Quién sabe! murmuró Rafael.

—¡Hola, hola! Chico, tú te has trasformado desde ayer tarde...

—Yo... hasta lo encuentro ingenioso. Ese *¡quién sabe!* es una frase muy feliz.

—¡Pues nada digo del rasgo de valor de no hablarnos en toda la noche! Es un hecho heroico que demuestra bondad, abnegacion, misericordia...

—Sigue por ese camino, Rafael.

—Di que no. Al contrario: cuéntanos la historia de esa convidada á cenar.

—¡Oh! no vais á creerme. ¡Es todo un drama! Es la

aventura más grande que le ha ocurrido á hombre. ¡Qué feliz soy! Hacedme toda la burla que querais. Yo os compadezco por mi parte. Con todas vuestras poesías no habeis conseguido jamas un triunfo como el mio de esta noche.

—¿Será verdad?

—Es muy posible... *Aliquando bonæ dormitant mulieres.*

—¡A ver, á ver! Que nos cuente la aventura...

—Pero con una condicion.

—¿Cuál? preguntó Rafael.

—Que nos permitas interrumpirte de vez en cuando,

—¿Para qué?

— Chico, para respirar como los buzos. ¿No ves que puedes ahogarnos?

—Pero será de envidia. Y si no, escuchad con atencion unos momentos.

—Sólo unos momentos, respondieron en coro los seis poetas.

V.

LA FUERZA DEL CONSONANTE.

—Vagaba yo anoche por el baile, sumamente aburrido, y admirándome, como siempre, de veros tan divertidos á vosotros con las conversaciones y las bromas de aquellas *traviatas* que van allí en busca...

—Te advierto que no estás contando nuestra historia ni la de nuestras amigas, sino la tuya y la de tu convidada.

— Tienes razon. Pues bien : estaba yo pidiéndole á Dios que acabase de abrirme el apetito, á fin de comerme una magnífica langosta que habia visto en el *buffet*.

— Permíteme que no crea que haya existido esa langosta, interrumpió Bretislao.

— ¿Cómo que no? Te digo que la vi...

— ¡Ilusion óptica! Yo las padezco tambien á veces... Ahora mismo me parece estar viendo otra langosta encima de esta mesa...

— Pues aquella no era ilusion. Y la prueba es que me comí cerca de la mitad.

— ¡Calla, imprudente! prorumpió Ladislao. ¿No ves que podemos devorarte?

— Tú eres un Jonas al reves, añadió Premislao. Tú llevas á la ballena dentro del vientre.

— Rafael, tú eres un monstruo, agregó Sobieslao. ¡Me causas horror!

— Dejadlo que siga, dijo Borcivogo. Él mismo nos vengará probablemente con su historia.

— *Parla*, *amico*, exclamó Segismundo acariciando á Rafael.

Este se reia como un bienaventurado, y prosiguió así, tan luégo como lo dejaron meter baza.

— Pensando estaba en la langosta, cuando vi desocupado un sitio en el divan que rodea todo el salon, y sentéme en él, fatigado de dar vueltas por el baile y resuelto á no volver en toda mi vida á pasar un rato tan fastidioso...

— Oso... repitieron los seis poetas.

— Esperad, esperad. ¡Ya veréis el oso! Ahora empieza lo grande.

— Ande.

— ¡Vaya si anduve! Pues, señor, en aquel punto y hora, y cuando ya me encontraba casi dormido...

— Ido.

— Paróse delante de mí una arrogantísima máscara, vestida con un elegante dominó, al traves de cuyos largos pliegues se adivinaban las formas de una Juno...

— Uno...

— ¡Os digo que era una real moza! Y en cuanto á la comparacion, es la que soleis emplear vosotros...

— Otros...

— Por lo que respecta á la cara, podeis suponer que la llevaba cubierta con el antifaz; pero más tarde la vi...

— ¿Y?...

— Y puedo aseguraros que era una maravilla...

— Villa...

— ¡Os lo juro por mi nombre!...

— ¡Hombre!

— ¡Vaya, no seais pesados! ¡Ó me oís con formalidad, ó me voy!

— Hoy...

— Idos enhoramala. ¡Esto es insoportable!

— Hable.

— ¿Lo estais viendo? Ya teneis que oirme sin rechistar. El eco mismo lo desea...

— Sea.

Rafael se levantó para irse; pero en aquel momento llegó el chocolate...

—Ahora puedes hablar todo lo que gustes, sin miedo de que te interrumpan el eco ni la rima.—Al festin, señores, y ¡silencio!

Así dijo el más revoltoso de los vates, y Rafael, que se sentó de nuevo, continuó su historia en los términos siguientes:

VI.

OTROS INCONVENIENTES DE LA RIMA.

—¿Qué haces ahí tan solo? me dijo la máscara.

—Aburrirme; le contesté, desperezándome.

—¡Qué lástima! ¡Tan jóven y tan guapo, y ya te aburres!...

—Ahí verás. Las máscaras no me divierten.

—Muchas gracias.

—No lo digo por tí. Lo digo por el conjunto.

—Unto... murmuró uno de los oyentes.

—¡Silencio! gritaron los demas.

—Unto, digo, la tostada con manteca; la mojo en el chocolate, y continúo escuchando con mis cinco sentidos.

—¡Pues cuidadito! Continúa, Rafael. Ya no puede perderse ni una coma de lo que está diciendo este bienaventurado.

Rafael continuó:

—Dame el brazo y pasearémos un poco, me dijo la máscara. Mis amigas me han dejado sola, y yo tambien me fastidio...

Su severo disfraz, su mano, su tono, su aire y aquella

alusion á sus amigas, todo me reveló desde luégo que me las habia con una persona decente. Así es que me apresuré á decirle:

—¡Ve lo que son las cosas! Desde que te llevo del brazo ya no me aburro...

—¡Burro! exclamó un poeta.

—¿Cómo se entiende? gritó Rafael amostazado.

—Así se llama la manteca de vacas en italiano, replicó el vate. Y como la estoy tomando en este momento, nada tiene de particular que la nombre.

—Yo miraré el Diccionario, repuso Rafael; y si por casualidad *burro* no significa *manteca de vacas*, me darás una satisfaccion.

—¡Para mí la quisiera! Pero, en fin, procuraria que me la dieses á mí tú, y sería lo mismo.

—Paz, caballeros, dijo otro. Y por tu parte, Rafael, procura ser indulgente, pues un hombre que ha cenado langosta, bien merece la rechifla de los simples mortales. Prosigue, y no temas que estos bandidos te saquen el marisco del estómago. Ya lo habrás corrompido con tu inmundo contacto, y no nos aprovecharia de nada. Continúa, digo, jóven opulento, y cuenta para todo con la punta de mi bota. Es la única arma que tengo por ahora, y esa se la debo todavía al zapatero.

Rafael reflexionó unos instantes, pero acabó por reirse, y prosiguió su tantas veces interrumpida historia, que ya corrió sin tropiezo alguno; pues los poetas comprendieron que la palabrilla italiana habia agotado la paciencia del narrador.

VII.

EL VALOR DEL DINERO.

— Para no fatigaros, os diré que aquella mujer me infundió al cabo verdadero respeto por la delicadeza, la timidez y la exquisita educacion de que me dió repetidas muestras.

Básteos saber que me costó grandes esfuerzos conseguir que cenára conmigo, lo cual prueba que no era una de esas lagartas que van á los bailes en busca de un *pagano.*

La cosa medió así.

Empezaba á aclararse el salon, lleno ántes de una compacta muchedumbre, y yo le dije á mi desconocida:

— ¿No te parece que se van marchando muchas personas? Ya se pasea con más holgura...

— Es que á esta hora, me replicó, hay un descanso (de dos á tres), durante el cual acostumbran á cenar las gentes que no reparan en gastos.

— Pues ¿qué? ¿Están muy altos los precios del *buffet* este año?

— No sé. Yo no he cenado aún.

— ¿Quieres cenar conmigo?

— No lo digo por eso...

— ¡Ah, ya! Es que tienes que reunirte con tus amigas, y tal vez con algunos caballeros, para cenar todos juntos...

— No : no tengo compromiso con nadie. Mis amigas

cenarán sin mí, con unos franceses que he visto á su lado haciéndoles la córte.

— Pues entónces cena conmigo...

— ¡Oh! no... es muy temprano todavía, dijo con una voz en que se revelaban la turbacion y la cortedad.

Decididamente era una señora.

— Pues esperemos, repuse. Aunque debo advertirte que voy teniendo hambre...

— Entónces..... no lo dejes por mí..... Vamos ahora mismo.

Dijo con aquella dulzura de voz que tanto me enajenaba; y nos encaminamos al *buffet*.

A todo esto, no le habia visto la cara, y quedábame el escozor de si sería fea; aunque no era de suponer, pues los ojos, la boca, la frente, el cabello, todo lo que dejaba traslucir el antifaz resultaba de primer órden y brillante de juventud.

Por lo demas, hablábame en su voz despues de haberme confesado que no me conocia ni de vista, ni habia oido siquiera pronunciar mi nombre; todo lo cual me pasaba á mí tambien con ella. «Julia», me dijo que se llamaba, y que estaba casada; pero que su marido la habia dejado por otra mujer, con quien vivia en la California hace cosa de un año.

Cuando Julia se quitó la careta para cenar, me quedé absorto ante su hermosura. Tendrá veinticinco á veintiseis años; es morena clara, de rostro ovalado, con un ligero bozo á guisa de patillas, con los ojos, las cejas y las pestañas de *azabache*.

— ¡Jesus, María y José!...

— Repito que de azabache.

— ¡ Dios te ayude !

— ¿ Y por qué me ha de ayudar?

— ¿ Pues no has estornudado dos veces?

— No, hombre: es que he dicho que tenía los ojos, las cejas y las pestañas de *azabache*.

— Pues ¡ qué quieres! á mí me pareció esa palabra un estornudo. Perdona, Rafael.

— Estás perdonado, y prosigo; pues veo que la historia os interesa.

— ¡ Y mucho!

— Julia cenó admirablemente, con gran apetito, como una mujer (perdonadme la jactancia) que está contenta de su compañía. Así es que pidió langosta (como ya he dicho), pavo trufado... perdices escabechadas... salmon... solomillo... pollos asados.

— ¡ Por compasion! ¡ Basta de mitología! ¡ Considera que nosotros estamos tomando la hiel y el vinagre de nuestra pobreza! ¡ No nos hables de nuestro pasado!

— En fin, continuó Rafael con un ardor que ya se sobreponia á las interrupciones; con vinos y todo, veinticuatro duros de gasto!

— ¡ Misericordia! ¡ Un caudal!

— ¡ Veinticuatro duros! ¡ Precisamente la distancia á que estoy yo de mi pueblo!

— ¡ Precisamente lo que yo le debo al sastre!

— ¡ Precisamente la misma cantidad que yo hubiera gastado anoche en el *buffet* si la hubiera tenido!

— ¡ Prosigue, Creso, prosigue. ¡ Húndenos el puñal hasta la guarnicion!

Rafael estaba resplandeciente de orgullo.

—Hablemos con formalidad, añadió. ¿Necesitais dinero?

—¡Tentador, aparta!

—¡Corruptor, no sigas!...

—¡Seductor, quítate de mi presencia!...

—¿Necesitais dinero?

—Precisamente dinero... no. El dinero no se come, ni se bebe, ni se fuma. Pero, en fin, acaba tu historia, y luégo verémos si tienes la cantidad que necesitamos.

—¿Cuánto necesitais?

—Yo... diez y seis millones de onzas.

—Yo... tres reales para un cigarro puro de primera fuerza.

—Yo... dos cuartos para aquel pobre.

—¡Idos al diablo! No se puede hablar con vosotros.

—Continúa.

VIII.

TODO UN CABALLERO.

—Pues, señor, cenado que hubimos Julia y mi dichosísima persona, paseamos de nuevo por el salon.

Un poco ántes de terminar el baile me declaré á ella, diciéndole que la amaba; y ella me respondió con una ingenuidad encantadora: «*que yo tambien le gustaba mucho.*»

Preguntéle que si me permitia visitarla, y, como contestacion, me dió una tarjeta de su casa, calle de Preciados, 29, tercero, añadiendo en seguida:

— Si te parece, nos marcharémos ya.

Cuando los poetas oyeron las señas de la casa de Julia, miráronse en silencio y se pusieron muy graves.

Rafael no reparó en tal cosa, y continuó:

— Cuando gustes, le respondí á Julia.

La conduje, pues, hasta el guarda ropa, saqué su abrigo, se lo puse, y, alargándole la mano, le dije:

— Señora, aquí no estamos ya en el baile de máscaras, y me veo privado del dulce placer de tutearla á usted. Que V. descanse, y hasta que tenga el gusto de volver á verla, que espero será muy pronto; pues, abusando de su amabilidad, tendré el honor de pasar mañana á visitar á V.

Aquella circunspeccion y finura con que traté á Júlia. tan luégo como salimos del templo de Momo, le llegó al alma; pues vi que se puso encendida como una amapola.

Luégo se sonrió dulcemente y me dijo:

— El caso es que está lloviendo y necesito un coche. Si tuviera V. la bondad de buscar uno...

— ¡Inmediatamente! ¡Inmediatamente! exclamé.

Y salí á la calle; alquilé una berlina; volví por Julia; la conduje hasta el carruaje; le di la mano para que subiera á él, y en seguida, quitándome el sombrero, cerré la portezuela y le dije:

— Señora... á los piés de...

— ¡Bonitos tengo yo los piés, sólo de haber cruzado la acera (me interrumpió la hermosa), y bonito se va usted á poner con el agua y la nieve que están cayendo! Vaya, no sea V. niño y éntre en el coche... ¿Para qué

quiere V. buscar otro? ¡Demasiado dinero ha gastado usted ya por mi causa!

Y así diciendo, abrió ella misma la portezuela, y me miró con infinita ternura.

Yo accedí, creyendo no excederme en ello. Cualquiera en mi caso hubiera hecho lo mismo. Ademas su marido estaba en la California, y no era fácil que aquella determinacion comprometiera á mi adorada.

— Preciados, 29, le dijo al cochero.

La berlina era estrecha: Julia es de muy buenas carnes, segun noté al empaquetarme con ella en aquel vehículo, y por consiguiente, íbamos como recostados el uno sobre el otro.

Mi sangre ardia... Aquella mujer empezaba á trastornarme el juicio.

— ¡Mira qué manos tengo, Rafael! ¡Completamente heladas! exclamó, poniéndolas sobre las mias. ¡Hombre!... ¡Y qué calentitas las tienes tú!... Pero ¡calla! ¡pues no estoy tuteándole á V. como si nos halláramos todavía en el baile!

— Eso se explica... No se apure V. por eso... Como me ha estado V. tuteando toda la noche, nada tiene de particular que se equivoque ahora.

Julia retiró sus manos de las mias, ruborizada y trémula como nunca.

Lo que más me encantaba en aquella mujer eran sus repentinas llamaradas de rubor.

Llegamos á la puerta de su casa, bajé del coche, llamé al porton (tres y repique); abrieron, ayudé á bajar á Julia, y quitándome el sombrero otra vez, le dije:

— Julita (repararéis que ya no la llamé *señora*), Julita... hasta mañana...

— Pero ¡hombre de Dios!, exclamó Julia con admirable franqueza y riéndose á carcajadas. ¿Adónde va usted á estas horas? Su casa de V. estará cerrada... ¡Suba usted!... La criada me tendrá la chimenea encendida, como se lo previne. Harémos té, si V. quiere... y, en fin, esperarémos á que amanezca... ó á que anochezca, que para mí todo es lo mismo.

— ¡Cuánta bondad! tartamudeé, ofreciéndole el brazo para subir la escalera. Ya ve V. que la obedezco... ¡Es usted un ángel!

— ¡Gracias á Dios! exclamó Julia, dando muestras de una alegría verdaderamente infantil.

Y sacudió sobre mi cara el pañuelo de la mano con la más encantadora familiaridad.

Ya veis que hacía progresos en su corazon.

— Pocos hombres he conocido tan desconfiados como tú... añadió luégo aquella incomparable criatura.

— Se ha vuelto V. á equivocar y á tutearme, exclamé muerto de risa.

Julia se sofocó de nuevo y no respondió una palabra.

— ¿Por qué me dice V. desconfiado? pregunté luego.

— Por nada, balbuceó lentamente. Sin embargo, bien pudiera V. ser un tunante de siete suelas...

— ¡Señora!

— Perdone V. A estas horas, despues del jaleo del baile, no se sabe una lo que se dice.

Todo esto ocurrió en la escalera, en presencia de la criada, que alumbraba con una capuchina.

Porque todavía no habia amanecido del todo.

IX.

TAL PARA CUAL.

Llegamos á su cuarto, adornado por cierto con una modesta coquetería llena de buen gusto; hízome sentar á la chimenea, que en efecto se hallaba encendida, y le dijo á la criada:

—Trae aquí todo lo necesario para hacer té, y acuéstate descuidada. Hoy no almuerzo.

Miéntras la criada llevaba los chismes del té, Julia se retiró unos minutos, al cabo de los cuales volvió completamente trasformada, ó sea vestida de piés á cabeza de diferente modo que habia estado en el baile. Una bata escocesa de lana caia á todo lo largo de su hermoso cuerpo; una graciosa gorra blanca recogia su despeinada y mal liada cabellera, y unos elegantes chapines de terciopelo encerraban sus menudos piés.

Estaba encantadora.

—Me parece mentira, dijo atizando la lumbre, que me he quitado toda aquella vestimenta. ¡Oh, tengo las piernas heladas!

Y, hablando así, se levantó; apoyó una mano sobre mi hombro, y metió alternativamente sus piés casi dentro de la chimenea.

La chimenea era de cok.

Reinó un minuto de silencio.

—¡Hagamos el té! añadió en seguida, dando un suspiro.

Y miéntras lo hacía, tarareaba.

Yo pensaba entre tanto en la envidiable felicidad á que habia renunciado el esposo de aquella divina mujer, y jurábame á mí mismo no omitir medio alguno de llegar á ocupar su puesto, aunque fuera ilegal y transitoriamente. ¡Necesitaba que Julia fuese mia á todo trance! Por un beso suyo hubiera dado en aquel momento la mitad de mi fortuna.

— Tengo que confesarme con V. de un pecadillo, díjome de pronto, interrumpiendo su tarea. Yo no soy casada: soy soltera... pero no tengo familia en Madrid, y por el bien parecer suelo decir que mi marido está en la California...

—¡Pobre señorita!, exclamé, verdaderamente conmovido. ¡Con que vive V. sola en Madrid!

—Sí, señor D. Rafael, contestó ella, presentándome la taza y el azucarero, y haciéndome un mohin delicioso.

—¡Soltera! ¡Vírgen! ¡Inmaculada! exclamé dentro de mí. ¡Oh, qué felicidad! Ella me ha dicho en el baile que le parezco bien... Por consiguiente, me será fácil conquistar su corazon, hacerla mia, poseer su intacta y peregrina belleza.

—¿En qué piensa V.? me preguntó la jóven dulcísimamente, miéntras me llenaba de té la taza, y mirándome de hito en hito, como queriendo leer en mi pensamiento.

Yo no le contesté al pronto. Pero estaba decidido, resuelto, pronto á cometer todo género de disparates.

—¡Será mia, me dije, ó pereceré en la demanda!

Tomé, pues, el té á toda prisa; me levanté, cogí el sombrero y le hablé de la siguiente manera:

— Julia, no puedo más... Me voy. Pero ántes de veinticuatro horas estaré aquí y le diré á V. todo lo que siente mi corazon.

—¡Pero, hombre, dígamelo V. ahora mismo! exclamó ella con un candor indescriptible.

— No es esta ocasion de largas conferencias, repliqué. V. estará cansada...

—¡Ca! ¡no! ¡de manera alguna! Yo acostumbro á dormir más de dia que de noche. Confieso que me acostaré con mucho gusto; pero no tengo pizca de sueño.

—Tambien estoy yo fatigado... continué.

—¡Pues quédese V. aquí! me interrumpió ella. ¿A dónde va V. á estas horas?

— ¿Cómo quedarme aquí?

— ¡Quedándose! ¿No se lo digo yo á V.?

— Muchísimas gracias. Es V. muy buena...

— No hay bondad que valga...

— Sin embargo... yo no puedo aceptar...

— ¿Por qué?

— Porque será abusar de la amabilidad de V... Yo me iré al Suizo. Estas noches de máscaras no lo cierran á ninguna hora.

— ¡Pero mire V. que para mí no es incomodidad ninguna! insistió ella con un *sans façon* lleno de gracia.

— ¡Oh! Sería una imprudencia de mi parte, repliqué

yo con igual franqueza. ¿Cómo quiere V. que yo permita que á estas horas se meta V. en el jaleo de ponerme una cama?... ¡Yo sé lo que son casas!...

Este último rasgo mio, que denotaba toda la prudencia de mi carácter y todas las previsiones de mi amor, le hizo á Julia un efecto extraordinario.

— ¡Vaya V. con Dios, hombre! ¡Vaya V. con Dios!... exclamó de una manera indescriptible. Tiene V. razon que le sobra.

Yo me permití besarle la mano que me tendió, y salí de su casa, loco de amor y de deseos. En dos saltos he atravesado la Puerta del Sol y la calle de Alcalá, y aquí me teneis, ¡oh amigos!, resuelto firmemente á conquistar á Julia, aunque para ello necesite hacerla mi esposa. Mañana mismo pasaré á visitarla, y si veo que se resiste á mi amor, le ofreceré mi mano, y en paz.—¿Qué os parece mi aventura?

Los seis poetas se miraron en silencio, no bien dejó de hablar Rafael; y, como si con aquella mirada se hubieran comunicado sus respectivas ideas y llegado á un acuerdo, levantáronse sin hablar palabra; quitáronse el sombrero hasta los piés; saludaron reverentemente al mayorazgo, y abandonaron el café con la gravedad más cómica del mundo.

Rafael se quedó atónito, con la boca abierta y la baba caida, viéndolos marchar, sin comprender ni remotamente aquella muda pantomima de los seis hijos de las Musas.

Asi permaneció una hora, durante la cual fué una lástima que no lo hubiesen retratado.

— ¡Envidiosos! exclamó al cabo de aquel tiempo.

Y se dirigió á una librería, donde compró un diccionario italiano-español.

—«BURRO (decia aquel libro).—s. m. *Manteca de vacas.*»

Rafael respiró como si se quitára un gran peso de encima.

X.

EPÍLOGO.

Quince dias despues se verificó el enlace de Rafael y Julia.

Durante aquellos quince dias, los poetas no vieron ni una sola vez al mayorazgo, que (dicho sea entre paréntesis) no volvió jamas al café Suizo.

Pero cuenta la fama que cuando los nobles hijos de Apolo recibieron la noticia de aquel casamiento, se alegraron de no deberle ningun favor á Rafael, y sintieron muchísimo deberle algunillos á Julia.

— ¡Tal para cual! dijo uno de los vates.

— ¡Nos libramos de él para siempre! añadió otro.

— Decididamente, observó Segismundo; aunque carecemos de metales preciosos, no estamos en el caso de envidiar á Rafael.

— Pues mira, dijo Borcivogo : con el tiempo lo envidiarán muchas gentes.

— ¿Por qué?

— ¡Porque será ministro!

Pretislao, Ladislào, Premislao y Sobieslao asintieron con la cabeza.

— Pues en ese caso, replicó Segismundo, tambien lo envidiaré yo; pero será por otra cosa.

—¿Por qué?

—Porque es tonto, y un ministro tonto debe de ser más feliz todavía que un poeta *sin un cuarto.*

1874.



TIC... TAC...

NOVELA BREVE, PERO COMPENDIOSA.

I.

Arturo de Miracielos (un jóven muy hermoso, pero que, por lo visto, no tenía casa ni hogar) consiguió una noche, á fuerza de súplicas, quedarse á dormir en las habitaciones de una amiga suya, no ménos hermosa que él, llamada Matilde Entrambasaguas, que hacía estas y otras caridades, á espaldas de su marido, lo cual da bien claro á entender que su marido era una fiera.

Mas hé aquí que aquella noche, á eso de la una, oyéronse fuertes golpes en la única puerta que daba acceso al departamento susodicho, acompañados de un vocejon terrible que decia :

—¡Abra V., señora!

—¡Mi marido!... balbuceó la pobre mujer.

—¡Don José! tartamudeó Arturo. Pero ¿no me dijiste que nunca venía por aquí?

—¡Ay! No es lo peor que venga... añadió la hospitalaria beldad, sino que es tan mal pensado, que no habrá manera de hacerle creer que estás aquí inocentemente.

—Pues mira, hija, sálvame, replicó Arturo. Lo primero es lo primero.

—¡Abre, cordera!, prosiguió gritando D. José, á quien el portero habia notificado que la señora daba aquella noche posada á un peregrino.

(El apellido de D. José no consta en los autos: sólo se sabe que no era hermoso.)

—Métete ahí, le dijo Matilde á Arturo, señalándole uno de aquellos antiguos relojes de pared de larguísima péndola que parecian ataudes puestos de pié derecho.

—¡Abre, paloma! bramaba entre tanto el marido, procurando derribar la puerta.

—¡Jesus, hombre!... gritó la mujer; ¡qué prisa traes! Déjame siquiera coger la bata...

A todo esto Arturo se habia metido en la caja del reloj, como Dios le dió á entender, ó sea reduciéndose á la mitad de su volúmen ordinario.

Ya podeis adivinar que aquel cuerpo *extraño*, con que no contó el relojero al construir su obra, impidió la gravitacion de las pesas y la oscilacion de la péndola, parando por consiguiente la máquina.

—¡No pares el reloj, desgraciado! exclamó Matilde. ¡Si lo paras, me pierdes y te pierdes! Mi marido no puede conciliar el sueño sino al ruido de esa péndola, y al advertir que no suena esta noche, vendrá á arreglarla por sí mismo... y...

Así diciendo, echó la llave á la caja del reloj.

II.

En el ínterin, D. José habia conseguido por su parte forzar la cerradura de la puerta, y penetrar en la habitacion echando fuego por los ojos.

—¿Dónde estás? berreó de una manera indescriptible.

—¿Qué buscas, Pepe? interrogó la mujer con la mayor calma. ¿Se te ha perdido algo?

— Se me ha perdido el honor, repuso el marido, mirando debajo de la cama.

—¡Desventurado! ¡Y lo buscas ahí!

En aquel tiempo no habia en Sevilla mesitas de noche.

Porque le escena era en Sevilla.

—¿Dónde está? seguia preguntando D. José.

En cuanto al reloj.... el reloj andaba perfectamente, como si nadie hubiera dentro de la caja; quiero decir que la péndola sonaba, cual si oscilase libremente en el vacío...

—Tic... tac... Tic... tac... Tic... tac..., oíase allí dentro.

No se le ocurrió, pues, á D. José, ni por asomos, registrar el interior del reloj.

Y como en ningun otro paraje encontrára á persona alguna, nuestro hombre cayó de rodillas delante de su esposa, cuya indignacion y cuya cólera iban tomando vuelo, y le dijo:

—Perdona, Matilde mia: he sido engañado por ese miserable portero... que sin duda estaba borracho. Mañana

lo despediré. Por lo que á tí hace, cree que mi amor, mi renovado amor, te demostrará cuánto es mi arrepentimiento por haber dudado de tu inocencia.

Matilde hizo inauditos esfuerzos porque no hubiera paz; quejóse de lo ocurrido; protestó, lloró, insultó á D. José, etc., etc.; pero éste le respondia á todo:

— Tienes razon... tienes razon... Soy una fiera.

Y entre tanto, volvia á cerrar la puerta que forzó, guardábase la llave, y tomaba posesion de su puesto en el lecho conyugal, exclamando como un bendito:

— ¡Vaya, mujer, acuéstate y no seas tonta!...

III.

A la madrugada, despertóse D. José bruscamente, y dijo en voz baja:

— ¿Duermes, Matilde?

— No, que estoy despierta.

— Dime: ¿es ilusion mia, ó se ha parado el reloj?

— Tic... tac... Tic... tac... Tic... tac... resonó al mismo tiempo dentro de la caja.

— Es ilusion tuya, respondió la mujer. ¿No estás oyendo?

— Es verdad, repuso D. José; pero lo que no es ilusion es que te adoro más que nunca.

IV.

Un año despues habia en la casa de dementes de Toledo un jóven muy hermoso, cuya locura estaba reducida

á figurarse que era un reloj de pared, y á estar siempre imitando el ruido de la péndola, por medio de un chasquido en el cielo de la boca hasta producir este sonido:

—Tic... tac... Tic... tac... Tic... tac...

Y dicen que era admirable la perfeccion con que lo hacía.

De donde se deduce, como moraleja, que algunas veces los jóvenes hermosos hacen el papel de maridos feos.

LA ÚLTIMA CALAVERADA.

NOVELA ALEGRE, PERO MORAL.

I.

—Tengo la seguridad, dijo el Marqués, encendiendo otro cigarro, de que si se examinára la vida de todos los grandes calaveras arrepentidos, se encontraria que *perdieron su última batalla;* quiero decir, que su última calaverada fué un chasco, una derrota, un Waterlóo.

—¡Qué reaccionario es este Marqués! ¡Miren ustedes con qué arte, en el símil de que se ha valido, la virtud hace el papel de la Santa Alianza, restauradora de Luis XVIII y del antiguo régimen!

—Tambien se podrá decir, replicó el Marqués, que en mi símil, la virtud hace el papel de la árida roca de Santa Elena, considerando que ese fué el camino que tomó Napoleon despues de su derrota.

—Pero no lo tomó sino á la fuerza, señor Marqués, é intentó muchas veces escaparse.

—Pues entónces, señor Duque, prescindamos del símil. En cambio, estoy más decidido que nunca á soste-

ner mi tésis: «Nadie ha dejado de ser calavera al dia siguiente de un triunfo. Todos los Lovelaces se han abrazado á la virtud al dia siguiente de un descalabro.»

—Marqués, exclamó el general X., que hasta entónces habia callado: mucho insiste V. en esa idea, lo cual me hace pensar si hablará V. por experiencia propia. Usted fué muy calavera en su juventud.

—Nada más que lo puramente necesario...

—Y luégo, de pronto, se convirtió V. en hombre de bien, cuando áun podia aspirar á nuevas glorias.

—¡Ya lo creo! Todavía no contaba treinta años cuando me retiré del mundo y me casé con Eloisa.

—Pues vamos á ver: compruebe V. su tésis, contándonos la derrota que precedió á su retirada.

—Sí, sí... ¡que la cuente!

—Con mucho gusto, señores. ¿A qué viejo no le agrada recordar sus campañas amorosas, áun aquellas en que fué poco afortunado? ¡Perfectísimamente me acuerdo del *hecho* que determinó mi *abdicacion!*

—¿Y fué, en efecto, un descalabro?

—¡Horrible! ¡Providencial, por mejor decir! Porque os advierto que no me derrotó ningun hombre más favorecido que yo por la beldad de que se trataba; ni ménos me derrotó el desden de ésta; ni tampoco me derroté yo mismo.

—¡Bravo, Marqués! Esa última frase es digna de la córte de Luis XV.

—No: no quedó por mí de manera alguna, prosiguió el Marqués, mordiscando el cigarro. ¡Me derrotó la Providencia!

— ¡ Veamos, veamos ! ¡ Basta ya de prólogo! Nuestro interes no puede estar más excitado.

— Muchísimas gracias, señor Duque. Pues, señor, el caso fué el siguiente :

II.

— Empezaré por deciros que mi arrepentimiento, ó sea el descalabro que voy á contaros, no data, como suponeis, de la época de mi enlace con Eloisa.

— ¡ Oh ! ya comprendemos que sería anterior.

— Nada de eso : fué posterior. Yo me curé en falso al casarme ; esto es, yo era todavía un calavera impenitente cuando conduje al altar á Eloisa ; y si me casé con ella, fué por miedo de no encontrar más adelante otra mujer de sus virtudes á quien entregar el depósito de mi honor y destinar á madre de mis hijos. Pero áun podia decir : *¡ Latet anguis in herba !* ¡ Aun no estaba arrepentido ! ¡ Aún no habia formado propósito de enmendarme ! ¡ Aun no habia pasado por la susodicha derrota!

El Marqués chupeteó detenidamente el cigarro hasta reavivar su lumbre ; dió un suspiro, y continuó :

— Llevaba yo ya tres años de casado con esa adorable Marquesa que todos conoceis, y á cuyo talento y bondad haceis cumplida justicia...

— ¡ Oh, la Marquesa es un ángel !

— Pues añadid que entónces era tambien jóven y hermosa.

— Hermosa... ¡ lo será siempre !

—Y jóven... ¡lo es todavía! añadió cierto pollo muy elegante.

—¡Eso se figura ella! Pero aquí, entre nosotros, debo deciros que tiene cuarenta y cinco años. Á lo ménos, yo le llevaba diez cuando la conocí, y tengo cincuenta y cuatro cumplidos. ¡Si me oyera! En fin... vuelvo á mi cuento.

Estaba yo en aquel tiempo (como sigo estándolo hoy) verdaderamente prendado de mi mujer; reconocia todas sus bellas cualidades; considerábame feliz en haber ligado mi vida á la suya... El matrimonio tenía indudablemente sus ventajas... *Pero...*

—*Pero...* V. habia sido calavera.

—Justamente. Yo habia sido calavera... Lo habia sido, y áun me quedaba en el corazon algo de aquella satánica codicia del bien ajeno que constituye el carácter de todos los conquistadores de pueblos y de mujeres.

—¡Soberbio! ¡Edificante! Está V. hablando como un ángel, señor Marqués.

—Y era... prosiguió éste, contemplando de un modo melancólico la ceniza de su cigarro; era que yo no habia entrado en la virtud por las puertas del desencanto, de la humildad y de la penitencia: era que mi casamiento habia sido un triunfo, una fortuna, una conquista más... ¡Era que Dios no me habia hecho caer del caballo como á San Pablo!

—¡Sublime! Marqués, ¡sublime!

—Parece que me explico, exclamó el relatante, riéndose, y derribando con el meñique la mencionada ceniza. ¡No me llamará V. hoy epicúreo, señor Duque!

—No decimos nada. Continúe V.

—Pues, señor; á los tres años de matrimonio (recuerdo que un dia de canícula), principié á sentir que retoñaba en mi corazon el calaverismo. El fantasma de la *otra*, de la mujer ajena, de la mujer *nueva*, del fruto vedado, comenzó á hacerme guiños en el sereno horizonte de mi paz doméstica. «Yo quisiera desamortizarme (empecé á decir á todas horas). Yo quisiera reivindicarme, recuperarme, resucitar; probarme á mí mismo que soy todavía un hombre como los otros, capaz de inspirar una *pasion en activo servicio*, y demostrar al diablo que, si hasta aquí he resultado un modelo de maridos fieles, ha sido por mi gusto, no por necesidad ni decadencia; que no me morí al casarme; que soy libre de hecho; que áun vive Pelayo; que puedo escalar las murallas de mi cárcel cuando me acomode, y que si habito en ella, no es como un forzado de la virtud, sino como un voluntario de mi mujer.»

Al poco tiempo de ocurrírseme todas estas atrocidades, hijas de mi impunidad, parecióme que la suerte, que el destino, que el hado, que el númen en que creen los jugadores y cuantos no se atreven á hacer á Dios cómplice de sus proyectos, se habia puesto de mi parte y me proporcionaba la ocasion de realizar el acto de independencia por que suspiraba todo mi sér.

Redoblad ahora vuestra atencion.

III.

Vivia yo con Eloisa en el campo, en las cercanías de Bayona, en uno de aquellos *chalets* que tanto abundan allí y que se alquilan por la temporada de verano. Hallábase situado el nuestro en la carretera que conduce á Pau...—Todavía no habia ferro-carriles en el Mediodía de Francia.

Precisamente habia sido en aquella especie de quinta donde habia yo concebido (*à priori* y en abstracto) la pícara idea de faltarle solemnemente á mi cara mitad; de tener una querida en toda forma, prévia la correspondiente conquista; de aumentar un nuevo laurel á los de mi borrascosa juventud. La soledad, el espectáculo de la pagana naturaleza, y la rápida vision de las hechiceras *veraneadoras* y bañistas que pasaban por delante de nuestra solitaria vivienda, en soberbios carruajes, dirigiéndose á otros puntos del Pirineo, contribuyeron, sin duda, á sacarme de mis casillas.

¡El campo! su rico ambiente
huele á regazo materno,
ó más bien á beso tierno
de púdica adolescente...

ha dicho álguien.

En tal situacion, pues, supe que una antigua novia mia, con quien estuve para casarme, y cuya mano no llegué al fin á pedir, sólo porque me permitió besársela várias veces cuando la llevaba del brazo, escoltada por su

respectivamente los haciamos Antonia y yo..., bien que sin conseguir nunca los infelices pasearse por las mismas calles de árboles que nosotros... ¡Tal era el afan con que nosotros fingiamos perseguir vilanos, á falta de primaverales mariposas!

Porque estas escenas ocurrian á mediados de Setiembre.

«—El domingo se marcha mi marido á Pau, donde estará tres dias. El lúnes, despues de oscurecer (á fin de que no llames la atencion de los transeuntes), puedes montar á caballo é ir á verme á mi *chalet*. Yo estaré en el jardin, en el pabellon grande, que, segun recordarás, se halla, lo mismo que éste, al extremo de la verja y lindando con el invernadero. Yo procuraré que la verja no esté más que entornada y que el portero haya ido á la aldea á algun recado que lo entretenga mucho tiempo. Por consiguiente, podrémos disponer de dos ó tres horas de absoluta libertad, y sin riesgo de que se entere nadie.»

Así me dijo Antonia la mañana que almorzó en nuestro *chalet* con su marido.

Yo no pude ménos de admirar (y de sentir) la consumada sabiduría que revelaba aquel plan de batalla.

—¡Es veterana! me dije. ¡Alguien ha madrugado más que yo!

Pero de cualquier modo, Antonia era todavía muy digna de personificar mis criminosas ilusiones. Veinticuatro años; blanca y pelinegra; estéril áun; rica de formas y gallarda de movimientos; risueña, impávida, terrible; con boca de niño y ojos de mujer muy mujer...

«con ojos negros y ardientes
como una cita en la sombra!»

que ha dicho Perico Alarcon...:—tales eran las *señas particulares* de aquella beldad, á los veinte meses de matrimonio.

Parecia la estatua viva del pecado.

IV.

El lúnes por la tarde recibí una comunicacion (que yo mismo me habia escrito, disfrazando perfectamente la letra), en la cual el alcalde del pueblecillo á que pertenecia nuestro *chalet* me prevenia que compareciese aquella noche á las siete ante su autoridad, á fin de enterarme de un gravísimo asunto que me importaba personalmente, encargándome mucho el secreto, y advirtiéndome que fuese solo.

El pueblecillo distaria cosa de una legua.

«—*Ha sido un error: me han confundido con otra persona*», tenía yo pensado decirle á mi mujer á la vuelta... Pero, por lo pronto, fingí gran alarma, mucho miedo, una extraordinaria curiosidad..., y partí, dejando á mi pobre mujer muy afligida...: tan afligida, que hubo un momento en que temí se desmayase... por lo cual no me marché hasta que su corazon se desahogó á fuerza de llanto.

Ya veis que no escatimo ninguna circunstancia agravante de mi iniquidad. Falsificador, embustero, verdugo... ¡todo lo fuí á un mismo tiempo, con tal de ser, por añadidura, traidor á una fe jurada en los altares y la-

dron de la honra de un amigo! Total: cinco infamias.

El auditorio se iba poniendo serio.

El Marqués hizo una pausa, y luégo continuó.

V.

Era una de aquellas noches de niebla que tan frecuentes son en los Pirineos durante diez meses del año.

No se veia nada, absolutamente nada. ¡Ni tan siquiera divisaba yo mi propio bulto!

Pero la carretera era recta, ancha, llanísima; tenía árboles y cunetas á los lados, y mi caballo, inteligente por todo extremo, y que ya habia hecho várias veces aquel viaje al *chalet* de Antonia, no podia extraviarse.

Era, pues, una ventaja muy grande, léjos de ser un inconveniente, aquella niebla espesísima, que la oscuridad de la noche hacía impenetrable de todo punto. Ni nadie me veria en el camino, ni nadie podria conocerme en el momento de entrar en la casa ajena.

— ¡Hay un Dios que protege á los enamorados! me dije alborozadamente.

¡Y cómo me latia el corazon! Mis antiguos amores con Antonia; aquellas tímidas, embozadas y simbólicas conversaciones propias del noviazgo con una señorita; aquellos rápidos é insuficientes besos que estampé en sus manos de soltera; aquellos otros más audaces, pero no ménos ligeros, que habia estampado ya en sus mejillas de casada y en su aleccionada y agradecida boca; sus lánguidas miradas en nuestras recientes entrevistas, sobre todo en la última; todo esto constituia, para mi amo-

rosa esperanza, un mundo de ilusiones, de promesas, de indefectibles venturas...

¡Qué larga deuda iba á cobrar! ¡Una deuda de cinco años! ¡Y á qué poca costa! ¡Cómo me alegraba de no haberme casado con Antoñita, sino con mi santa mujer! ¡Qué suerte tan loca la mia! ¡Tener un ángel por mujer propia, y por querida la mujer ajena! ¡Qué distinta habria sido mi situacion si me hubiese casado con la ingrata que iba á escarnecer en mis brazos la fe conyugal, y me hubiese enamorado luégo de la dulce prenda incapaz de pecado que tenía por esposa! ¡Oh doble desventura! ¡Ni la una ni la otra me hubiese amado entónces! ¡La una por mala, y la otra por buena, me habrian maltratado igualmente! Y de aquel otro modo, era mio el corazon de las dos; las dos se consagraban á hacerme feliz; encontrábame á un mismo tiempo venturoso marido y venturoso amante. Seguia siendo el hijo mimado del amor y el nieto favorito de su madre Vénus...

Por aquí iba en mis reflexiones, cuando tropezó el caballo, y caí.

VI.

—¡La caida de Saulo de que hablaba V. ántes!

—¡Justamente: la caida de San Pablo! replicó el antiguo calavera, lanzando una gran bocanada de humo y siguiendo con la vista sus azuladas espirales, que fueron á ennegrecer el techo del gran salon del *Casino del Príncipe* de esta villa (entónces córte) donde pasaba la pre-

sente conversacion en tiempos del último Ministerio Isturiz.

—Segun eso, observó uno, se rompió V...

— No me rompí nada, mi general.

— Pues entónces...

— Déjenme VV. concluir.

Me levanté ileso (milagrosamente ileso, si se considera que la caida fué por las orejas del caballo); busqué el sombrero, que me costó gran trabajo encontrar en unas tinieblas tan absolutas; cepilléme con ambas manos, como Dios me dió á entender, y volví á colocarme sobre la silla, no arrepentido todavía (pues yo era más contumaz que el Apóstol de los gentiles), sino ántes bien lleno de mayor impaciencia que nunca por estrechar entre mis brazos á aquella pecadora, cuyas viles promesas me habian hecho dejar á mi bendita mujer llena de tribulacion y angustia en la soledad de una casa de campo, en una noche tan triste, en tierra extranjera, contando los segundos, y temiendo á cada instante por mi libertad y por mi vida!

Pero esto lo pienso ahora; pues lo que es entónces, sólo pensaba en los aguerridos ojos de Antoñita; en su incitante boca; en su sedoso pelo; en sus brazos, que habian engordado desde que yo le daba el mio al salir de las tertulias de marras; en su talle, que era más redondo que cuando bailaba yo con ella, diciéndole al oido cosas sin nombre, que su inocencia no dejaba de adivinar; en sus piés, por último, que yo pisé tantas veces, cuando ibamos en coche, acompañados de la sombra de Nino de su ya destronada madre.

Metí, pues, de nuevo espuelas al caballo, y al cabo de un cuarto de hora, sus desesperezos y relinchos me denotaron que estaba cerca del paraíso de mis sueños.

En cuanto al noble animal, regocijábase sin duda de aquel modo, porque habria olfateado la vecindad del hospitalario paraje en que ya habia sido muy bien tratado dos ó tres veces.

— ¡Gracias, buen servidor! le dije acariciándole. ¡Tú tambien amas esta mansion de venturas!

El caballo me contestó con una parada en firme, como diciéndome :

— Hemos llegado.

Y, en efecto, á traves de la niebla percibí dudosamente un punto de claridad, que comprendí era la iluminada ventana del pabellon en que me aguardaba Antoñita.

Me apeé del caballo ; avancé á la orilla del camino, y topé con la verja.

Mi corazon saltó de gozo... y luégo de miedo.

—¿Si estará cerrada? ¿Si se habrá arrepentido Antonia? me pregunté, como todo el que acude á primera cita de mujer nueva.

Até el caballo á un hierro de la verja, y luégo fuí empujando los demas, hasta que al fin cedió uno...

¡Era la puerta que se abria!

—¡Bendita sea! pensé, lleno de agradecimiento ante aquella *formalidad* de mi adorada y ante aquella *facilidad* de la cancela..., que me anunciaba tantas otras facilidades.

El Marqués hizo una pausa.

Nadie se atrevió á interrumpirle.

—Al mismo tiempo, continuó en seguida, arrojando el resto del cigarro para accionar con más libertad, un fantasma blanco se dibujó sobre la bruma, y una voz baja, trémula, ronca de emocion y sobresalto, pero llena tambien de infinita dulzura, murmuró en medio de las tinieblas.

—Juan, ¿eres tú?

—¡Yo soy, mi vida! le contesté, alargando los brazos.....

Y palpé unos suaves y tibios hombros; y oí un gemido de placer; y una ardorosa cara, bañada en llanto, se apoyó en la mia; y la misma dulce voz, más amante aún que al principio, pero ménos velada ya por la inquietud, me dijo entre dos cariñosos besos:

—¡Ay, Juan! ¡Creí que no volvias nunca!

Era mi mujer.

VII.

Sí; era mi mujer.

Estaba en mi casa, en el jardin de mi *chalet*, semejante casi en todo al de Antonia y al de todos los *chalets* del mundo.

Cuando me caí del caballo...

—¡Comprendido! El animal se volvió (como hacen siempre todos en tal caso) en sentido contrario á la marcha que habia seguido hasta entónces.

—Exactamente. Yo, con el aturdimiento de la caida, y con las vueltas que dí para buscar el sombrero, me desorienté por completo...

—¡Claro! y el caballo entónces prefirió regresar á casa á seguir corriendo aventuras...

—¡Eso es! y yo, que tenía en aquel momento algo de animal irracional, no caia en la cuenta de que podiamos muy bien estar desandando lo andado.

—¡Bien! ¿y qué sucedió?

—Termine V. su historia...

—Esperamos el desenlace...

—¡Nada! Lo que ya he dicho; que estaba en mi casa, y que tenía entre los brazos á mi mujer, á mi buena Eloisa, á vuestra amigota la Marquesa.

—Bueno. Pero ¿qué hizo V.? ¿Qué dijo?

—¡Toma! La llevé al pabellon del jardin (pues tambien aquel jardin tenía su pabellon correspondiente, en el cual habia estado aguardándome la pobre, para hallarse más á la vista de la carretera.) La llevé, digo, al pabellon del jardin... y nunca más volví á ver á Antonia, ni á pensar en otra mujer que en aquella que me abrazó llorando de amor y de alegría, precisamente en el momento en que yo creia tener entre mis brazos á su rival!

—¡Pobre Antoñita! exclamó el Duque. ¡qué noche pasaria!

Todos soltaron la carcajada.

VIII.

—Por lo demas, concluyó el Marqués, encendiendo un tercer cigarro, háganme ustedes el favor de considerar ahora todo el respeto que me infundiria en adelante

EL ALBUM HEREDADO.

Dulces hermanas, á la par gentiles,
discretas á la par y candorosas,
que vuestros poco más de veinte Abriles
mostrais, cual ramos de tempranas rosas,
en talle y faz y gracias juveniles:

¿Qué álbum es éste tan precioso y rico
(bordado de seguro por las hadas),
donde encuentro (y á fe no me lo explico)
autógrafos, pinturas y baladas
que tienen ya de fecha treinta y pico?

¡Cantan aquí la gracia y la hermosura,
con el ardor de sus mejores años,
Quintana, Gil y Zárate y Ventura,
y, haciendo coro al general Castaños,
Martinez de la Rosa amor murmura!

¡Astros fulgentes de la patria fueron,
que nunca ingrato eclipsará el olvido!...—
Pero ¿cómo estas coplas os hicieron,
si algunos de ellos ¡ay! hasta murieron
cuando vosotras dos no habiais nacido?

«*Voces son de otros sueños y otros dias...*»
—dice la sombra de la edad pasada.—
¡Ah! lo comprendo todo, amigas mias:

este libro de flores y poesías
el álbum fué de vuestra madre amada.

En él un tiempo á la gentil doncella,
que hoy es perfecta y ejemplar matrona,
una corona, por afable y bella,
tejiéronle esos vates, y ora ella
os da con alma y vida su corona.

Y aquí ya empiezan á deciros flores
otros poetas y otros amadores,
como del bosque en el ramaje umbrío
nueva generacion de ruiseñores
canta nuevos amores cada estío.

Así tambien, en el cerrado huerto,
de renovadas y fragantes rosas
el rosal cada Abril se ve cubierto,
y en torno de ellas nuevas mariposas
vuelan con loco afan y giro incierto.

Vate (y áun jóven) de la edad presente,
tócame á mí cantar vuestra hermosura...
Pero luégo vendrá la edad siguiente,
y oiréis á otros poetas, dulcemente,
cantar de vuestras hijas la ventura...

Pues ya os dije una vez que, aunque se muera
cada otoño un ejército de amores,
«tendrá cada primavera
»tantos pájaros y flores
»como tuvo la primera.»

1872.

MARIA... EN AMÉRICA

ó

LA CAZA DEL SAURIO.

Del agrio risco solitaria dueña,
la diestra armada del arpon luciente,
ved á la hermosa indiana adolescente
tendida al borde de tajada breña.
La verdosa cerviz no bien enseña
cauteloso lagarto, diligente
le asesta el golpe, y, trémula, lo siente
forcejear, clavado ya en la peña.
¿Quién hizo tal? ¿Dó está la cazadora?
¿En qué trono se sienta? ¿Qué salvajes
viven bajo su excelsa tiranía?
Convertid á la indiana en gran señora,
y, cercada de ilustres personajes,
la hallaréis en Madrid.....—¡Vedla!—es *María.*

EN EL ALBUM DE CONSUELO.

Sé que ya tienes la edad
que previene el reglamento:
sé que te adornan talento,
gracia, inocencia y bondad.
Sé que eres una beldad;
que son tus ojos de cielo;
que es como el oro tu pelo
y tu faz de rosicler.....
Solo me falta saber
por qué te llaman *Consuelo.*

EN UN ABANICO.

Lo que hayas de mirar por las varillas,
míralo cara á cara:
que una niña no debe ser avara
del suave carmin de sus mejillas.....
—ni mirar á hurtadillas.

[illegible]

[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]...
— [illegible]





ANÉCDOTAS DE MI TIEMPO.

Habíame propuesto hoy, queridos lectores, inventar un cuento de los llamados *novelas,* y andaba buscando en mi imaginacion los personajes fantásticos que habian de figurar en él, cuando tropecé con una infinidad de héroes de carne y hueso que andaban paseándose por mi memoria, como autores de hechos ó de dichos inolvidables; y estos dichos y hechos hanme parecido tan curiosos, que no vacilo en referiros algunos de ellos, en vez de los que yo pudiera escogitar, seguro de que saldréis ganando en el cambio.

Porque, decidme, ¿qué mejor novela que la misma vida? ¿Qué personajes más cómicos ó más tristes se podrán inventar que los que tropezamos á todas horas en mitad de la calle? ¿A qué poner en tortura la fantasía, cuando nos da todo el trabajo hecho la realidad?

Oidme unos instantes, y os convenceréis de que tengo razon. Por mi parte, tan convencido estoy ya de ello, que ahora mismo se me ocurre publicar algun dia, si Dios no me mata ántes, todo un volúmen con el mismo título de estos renglones; ó sea una coleccion de *Anécdotas de mi tiempo*, políticas, literarias, artísticas, sociales, etc. etc.

Y véase lo que son las cosas! Traté de escribir hoy una novela, y se me convirtió en un artículo; me puse á escribir el artículo, y se me acaba de convertir en una obra. ¿Quién sabe si mañana la obra se convertirá en agua de cerrajas?

Con que, vamos á las anécdotas ofrecídas, no sea que á fuerza de prometer, acabe no contándoos hoy nada de provecho.

I.

EL SOMBRERO-FÉNIX.

Empezaré por el lance más prosaico.

El Duque de *** (en lugar de estas tres estrellas colocad trescientos millones de reales); Duque, cuya nobleza se remontaba á la primera mitad del reinado de Doña Isabel II, y Duque que, por más señas, murió hace unos ocho años, despues de haber sido ministro y otras cosas... (pero me parece que sabeis de quién hablo); pues bien, el Duque de *** tenía un criado á quien amaba extraordinariamente, y del cual era tambien muy querido, pero al que nunca habia regalado nada... por la sencilla razon de que S. E. era muy avaro.

Tan avaro era S. E., que sus amigos tuvieron que predicarle muchos meses para ver de conseguir que desechase un sombrero viejísimo, lleno de grasa y de abolladuras, que usaba hacía ya siete años. Logrado que hubieron que comprase otro, el Duque llamó al susodicho criado y le habló de la manera siguiente:

— Tiempo es ya, Francisco, de que yo te dé una muestra especial de mi afecto, así como de que uses sombrero de copa. Aquí tienes este (y le presentó el que acababa de desechar) que yo he llevadö tantos áños y que es como un recuerdo vivo, como una parte integrante de mi persona. Guarda la gorrilla que trajiste del pueblo y que has usado hasta de presente: guárdala, por si vienen malos tiempos y tenemos que reducir nuestro tren; pero entre tanto, usa, cual si fuera tuyo, este sombrero que te regalo yo (que soy tu amo), como recompensa y premio de tus excelentes cualidades.

Francisco, que era un gallego muy económico, agradeció profundísimamente aquel donativo; fué á una sombrerería de mala muerte, y mandó que le compusieran el sombrero. El sombrerero lo coció en agua hirviendo, lo encoló, lo planchó, y lo dejó flamante, aunque con un colorcillo de ala de mosca y ciertas raspaduras que denotaban sus antiguos servicios.

El dia que Francisco *lo estrenó*, encontróse el Duque á éste de manos á boca en el portal de la casa, y, reparando en la prenda que primero le vió en la cabeza y luégo en la mano, díjole atropelladamente:

—¿Por qué te has comprado un sombrero nuevo? ¿Qué has hecho con el mio? ¿Ha sido tu ánimo desairarme?

—¡Cá! no, señor... respondió el criado. ¡Si este sombrero es aquél! ¡Sólo que me lo han compuesto por ocho reales!

—¡Pero, hombre! ¿Cómo he podido yo regalarte un sombrero que todavía puede durar seis años? ¿En qué he

estado yo pensando? Toma... toma tus ocho reales, y déjame mi sombrero. ¡Pues no faltaba más! Con éste y con el que me he comprado por puro lujo tengo ya para toda mi vida.

El Duque se equivocaba. Le sobró uno de los dos; pues cuando á los diez meses S. E. murió... de viejo, dejó á sus herederos trescientos millones de reales... y un sombrero nuevo.

¡Qué ganga para sus hijos!

II.

CONSECUENCIA POLÍTICA.

Y, sin embargo, aquel hombre no era tonto.

Tan no era tonto, que él fué quien pronunció algunos años ántes una de las frases más profundas, significativas y crueles que hayan resonado jamas en el mundo político; frase que despues se ha repetido en el Parlamento, en el teatro, en todas partes, poniéndola en boca de otras personas.

Encontróselo un dia en la calle D. Alejandro Mon, que acababa de ser Ministro de Estado, y díjole sentidamente:

— ¡Dichosos los ojos que lo ven á V., señor Duque!

— Eso digo yo, señor D. Alejandro: ¡dichosos los ojos que lo ven á V.!

— Hombre, yo lo digo porque ántes tenía el gusto de verlo á V. todos los dias en el Ministerio de Estado, y

desde que dejé de ser Ministro no he vuelto á saber de usted!

— Culpa de V., que no mia, señor D. Alejandro, respondió el Duque tranquilamente.

— ¿Cómo tal?

— Como V. lo oye. Yo no he variado en nada. Yo sigo yendo *todos los dias á la misma hora* al despacho del Ministerio de Estado...—*Usted es el que ha dejado de ir.*

III.

VENTAJAS DE CONOCER LA LENGUA LATINA.

De diversa índole, pero no ménos acerada, es la contestacion que dió á otro saludo el insigne Martinez de la Rosa. Yo presencié la escena.

No diré quien... despues de haber obtenido grandes favores del célebre autor de *Edipo*, y de haberle adulado mucho durante sus primeros ministerios, dejó de visitarlo cuando lo vió en la adversidad, y hasta se pasó al campo de sus adversarios.

Pero habiendo girado la rueda de la fortuna, y tornado Martinez de la Rosa á la cumbre del poder, el ingrato de marras tuvo la poca vergüenza de acercársele en el salon del Marqués de Molins, y decirle zalameramente:

— ¡Hola, amigo!

— ¡*Olim*, amigo! contestó el ilustre poeta volviéndole la espalda (1).

---

(1) El adverbio latino *olim* significa *en otro tiempo.*



UN CONSEJO DE EL LAVI.

Uno de los autores dramáticos que más aplaudió nuestro público en los últimos años del romanticismo, tenía grande amistad con el famoso torero *Lavi.*

Adolecia el poeta por aquellos dias (últimos tambien de su juventud) de una gran tristeza, ó pasion de ánimo, y andaba tan cariacontecido y taciturno contra su genialidad acostumbrada, que parecia que se iba á morir.

— ¿Que tiene V., hombre, qué tiene V.? le dijo el *Lavi* una vez que lo halló á solas. ¡Cuéntemelo usted á mí todo! Eso debe de ser algun amorcillo que se le ha atravesado á V. en el alma; y para semejantes males yo sé muchísimos remedios.

— Puede ser, Manolo, respondió el poeta. Acaso tú, con tu gramática parda y consumado trasteo del mundo, me des algun consejo práctico para salir de la angustiosa situacion en que me encuentro. Escucha, Lavi:

Yo estoy perdidamente enamorado de la mujer de un amigo mio, y no sé por qué me imagino que ella me corresponde en secreto. No me atrevo, sin embargo, á decirle cosa alguna, no ya por respeto á mi amistad con el marido (pues la pasion ha acabado por sobreponerse á

mi conciencia), sino considerando que, si estoy equivocado y mi adorada no me quiere ni sospecha mi amor, una declaracion sólo servirá para aumentar mis cuitas. Dígolo, porque ella, que hasta ahora ha sido muy honrada, y se ha mostrado fiel y amantísima esposa, se llenaria de cólera é indignacion al oirme; me prohibiria volver á su casa, ya que no se lo contase todo á su marido, y yo me quedaria sin *honra ni provecho*, y privado de la dulce vista y contínuo trato del objeto de mis ánsias.

—Comprendo, dijo el Lavi. Usted desea obrar sobre seguro. Usted desea saber, sin preguntarlo, si esa mujer le quiere. Usted desea no correr el riesgo de errar el golpe, ni tampoco dejar de darlo, si por ventura la fiera está ya preparada para la muerte.

—Justamente, Manolo.

— Pues, señor: eso es muy sencillo. Dígame V., ¿usted ve á solas á la interesada?

—Muchas veces al dia y durante la noche. Puede decirse que no salgo de su casa sino las horas de dormir.

—Corriente. Pues, señor: á la primera ocasion en que estén ustedes solos, se arrima V. á ella y la mira sin decirle una palabra. En seguida, le da V. así..... con el baston en la ropa, y le dice V. medio riéndose: «*Muchacha, ¡qué gorda estás!*» (Es lo que yo hice con una.) Despues le planta V. un par de banderillas, digo, de besos, donde mejor le pille, y se pára V. Si ve V. que se rie y se calla... ¡adelante! ¡toque V. á muerte! Pero si ve usted que se incomoda y empieza á dar voces, se calla usted como un difunto, ó se pone á silbar haciéndose el dis-

traido, y aquí no ha pasado nada. ¡Es que la mujer no quiere!

El poeta soltó la carcajada, cosa que no habia hecho hacía mucho tiempo, y quedó curado de su pasion... de ánimo.

De la otra pasion no sabemos cómo se curaria. Pero á los pocos meses estaba completamente bueno.

LA GRANADINA [1].

PROGRAMA.

Supongo que mis dignos compañeros, los panegiristas de *Las mujeres españolas* que preceden á *La Mujer de Granada* en el órden alfabético, habrán escrito ya más de una disertacion sobre la mujer en general, comparada con el hombre, y sobre las españolas ó ibéricas en particular, comparadas con las hembras de otros países. A mayor abundamiento, el ilustre redactor (2) del *Prólogo* capital de la obra ha sabido, como no podia ménos, tratándose de un pensador tan profundo, desempeñar magistralmente la parte sinfónica de esta vasta composicion, sin que á su comprensiva mirada se oscurezca ninguno de los aspectos sumarios del asunto, así en la esfera filosófica, como en la moral, como en la meramente literaria.

Véome, pues, por fortuna, dispensado de establecer

(1) Esta monografía forma parte de la obra titulada *Las mujeres españolas, portuguesas y americanas*, de que es editor D. Miguel Guijarro.

(2) D. Antonio Cánovas del Castillo.

aquí temerarios y abstrusos prolegómenos, á medida de mis intereses, acerca de las candentes cuestiones genéricas y diferenciales que ventilan hace cinco mil ochocientos cincuenta y tres años los dos sexos beligerantes en que se divide la especie humana, y dispensado tambien de definir á medida de mis afectos, si la mujer blanca es superior ó inferior á la negra, la roja, la morena y la amarilla, y si entre las blancas debemos preferir á la europea, y entre las europeas á la latina, entre las latinas á la católica, y entre las católicas á la ibérica, todo ello (¡gran iniquidad!) sin audiencia de las pobres agraviadas.

En cambio (y aunque supongo tambien que otros lo habrán hecho), no puedo ménos de discurrir un poco, por vía de introduccion, respecto de los inconvenientes con que tropezamos los autores de estas monografías al pretender clasificar á las mujeres de cada una de las actuales provincias de España en una casilla separada que delimite técnicamente pretendidas variedades de su naturaleza ó de sus costumbres.

Estuviera aun dividida España (y hubiérase de juro dividido tambien esta Galería) al tenor de los antiguos Reinos, ó de las vulgares y significativas denominaciones de *Mancha*, *Rioja*, *Alcarria*, *Alpujarra*, etc., etc., y habria sido óbvio, en la mayor parte de los casos, trazar lindes y fijar términos á los diversos hábitos y usos, á los varios carctéres y á las distintas cualidades intrínsecas que constituyen todavía (pésele al nivelador ferro-carril y á la uniformidad democrática) la pintoresca heterogeneidad de la poblacion de nuestro suelo, rico tambien

de contrastes topográficos y pictóricos. Pero la prosaica y anti-artística Administracion, al hacer la vigente demarcacion de provincias, no tuvo ni pudo tener en cuenta (lo reconozco imparcialmente) la historia, las tradiciones y las prácticas de cada region para encerrarla en sus efectivas fronteras, sino que atropelló por todo y cortó por lo sano, como la expropiacion forzosa, mutilando y desorganizando ciertas aglomeraciones etnográficas, legendarias ó políticas, que venian á ser el sistema ganglional de nuestro pueblo.

De aquí ha resultado (perjuicio baladí para la Administracion, y acaso trascendentalísimo á los ojos de los verdaderos estadistas) la disgregacion y dislocacion de muchos intereses y sentimientos que eran al par efecto y causa del inveterado organismo geográfico, y de aquí ha resultado tambien (que es lo que en este punto nos importa discernir) esa fria pléyade de provincias de oficio que tan pobremente brillan á los ojos del artista ó del poeta, por ser las más idénticas á sus adyacentes, por ser otras pedazos arrancados á un antiguo nobilísimo Reino, y por ser no pocas meras creaciones arbitrarias, sin blason ni carácter propios.

Ahora bien: el libro de las *Mujeres españolas* ha tenido que acomodarse á la actual division administrativa, en virtud de muy atendibles consideraciones, y nosotros, los redactores de la obra, nos verémos por ende expuestos á cada instante y obligados muchas veces, ya á repetirnos, ya á anularnos recíprocamente, ya á contradecirnos unos á otros en nuestros juicios y apreciaciones.

Yo, por ejemplo, al proponerme describir á la *Grana-*

dina, hállome con que mi provincia no es toda la Andalucía, ni tan siquiera todo el antiguo Reino de Granada; tropiezo con que al llegar este libro á la G, ya contendrá descripciones cumplidísimas de las mujeres de Almería, Cádiz y Córdoba; y encuéntrome, finalmente, con que despues han de venir los artículos sobre las de Jaen y las de Málaga, tan parecidas á las hijas del Darro, del Guadalfeo y del Guadix. No extrañe, pues, el lector que desatienda en ocasiones los puntos de vista extensivos á todas las andaluzas, ni que por el contrario, señale algunas veces como condicion propia de la Granadina lo que caracterice tambien á la de Almería y á la malagueña. Sin esta libertad de accion fuera imposible sacar las siguientes fotografías.

Una advertencia más y entramos en materia.

Mi plan es estudiar muchas granadinas en diversos escenarios de la capital, de las ciudades subalternas y de los pueblos pequeños, ó sea de los campos; pero, al hacerlo, no me referiré nunca, ni por asomos, á personalidades que realmente existan y que yo haya tratado en esta ó aquella localidad, sino que apreciaré fenómenos colectivos formando de muchos tipos uno solo. Lo propio digo respecto de las poblaciones secundarias. Yo conozco casi todas las ciudades, villas y aldeas de la provincia; mas, cuando las defina y califique, no tendré *in mente* á ningun pueblo determinado. Esta segunda salvedad es aún más necesaria que la primera. En Madrid y en las grandes capitales existe la libertad del anónimo, pues el individuo se pierde en el conjunto. En los pueblos ociosos y estacionarios toda persona es patrimonio de las

demas y vive constantemente en público. Cualquier alusion equívoca da allí, por tanto, márgen á una mortificacion solidaria, que se endosan gratuita y mutuamente los zumbones, y de la cual no quiero ser responsable.

Otrosí digo: en cada uno de los susodichos escenarios existen las tres grandes capas sociales: aristocracia, clase media y plebe, y de todas hemos de hablar, unas veces en términos colectivos, y otras con la debida separacion. No se confundan, pues, nunca las especies, y téngase siempre á la vista que estarán siendo simultáneo objeto de nuestras obervaciones las ricas de las aldeas y las pobres de las ciudades; las mendigas de la capital y las petimetras de los cortijos; las elegantes huríes que bostezan en coche por la *Carrera del Genil*, y las hechiceras *cursis* que cimbrean su primoroso talle, vestido de limpia indiana, en un balconcillo de madera festoneado de flores; las terribles alcaldesas de monterilla, más tiesas que D. Rodrigo en la horca, y las interesantísimas hijas bien criadas de padres del antiguo régimen, moradoras de ciudades de tercer órden que presumen de más históricas que Aténas y Alejandría.

Hay, como veis, mucha tela cortada, y tenemos, por consiguiente, que ahorrar de razones.

¡Arriba, pues, el telon!

CAPITULO PRIMERO.

LA GRANADINA COMO ANDALUZA.

Por esos aires subia
un serafin á los cielos;
y, al ver tanto bueno; dijo:
— No subo; que aquí me quedo:

Quedamos, caballeros, en que á estas horas ya sabeis lo que es Andalucía. Os habeis, pues, hecho cargo del almo júbilo con que se rie el Todopoderoso en aquel pedazo de cielo que deja trasparentarse la Gloria desde el Guadiana hasta el Segura y desde Sierra-Morena hasta los dos mares: habeis respirado aquel aire tibio y balsámico, que es, en Abril como en Diciembre, el aliento de nuevas rosas; habeis contemplado aquellas matizadas vegas, patrimonio á la par de Flora y Céres; aquellos cármenes y huertos que no ensoñó Babilonia; aquellos bosques de naranjos y limoneros, como los imaginados por la fábula; aquellos inmensos olivares y pomposas viñas que absorben y dan por fruto la luz y el calor del sol; aquellas costas en que tienen colonias las palmeras de Oriente y los plátanos de Occidente, y aquellos mitológicos rios que desaparecen leguas y leguas bajo la fresca bóveda que tejen el arbolado y las malezas de sus fértiles orillas: habeis doquiera recibido la descarga eléctrica de aquella raza vívida, locuaz, entusiasta, turbulenta, á un tiempo sentimental y festiva, infatigable y perezosa, y os ha causado asombro y hasta miedo tanta

gracia, tanto fuego, tanta poesía como brota incesantemente de aquellas bocas, siempre llenas de réplicas vivas, de chistes rapidísimos, de ingeniosos embustes, de áticas sales, de felices comparaciones, de atrevidas hipérboles, y de más retórica, en fin, para todos los casos y todos los gustos que enseñaron Aristóteles, Horacio, Ciceron, y los mismos Santos Padres. ¡Y allí ha surgido ante vuestros ojos, como una sílfide, como una llama de colores, como una tentacion viva, la Eva morena, la Helena romántica, la Vénus católica y vestida, la mujer andaluza..., supersticion de britanos, locura de franceses, chochez de rusos y alemanes y perdicion de los españoles!

Ahora bien : pues que ya conoceis la *tierra* y la *gente*, y de juro tambien os han llevado, para que estudieis las costumbres, á los toros del Puerto y de Sanlúcar, y á las ferias de Mairena y del Rocío, y á la Semana Santa de Sevilla, y de paseo ó gran parada á la plaza de San Antonio de Cádiz, y de profana romería á la beata Sierra de Córdoba; y en todas estas *exposiciones regionales* habréis encontrado á las más genuinas andaluzas de alto y bajo copete, ora á pié, ora en las ancas de un caballo regido por un contrabandista ; ora en jumento con jamugas ó con maldita la cosa; ora en calesa, calesin ó birlocho; ya con vestido á media pierna, pañuelo de crespon encarnado y la cabeza ornada de claveles; ya con falda de espléndidos faralares, valioso manton chinesco y toca blanca, al gusto de Goya; ya de legítima torera, con monillo, ceñidor y sombrero calañes; ya arrastrando luenga cola de seda, y tremolando la clásica mantilla de casco, bandera negra

de las españolas contra toda la extranjería; aquí tañendo las castañuelas, y bailando, verbigracia, el *vito;* allí cantando, al són de sus palmas, la apasionada *soledad*, ó entonando, con lágrimas en la voz, ¡sin palmas y con suspiros! la *caña* quejumbrosa y lastimera; aquí abriéndose paso con su rumboso meneo entre una turba de majos, que arrojan á sus piés capas y sombreros para que le sirvan de alfombra; allí volviendo valientemente una esquina, y al mismo tiempo la cara en sentido inverso, como fascinadora culebra que no quiere que se escape el pajarillo; es decir, pues que ya habeis visto á la mujer técnica de la *Tierra de María Santísima*, sea duquesa ó labradora, generala ó cigarrera, en el pleno ejercicio de su privativo poder, de su peculiar gallardía, de su porte soberano, tengo que principiar por advertiros que.....

(AXIOMA.)

La granadina no es andaluza de profesion.

Quiero significar con esto que la granadina, aunque posee todos los encantos especiales de las andaluzas, su imaginacion, su donaire y su belleza, no es, ni nunca pretende ser, el consagrado prototipo de la raza bética; no es, ni siquiera entre la gente ordinaria, la jacarandosa macarena pintada en el forro de los calañeses y sobre las cajas de pasas de Málaga; no es, ni de ello presume, la estereotipada heroína de las saladísimas piezas de Sanz Perez; no es, en fin, la mujer andaluza, tal como la tienen metida en la cabeza los extranjeros, tal como se la dieron á entender la Nena y la Petra Cámara, y tal como ellos van á admirarla allende Despeñaperros, á ries-

go y hasta con ansia de que salgan á robarlos los Grandes de España de primera clase que, segun es sabido, despluman, trabuco en mano, á los periodistas franceses que pasean sus tesoros por España!!!

No: la granadina no hace gala del género andaluz, ni en su pronunciacion, ni en sus actitudes, ni en su estilo, ni en sus hábitos. Es en lo que principalmente se diferencia de las hijas del Guadalete, del Guadalquivir y del Guadalmedina (tres rios cuyos nombres valen un *imperio*, en el sentido recto de la palabra), las cuales por muy damas que sean (y las hay principalísimas, que pueden echarse á pelear con las mejores de Madrid), siempre, siempre... (¡no me lo negueis!) abundan en su propio andalucismo, á sabiendas de lo que en el orbe vale y puede esta calidad, y bien que ya no tengan, ni por asomos, nada de comun con la *maja*, sin embargo (¡confesémoslo!), llevarian á mal que se dudase de que han nacido en la misma tierra que la produce, ó sea

En aquella tierra...
con aquel calor...
donde tan temprano
sale siempre el sol!

Por el contrario, aunque la granadina, en su pronunciacion, en sus actitudes, en su estilo y en sus hábitos, revele constantemente su idiosincrasia andaluza, es de una manera indeliberada, inconsciente, inadvertida. Creeríase que no se tiene por tal, ó que ignora que las andaluzas gozan fama en ambos hemisferios de jocosas por antonomasia. Ello es, repito, que nunca alardea en tal gui-

sa, ó, para hablar más á la buena de Dios, nunca la echa de graciosa... ¡Y lo es tanto!

Muchas veces (¡ya lo creo! siempre que le hace falta para volver el juicio á un hombre, ó para salir de cualquier apuro) deja la granadina el grave continente de que hablarémos despues, ¡amigo! y entónces sabe plantarse como una jerezana, y contonearse como una sevillana, y argüir como una de Córdoba, y poner más caras y más cruces que una de Málaga... Pero esto es un relámpago fugitivo, durante el cual se ve lo que no es decible de trastienda, monadas y travesura, y luégo vuelve su señoría á la acostumbrada formalidad, no quedando de la pasada metamórfosis sino algunos hoyuelos en las mejillas y cierto reir en los hechiceros ojos, permanentes indicios del alma que se esconde en aquel cuerpo.

CAPÍTULO II.

MOROS Y CRISTIANOS.

> Málaga tiene un castillo:
> Granada tiene su Alhambra,
> y Zaragoza su Coso...
> ¡El Coso, zaragozanas!

Con que, ya lo he indicado, y aquí lo consigno, y sirva esto de corolario al capítulo anterior, á la vez que de segundo

AXIOMA.

La granadina es una andaluza séria.

Semejante seriedad no tiene nada que ver con la inalterable circunspeccion, con la espetada tiesura ni con la solemne parsimonia de las pobladoras de otras regiones de España. Es un melancólico señorío, una poética distincion, un gracioso romanticismo, un soñador recogimiento, propio exclusivamente de las reinas destronadas. La granadina podrá ser genial y chistosa por naturaleza, y resultar así cuando se la excita; pero se diria que siempre es á pesar suyo. No de otro modo (y va de símil) tal ó cual huérfana, ó tal ó cual reivindicable viuda, tiene la figura risueña y deliciosa, y la voz juguetona como un trino, y el discurso divertidísimo por lo travieso, áun en el momento que estrena sus tocas de luto y está su corazon verdaderamente acongojado.

Y la verdad es que en el fondo del espíritu de los granadinos de ambos sexos hay no sé qué vaga sombra de esa viudez, de esa orfandad, de esa realeza, de ese destronamiento. Más frescos allí que en parte alguna de la Península los recuerdos de una autonomía soberana; habiendo sido aquella region la última que constituyó un reino independiente; vibrando aún en el espacio, por tradicion sentimental de padres á hijos, los alaridos del dolor que lanzára, no hace tres siglos, la raza morisca al ser arrancada de cuajo de aquel Eden; confundidos en la imaginacion popular este infortunio y el anterior de los judíos con sus infortunios propios, á causa del decaimiento intelectual y material que ambas expulsiones produjeron en Granada; creyéndose, en fin, de un modo informe y fantástico, la generalidad de las gentes (hablamos del vulgo) que descienden, á un tiempo y por línea

recta, de los mismísimos Reyes Católicos y de Boabdil el *Chico*, ó cuando ménos de Príncipes mudejares y de los grandes capitanes conquistadores (y de todo habrá ¡ vive Dios! por bien que expurgára la poblacion cristriana el buen Felipe III), el caso es que el bello ideal de la raza granadina reside en lo pasado; que su orgullo es retrospectivo, y que el mundo de sus complacencias, de sus consolaciones y de sus engreimientos se encierra en aquel palacio de la Memoria que tan elocuentemente describe San Agustin, y en otro primoroso palacio labrado por las hadas entre el rio de las arenas de plata y el rio de las arenas de oro, es decir, en la incomparable, deleitosísima Alhambra, ufanía y ejecutoria de todos los granadinos de hoy, á pesar de ser obra de los vencidos, expoliados y desterrados islamitas.

Y aquí teneis explicado por qué los poetas y poetastros de aquella tierra somos elegíacos hasta lo sumo, y

«Como á nuestro parescer
cualquiera tiempo pasado
fué mejor.»

Pues bien : en las mujeres, esta especie de nostalgia cronológica nutre los más quiméricos sinsabores, sin que ellas mismas se lo figuren: y yo apostaria cualquier cosa á que su fórmula sumaria es la siguiente: Echar de ménos los gloriosos tiempos de la conquista, en que su amor podia servir de corona al heroismo, y envidiar igualmente la posicion de las princesas árabes que conspiraban con los caudillos cristianos en el Albaicin contra la córte de la Alhambra, y la de las ricas-hembras de Castilla que recorrian á caballo las vegas de Santafé

y de la Zubia tras la hacanea de Isabel la Católica, escoltadas y servidas por la flor de la caballería cristiana, y amenazadas de cautiverio por la flor de la caballería mora.

¿Qué mucho, por consiguiente, que sean graves y melancólicas toda las granadinas en ciudades, villas y aldeas? Cuando ese tedio de lo presente y esa pasion de ánimo por lo pasado se apoderan de una raza, trasmítense de generacion en generacion, y cunden de las clases ilustradas á las ignorantes, sin que nadie tenga que enseñar ni que aprender leccion alguna. Es una cosa que se hereda, como las facciones del rostro; es una cosa que se pega, como el acento; es una tísis del alma.

Sí: la granadina es séria, es soñadora, es poética, es elegíaca, á pesar de su vívida sangre andaluza, como lo es el pájaro cautivo, como lo es el ángel desterrado. Ella está cautiva en la red de una creciente decadencia local: ella está desterrada de la Historia.

CAPITULO III.

TRIUNFAN LOS CRISTIANOS.

A la entrada de Granada,
calle de los Herradores,
está la Vírgen del Triunfo
con veinticinco faroles.

Fuí al Triunfo y le recé
á la Vírgen una Salve,
y luégo la encomendé
por el alma que tú sabes.

AXIOMA.

Todas las granadinas son católicas, apostólicas, romanas.

No exceptúo de esta regla ni á las mujeres de los republicanos federales, ni á las hermanas de los que en cierto pueblo de la costa repartieron hace mucho tiempo algunas Biblias protestantes, ni á las hijas de constituyentes que en 1869 votáran la libertad de cultos, ni á las madres de ninguno de ellos. ¡Todas, todas son eminentemente católicas!

Piadosas, humildes, reverentes con Dios y con sus ministros, su religiosidad brilla principalmente por una ardientísima devocion á la Vírgen y por un miedo cerval al demonio.

La Vírgen es para ellas el dulce objeto de un amor indefinible. Trátanla como á una madre, como á una hermana, como á una amiga, como á una confidente. ¡Hasta pretenderian hacerla una cómplice! Todo se lo cuentan; todo se lo consultan; en todo procuran interesarla; de todo le ofrecen participacion, consistente en alguna

cera, en alguna joya ó en la trenza de sus mismísimos cabellos. El bandido de Nápoles le reza á San Genaro ó á la *Madonna*, para que le ayuden en sus negocios. Las granadinas ponen bajo el amparo de la Vírgen sus esperanzas de todas clases... Con Ella tienen mucha más franqueza que con Dios.

A Dios apénas acuden directamente, contando como cuentan con la Reina de los Cielos. A Dios lo veneran, lo bendicen, lo respetan y le huyen... ¡Es que le temen! *Initium sapientiæ timor Domini.* Aunque en esto de temer, repito que le temen más al diablo.

El Dios á que acabo de referirme no es otro que Dios-Padre en particular; pues á Dios-Hijo no le temen de manera alguna, sino que lo aman con entrañas de verdaderas madres desde que son niñas de ocho años. Adoran, sí, al *Señor*, esto es, á Jesucristo en persona, como otras tantas Marías agrupadas al pié de la Cruz; lo compadecen, lo asisten, lo acompañan, lloran su Pasion y muerte, viendo en Él un hijo legado por la desgracia á su solícita ternura. De aquí que una Imágen del *Señor del Mayor Dolor*, ó *de Jesus Nazareno*, esto es, *con la Cruz á cuestas*, les inspire á veces tanta confianza y tanto fervor como una Vírgen del Cármen ó de las Angustias. Y ¡cosa rara! cuando este mismo Dios-Hijo se les representa en su primera edad, como *Niño Jesus* ó *Niño de la Bola*, ya pierde su carácter filial, y en vez de familiar ternura, infúndeles altísimo respeto. ¡Admirable intuicion de lo más abstracto de la teología! A medida que ven reducirse la Persona, crece y se impone á su imaginacion la Esencia.

Por lo que hace al Espíritu Santo, nunca es objeto especial de su misticismo ; lo cual se comprende sin esfuerzo. Los atributos especiales del Paráclito son más sublimes á los ojos de los Doctores de la Iglesia que sensibles á los de las fieles cristianas.

Acerca del Demonio no quisiera hablar en este sitio, pues es hacerle demasiado honor ; pero no puedo pasar por otro punto. La granadina ve á Lucifer tantas veces al dia como San Antonio Abad ó como Santa Teresa de Jesus, y lo acusa á cada momento de cuantas desgracias le ocurren ó presencia. «*El Demonio ha hecho que pase esto.*» «*Quiso el diablo que sucediera lo otro.*» «*Satanas me ha escondido el ovillo, las tijeras ó la aguja.*» «*Me tentó el Demonio, y dije aquello ó hice lo de más allá.*» «*Hoy tengo los Malos en el cuerpo.*» «*Fulano es el Enemigo.*» Estas y otras frases parecidas no se caen nunca de sus labios, y, al propio tiempo, pónele la cruz á Luzbel, ó se santigua estremeciéndose, ó dice «*¡ Ave Maria Purísima!*» por vía de exorcismo y desinfectante. Y, sin embargo, en todo esto no hay nada de maniqueismo, sino ortodoxia pura.

En lo que no hay tanta ortodoxia, pero tampoco intencion herética, es en las preocupaciones y supersticiones que abriga respecto á la existencia y al poder de de otros seres de que no nos habla el Catecismo. La mitad las mujeres de la Provincia, sobre todo en los pueblos pequeños, creen á puño cerrado en los duendes, en las brujas, en los hechiceros, en los fantasmas y en los aparecidos. De aquí un miedo espantoso á los muertos, y de aquí tambien el que haya una casa cerrada en que no se

atreve á vivir nadie, por ser cosa sabida que ¡á media noche! óyense extraños ruidos, particularmente de cadenas. Esta credulidad, de que nunca participaron las personas cultas, va cediendo tambien en el ánimo de las indoctas; pero no así la fe en innumerables agüeros, talismanes, amuletos, cábalas y untos, de aplicacion medicinal y moral, para cuya enumeracion y recetario sería preciso escribir un tomo en fólio.

Por lo demas, la granadina es asídua al templo, lo mismo en la capital que en la última aldea; frecuenta el confesonario; da mucha limosna; hace y cumple infinidad de promesas ó votos, como *romper* (ó sea usar hasta que se rompa) un hábito de tal ó cual órden monástica; no comer postres; pagar misas; llevar velas á las sagradas imágenes, andar descalza, recorrer la iglesia de rodillas, rezar muchas partes de rosario, etc., etc.

Tambien tiene gran devocion á los Santos y Santas de lo córte celestial: mas no á todos en el mismo grado. Aparte de los Patronos de sus respectivos pueblos, que siempre son sus predilectos, mis paisanas abrigan preferencias en favor de tal ó cual Bienaventurado, segun que lo juzgan más ó ménos milagroso. Pero esto acontece en todas partes.

Volviendo ahora á su adoracion especial hácia María Santísima, diré, para concluir, que no es dado formarse idea de nada tan tierno, tan expresivo, tan entusiasta, tan conmovedor como los agasajos, las fiestas y las ovaciones que granadinos y granadinas hacen, por ejemplo, á la Vírgen de las Angustias, patrona de la capital. Quien no ha visto, despues de cualquier calamidad pública,

trasladar en triunfo su imágen desde la Catedral, adonde se llevó en rogativa, á *su casa* (así se designa su templo), no puede saber hasta dónde llega el sublime frenesí de un pueblo exaltado por la piedad: y quien ha visto aquel espectáculo, que siento no poder detallar aquí, y no ha derramado lágrimas tan copiosas como las miserias de esta vida, no tiene corazon ni alma de hombre.

CAPÍTULO IV.

LA GRANADINA EN EL HOGAR DOMÉSTICO.

Pensamiento tiene Darro
de casarse con Genil;
y le ha de llevar en dote
Plaza Nueva y Zacatin.

Echada la sonda en la imaginacion y en el corazon de nuestra heroína, y conociendo, como ya conocemos, la índole y la profundidad de su fantasía y de sus creencias, la tarea de estudiarla se ha simplificado mucho, y podemos proceder á analizar sus costumbres rápida y objetivamente.

Principiemos por desenvolver este

AXIOMA.

La granadina es la señora de su casa.

En efecto; la mujer de aquella tierra manda en jefe el hogar, ejerciendo de hecho y de derecho una autoridad superior á la del hombre. La doctrina evangélica que rehabilitó á la hembra ha sido cumplida en esta parte con exceso. Y es que el granadino, por pasion ingénita ó

genérica, y por galantería característica, ha hecho de la mujer un ídolo, en lugar de hacer una compañera. Puede decirse que ella es la reina del palenque en que lucha el varon toda su vida. Para ella y por ella quiere ser guapo, elegante, valiente, rico, poderoso. Ella es á un tiempo el juez y el premio del torneo. La opinion de los hombres, criterio del honor en todos los países, no les importa tanto á los hijos de Granada como la opinion de las mujeres, criterio que aquilata el mérito y el demérito con relacion al amor. Verdad que algunas veces el esposo maltrata á la esposa, le pega, y hasta la mata; pero nunca la desprecia. Es que el pobre hombre tiene celos, ó es más generalmente que de vez en cuando se le ocurre, como á los pueblos, sacudir la tiranía. Mas el tirano, quiero decir, la mujer, aguanta el pujo, deja pasar la tormenta y vuelve á imperar sobre el rebelde, que las paga entónces todas juntas. Así es que muchas mujeres de la clase y condicion en que funcionan las manos ó la vara del marido, suelen quejarse amargámente de que éste haya renunciado por completo á sacudirles el polvo; pues entónces es cuando se creen verdaderamente destronadas.

Y así es que dice un cantar:

«No fies en las riñas
de los amantes,
que riñen por el gusto
de hacer las paces.»

Por lo demas, la granadina, desde que se constituye en esposa, adopta voluntariamente algo de la manera de vivir de las orientales. Enciérrase en el hogar; pero pa-

ra dirigirlo, para gobernarlo, para monopolizarlo. Del tranco de la calle hácia adentro el marido no dispone de cosa alguna; suele no saber lo que sucede; cuando más, indica su opinion; y la mujer determina, decide, concede ó niega. Por regla general, ella es la depositaria del dinero, y, por regla universal, la distribuidora. Habrá familias que vivan á la francesa, ó fuera de la ley de Dios, y con las cuales no recen por consiguiente estas bases. ¡Prescindamos de semejantes excepciones! La norma es la que digo. Y aún hay más. El hombre, en sus negocios de la calle, en los asuntos relativos á su profesion ó á su hacienda, no resuelve nada medianamente importante sin consultarlo con *la señora* (que así se llama si usa vestido), ó con *la parienta* (que así se denomina si usa zagalejo). Y no es esto una debilidad del órden íntimo ó privado, sino una legítima deferencia ó un debido vasallaje, que proclaman en alta voz los maridos como la cosa más natural del mundo..... (excepto en los pueblos de la costa).

En cambio, la mujer, dentro de la casa, á puerta cerrada, trabaja lo que humanamente puede, á veces más de lo que nadie imaginaria, atendida su posicion social. En este punto es *La Perfecta Casada* de Fray Luis de Leon. No sólo la muy menesterosa, sino tambien la que vive con algun desahogo, y hasta muchas acomodadas, naturalmente hacendosas, ó que precaven el porvenir economizando para sus hijos, barren, limpian, cosen, planchan, lavan, friegan, amasan, guisan, crian gusanos de seda y cuidan á los niños (todo al par que la criada y por ahorrarse de meter otra), sin contar con que,

cuando se ocurre, le sirven la comida á su esposo, al mismo tiempo que ellas comen yendo y viniendo, con la majestad de una matrona que da hospitalidad á un peregrino, ó con la humildad de una reina en Juéves Santo.

Lo que la granadina no hace nunca.....—Pero esto que voy á decir merece figurar como

AXIOMA.

La granadina no cultiva el campo.

¡Ah! lo contrario sería un deshonor para el marido. ¡Su mujer no es una negra! Él ara, siembra, labra, coge, trilla, con un sol canicular, con nieve y con hielo, con el agua á la cintura, sin reparar en su comodidad ni en su salud..... ¡Pero trabajar ella delante de gente! ¡Hacer lo que puede hacer un mozo, un peon..... y si no hay peon ni mozo, él mismo, á costa de un poco más de fatiga!.....—De manera alguna.

No sin orgullo consigno esta observacion (aplicable á todas nuestras provincias meridionales), advirtiendo de paso á las granadinas, para que nos lo agradezcan á los granadinos, que en otras regiones de España y en las más cultas naciones de Europa sucede lo contrario: la mujer labra la tierra, y el hombre se las compone en el hogar. ¡Y así anda ello!

Lo que sí hace la granadina en el campo es *espigar*. —Pero ¿qué es espigar?—Es usar de un gracioso derecho que cristianamente concede el más pobre labrador á las mujeres necesitadas, y solo á las mujeres, de entrar en su heredad, de donde ya se han sacado los haces, á

rebuscar y apropiarse las espigas que han quedado desperdigadas en el rastrojo.—¡Despues de la galantería, la caridad erigida en ley consuetudinaria!—¡Muchas leyes como ésta nos diera Dios! ¡Algo más medrado anduviera nuestro siglo!

Pero volvamos la hoja.

La granadina es lujosísima, sobre todo ciertos dias del año. Ni el marido ni el padre reparan en su propia persona, con tal que la esposa ó la hija vista *como corresponde;* y siempre corresponde vestir mejor de lo que buenamente se puede. El traje pontifical de la mujer es el que representa la clase social de la familia. Un hombre rico ó linajudo se descuida en el vestir; usa la ropa del artesano ó del labrador; abandona para *in æternum* el frac, la levita, y hasta el sombrero de copa; pero la señora ó señorita de la casa no saldrá nunca á la calle sino de tiros largos, con arreglo á ordenanza; «*como quien es*», valiéndonos de su frase. En compensacion, de puertas á dentro lleva demasiado léjos el *negligé*, que nosotros llamamos el *trapillo*, con tal de que la casa ofrezca un aspecto irreprochable.—Digamos, pues, que nuestra *perfecta casada* es *objetivamente limpia* hasta un extremo increible. Los muebles, los utensilios de cocina (de los cuales tiene repetidas baterías de lujo que no sirven nunca), los techos, las paredes, los suelos, brillan siempre como el oro. «*¡En los ladrillos de mi casa se pueden comer migas!*» dice ella con enfática jactancia.

La granadina, en general, recibe y hace pocas visitas. Lo más comun es pasarse toda la semana sin pisar la ca-

lle y sin que ninguno de fuera pise su casa, como no sea algun pariente muy cercano. En toda la provincia escasean las tertulias en que se reunan señoras. Si éstas pasean, es en domingo, y eso en la capital. En las poblaciones subalternas es menester que repiquen más gordo. — Ya volverémos sobre esto.

Entre tanto, allá van esos nuevos

AXIOMAS.

La granadina es floricultora, domadora de gatos y domesticadora de canarios.

Recomiendo á los pintores *de género* el insondable cuadro de una de estas *mujeres de su casa*, sentada al lado de un balcon lleno de macetas floridas, entre una manada de gatos enroscados á sus piés, y media docena de canarios enjaulados sobre su cabeza. Con esto, y con su fértil, aventurera imaginacion, tiene bastante una hija de Granada para no estar nunca sola.—El gato, la flor, el canario y la mujer..... ¡ qué cuarteto !

AXIOMA.

La granadina es herbívora, vinífoba y gazpacháfaga.

Es herbívora: esto es, se alimenta principalísimamente de vegetales cocidos, fritos, asados ó crudos. Cierto que acepta las sustancias animales inherentes al *puchero*, pero es como precepto medicinal más que como verdadera satisfaccion. Y fuera de esto, y de algun huevecillo, seguro está que una granadina, *motu proprio*, se recete otros manjares que ensaladas, ensaladillas y en-

saladetas, en cuyo ramo su inventiva es inagotable. Pasarán de doscientas ¡vaya si pasarán! las combinaciones que sabe hacer de aceite, vinagre y sal, con todas las hierbas del campo. Y entiéndase que en la palabra *hierbas* incluyo todo lo que, segun el *Diccionario*, es legumbre, todo lo que es hortaliza, y ademas muchos frutos y frutas. Porque hay ensalada de pimientos y tomates, y de tomate crudo y solo, y de pepino, y de calabaza, y de cardo, y de patata, y de remolacha, y de escarola, y de judías, y de apio, y de pero, y de lechuga, y de coliflor, y de cebolla, y de granada, y de manzana, y de naranja, y de todo lo nacido.—¡Ah! ¡Se me olvidaba!—«*De la mar los boquerones*..... (la granadina rinde este tributo de respeto á Málaga) *sobre todo, fritos, de noche, con ensalada de escarola.*» —Pero hablarle á la granadina (exceptuamos á las afrancesadas) de *beef-steack* ó de *roast-beef*, equivale á hablarle de herejes y de judíos.

Es vinífoba. Explicacion: nunca prueba el vino, como no sea muy dulce, en una broma de rompe y rasga, y considerándolo la más atroz de las travesuras. Pero en la mesa, á pasto, como en otras provincias de España y como en los demas pueblos extranjeros..... ¡jamas! Bien que los granadinos, hasta hace muy poco tiempo, tampoco veian el vino sobre su mesa. Y todavía, fuera de la capital es esto verdaderamente extraordinario. Sin embargo, la provincia, segun datos estadísticos, resulta aficionada, muy aficionada, demasiado aficionada..... Pero se bebe como se peca, á solas, clandestinamente... «*El vino..... ¡en la taberna!*» le dice la mujer al marido; elogiándole en seguida la limpidez, la baratura y las

virtudes higiénicas del agua, creada por Dios para que no se beba vino.

Es gazpacháfaga..... ¿Y quién no lo es en aquel país? Desde el prócer y el prebendado hasta el mendigo, en diciendo que llega Mayo, todo el mundo se administra, cuando ménos, un gazpachillo por dia. La granadina-tipo se administra dos ó tres. Lo toma ántes del puchero; lo toma entre comidas; lo toma ántes de acostarse. ¿Ni qué fuera del género humano sin el gazpacho, en una tierra donde el sol llega á quemar algunos meses tanto como en el Senegal ó en la Abisinia?—Bueno está lo bueno.

AXIOMA.

La granadina es honesta, y en ningun caso escandalosa.

En Granada, por la misericordia de Dios, todavía está de moda la virtud de las mujeres. Quiero decir que la opinion pública no tolera el pecado, ni transige con las pecadoras. Son, pues, ellas buenas por innata circunspeccion y acendrada religiosidad, y al mismo tiempo porque les es indispensable para vivir entre las gentes: y resulta de aquí que su rigor y severidad no sólo impiden la falta propia, sino tambien la falta ajena. La delincuente, en aquel país, nó está dentro del derecho comun como en esta villa y córte, y como en otras muchas partes. Pecar en aquella provincia es para la hija de Eva colocarse fuera de la ley, incomunicarse con la sociedad, aislarse como una leprosa. Quizas por esto mismo tampoco sirve allí de timbre y loor á un hombre el ser un D. Juan Tenorio ó cosa parecida. Todo el mundo detesta

y condena al infame que sedujo á una jóven en estado de merecer, perdió á la mujer del prójimo ó dejó abandonada á la suya. ¡Dure mucho en mi amada tierra este sentido moral! Cuando él falta, los pueblos más prósperos son una repugnante sentina. —Dígalo París.

Y aquí concluyen *las generales de la ley* de todas las granadinas. Examinemos ahora los caractéres que las diferencian entre sí, segun que viven en la capital, en las poblaciones subalternas ó en el campo, y segun que pertenecen á la aristocracia, á la clase media ó al pueblo. Pero examinémoslas confundidas unas con otras, pues la clasificacion regular y simétrica estuvo siempre reñida con el arte.

CAPÍTULO V.

GALERÍA DE GRANADINAS.

Quiero vivir en Granada;
porque me gusta el oir
la campana de la vela
cuando me voy á dormir.

I.

¿Quién no conoce á Granada, aunque no la haya visto nunca? ¿Quién no sabe los tesoros de hermosura que ha acumulado la naturaleza desde las cúspides de plata de Sierra-Nevada hasta las cárdenas cimas de Sierra-Elvira; desde los rojos cerros de la Alhambra y el Albaicin, cubiertos de lindos cármenes, hasta la remota lontananza de aquella vega que no tiene rival en el mun-

do? Sin pasion, sin hipérboles orientales, sin hacer el coro á Zorrilla, sin repetir lo que han escrito Chateaubriand, Teófilo Gautier, Washington Irving y otros mil literatos; discurriendo como discurren los viajeros más indiferentes, y hablando en humilde prosa (si esto último es posible tratándose de Granada), yo os diré únicamente que, por lo que he visto, por lo que he leido y por lo que me han contado de cuanto hay en el globo, no existe region más favorecida por Dios, comarca más feraz y variada, lugar más romancesco y delicioso, teatro mejor dispuesto para el sueño del amor y la apoteósis de la mujer, que aquél en que vamos á contemplar ahora á nuestra heroína.

Allí podemos verla de paseo amatorio, por la tarde, en la primavera, bajo las sombras paradisiacas de *La Alhambra;* ó en excursion higiénica, el verano, al amanecer, por la amenísima y misteriosa cuenca del *De-oro* en busca de la *fuente del Avellano;* ó, en tren de merienda, por las fértiles huertas de los *Callejones de Gracia*, con presupuesto de cerezas, habas verdes ó lechugas, para engañar unos típicos bollos de pan de aceite. Allí podemos admirarla cuando cruza en carretela bajo las célebres alamedas del *Salon* y de la *Bomba*, entre perpetuos verjeles; ó cuando echa pié á tierra y luce su garbo y su elegancia por la alegre *Carrera de Genil*, frente á la cual sonrien embelesadas las eternas nieves de la vecina sierra, que parece tocarse con la mano; ó bien la encontramos asomada, como una flor más, á un balcon natural de rosas y alelíes, en los cármenes escalonados por las laderas de todas las colinas, desde cuyas

alturas corren, triscan y saltan mil arroyos bullidores, como otros tantos duendes que minan los cerros, las calles y las casas de la ciudad, creando pensiles en todas partes. Allí podemos acompañarla, finalmente, en su constante peregrinacion artística, subiendo por la *Cuesta de los Molinos*, por las *Vistillas de los Angeles*, por el *Campo del Príncipe* y por la *Cuesta de San Cecilio* á buscar los sublimes panoramas que se descubren desde los *Mártires* ó desde *Torre Bermeja*, para ir luégo á visitar las maravillas del Palacio encantado de Alhamar el *Magnífico*, y del aéreo, quimérico *Generalife*, asilos perdurables de poéticos ensueños. Y en todos estos parajes verémos á aquella mujer, tan sensible y reflexiva, tan amante y soñadora, siempre al traves del prisma de colores de una flora inagotable, siempre al són del canto del ruiseñor, siempre oyendo bajo nuestros piés, sobre nuestra cabeza y á nuestro lado, el rumor melancólico del agua, reluciente ú oculta, despeñada ó juguetona, y siempre entre la mágia de los recuerdos históricos, de los primores artísticos, de las tradiciones románticas, de las solemnidades religiosas y del patético gemido que exhala todo lo decadente, todo lo desgraciado, todo lo que pasó..... como pasa nuestra vida.

II.

¡Vedla, sí, vedla! ¡Saludad á la *granadina de Granada* bajo cualquiera de las formas en que aparece á nuestros ojos!

Ya es la noble, la distinguida, la delicada aristócrata de aquella tierra clásica de lo regio.....

Ya es la sílfide que huella la tierra con sus menudos piés, la ideal y elegante dama ó señorita de la clase media, de cultas formas y gentiles pensamientos.....

Ya es la graciosa, fina y circunspecta doncella del pueblo, silenciosa y expresiva como las flores con que se adorna.

Pero siempre encontrais la misma mujer exquisita, de fibra superior, de melancólica belleza que habla directamente al alma; más insinuante que fascinadora; más á lo Murillo que á lo Ticiano; más de Calderon que de Lope; más de Cleómenes que de Fídias.

Sí: cualquiera que sea su clase, la granadina resulta siempre de un aspecto fino y sentimental, al propio tiempo que dulce, risueño y recatadamente voluptuoso. No chispea en ella la sangre como en las andaluzas de otras comarcas; pero su imaginacion, sus nervios, la médula de sus huesos, los suspiros de su boca, son amor y sólo amor.

No me pregunteis por las facciones de su cara, ni por las dimensiones de su cuerpo. Allí, como en todas partes, *per troppo variar natura é bella.* Hay, pues, granadinas morenas y granadinas blancas, de pelo negro, de pelo castaño y de pelo rubio, altas y bajas, delgadas y gordas, feas y bonitas. Sépase, empero, que el tipo *general y genuino* no es alto y recio como el de la hermosa cariátide vascongada, por ejemplo; ni fresco y ámplio como el de las mujeres de Rubens; ni pequeño y pardo como el de ciertas provincias del interior de España. Sé-

pase tambien que las bellas están en Granada en mayoría, lo cual acontece del mismo modo en Valencia, en Málaga, en Sevilla, en Cádiz y en otras regiones privilegiadas del mundo. Y sépase, en fin, que casi todas tienen poco hueso, pié diminuto, provocativo talle, la color algo quebrada, rasgados ojos oscuros y sus indispensables interesantísimas ojeras.—Que hay más morenas que rubias, dicho se está tratándose de Andalucía; pero su moreno es esclarecido, como el de las legítimas venecianas. Sin embargo, en el Albaicin abunda un tipo hechicero y rarísimo en España: la mujer blanca como la nieve y con el pelo negro como el azabache.

De la mayor ó menor abundancia del cabello de las granadinas, permitidme que no asegure nada de este pícaro año de 1873.

III.

Pasemos á la parte indumentaria.

La dama de la alta sociedad y la acomodada de la clase media visten como determina mensualmente el *figurin* de París, ni más ni ménos. Excusado es, por consiguiente, buscar nada local, nada típico en su traje. En este punto, ver á una elegante madrileña es ver á una elegante granadina.

La mujer de las clases populares no tiene tampoco traje característico; pero su *toilette* de gala, aunque poco singular, es bastante graciosa: zapato bajo, negro ó color claro; media blanca; vestido entero de percal, casi rayando con el suelo, adornado con uno ó más volan-

tes de la misma tela; pequeño delantal negro; un pañolillo de vivos colores, cruzado sobre el pecho, dejando adivinar todas las primorosas líneas del talle; y, finalmente, otro pañuelo de seda, llamado *de la India*, tambien muy vistoso, doblado diagonalmente, prendido sobre la cabeza con un alfiler y atado debajo de la barba, cuyo tocado, merced á ciertos picarescos fruncidos y dobleces, llega á darle al óvalo del rostro un carácter confuso, entre monjil y judaico, de irresistible coquetería... cuando la interesada es interesante.

Esto sucede en la capital.—En los pueblos, el traje de las campesinas presenta una variedad innumerable, siempre sobre la base de un jubon negro de anascote. La falda va aparte, y es de coco, indiana ó percal. En algunas villas esta falda es de picote listado. De todos modos, la elegancia rural consiste en colgarse todos los refajos y enaguas que se poseen, aunque sean cincuenta.

Las de más tono usan mantilla sin velo ni blondas, esto es, una gran tira de franela negra, con anchas franjas de terciopelo. Las pobres, hácia Levante, llevan el manton doblado en triángulo, pendiente de la cabeza, lo que les ahorra otro pañuelo y les da un aire míseramente africano. En la Alpujarra, las cortijeras se echan las sayas sobre la cabeza, á guisa de manto; y como la saya está forrada de amarillo, y el refajo es encarnado, ofrecen á distancia, en aquellos ásperos montes, un aspecto interesantísimo. Por último, en ciertos pueblos las mujeres de todas clases gastan medias negras, á excepcion de la hija del sacristan, que usa medias blancas,

y á excepcion tambien de las infelices que no tienen medias.

IV.

> Tres cosas tiene Granada
> que no las tiene Madrid:
> el Zacatin y la Alhambra
> y la puente de Genil:

Volviendo á las señoras de las clases acomodadas, y especialmente á las aristócratas, hay que aplicar á sus costumbres externas, ó sea á sus hábitos, lo mismo que hemos dicho de su traje: son una repeticion exacta de los hábitos de la alta sociedad madrileña. De consiguiente, sus horas, sus gustos, sus esparcimientos, sus modales, sus opiniones sobre todas las cosas que no son del alma, se arreglan al meridiano de París. Y contra toda herejía importante en esta delicada materia las aseguran y garantizan sus frecuentes viajes á la córte, y alguno que otro al extranjero. Ocioso es añadir que cada recien llegada de Francia ejerce una especie de dictadura durante dos ó tres meses.

Para la aplicacion y ostentacion de estas mudables reglas de buen tono, cuentan las elegantes de Granada con bastantes coches propios, con dos teatros, con excelentes modistas, con baños de mar en la cercana costa, con su correspondiente *Junta de Damas de Beneficencia*, y con una deliciosa *rifa de la Inclusa*, en público, en una gran tienda de campaña colocada en el paseo del *Salon*, durante las famosas fiestas del *Corpus;* tienda que es una copia en miniatura del Paraíso de Mahoma, por lo que respecta á la hermosura de las huríes que premian

allí las buenas acciones de los héroes. La *plaza de toros* funciona pocas veces; pero cuando funciona, las granadinas se acuerdan de que son andaluzas, y dejan el pabellon bien puesto. (Ya sabemos que el pabellon es la mantilla.) Tambien he indicado que en Granada hay pocas tertulias que salgan de la órbita de la familia. Tampoco abundan los bailes en estos últimos tiempos. Pero cuando se ofrece lo uno ó lo otro, la noble hija del Genil se viste, se prende, se presenta, valsa, polka, habla y escucha con tanto gusto, distincion y gallardía como aquella ilustre y bella granadina que se sentaba hace tres años en el que entónces era el primer trono del mundo.

Hemos consignado que la dama principal de Granada subordina todos sus hábitos á la moda francesa, y ahora nos ocurre hacer una excepcion muy trascendental, que va incluida en el siguiente inconcuso

AXIOMA.

Todas las granadinas pelan la pava.

Sí, señor: lo mismo la hija del Marqués ó del Conde que la del médico ó el abogado, que la del artesano ó el campesino; así la doctora en amor de la metrópoli como la tétrica de la ciudad sedentaria, como la díscola lugareña, todas hablan con sus novios por el balcon, por la reja baja, por el tejado, por las rendijas de la puerta, por la tapia del huerto; á la luz del sol, á la de la luna, á la de los faroles, y á ninguna luz; á la faz de los transeuntes cuando los padres son gustosos, y de media noche para abajo, entre la una de la madrugada y el amanecer, cuando se opone la familia.

Esta *pava* clandestina es la *pava* por excelencia, especialmente en el invierno. Todo duerme en la ciudad de Boabdil, ménos la *campana de la Vela* y las sonoras fuentes de los patios. El alumbrado público se apagó á las doce. Por la calle sólo pasan otros novios que *van ó vuelven*. Pegado á una reja que casi linda con el suelo hay un fantasma con capa y hongo. Detras de la reja se columbra una mujer envuelta en un inmenso manton, y cubierta su cabeza y rodeada su cara por aquel pañuelo de *la India* que ya hemos calificado de toca semimonjil, semihebraica. Marquesa ó cursi, ama ó criada, éste es el uniforme del amor á semejante hora, lo cual sirve luégo para echarse el muerto recíprocamente, la señorita á la doncella y la doncella á la señorita, en el caso de espionaje y delacion. La capa y el hongo del galan contribuyen al equívoco.

¿Y qué más? ¡Nada más que pueda decirse con palabras! Cuando Romeo y Julieta confunden pensamientos y suspiros, se miran y callan, y tornan á su incoherente diálogo, y se dicen lo que ya saben, y se lo vuelven á decir, interrumpiendo el raciocinio con el requiebro, y pasando bruscamente de la pena á la alegría, de la queja al entusiasmo, de la confianza á la duda, de la gratitud á los celos, del «*¡Cuánto me quieres!*» al «*¡No me quieres!*» y del «*Te quiero, pero no quiero*», al «*¿Me querrás siempre como ahora?*»; cuando sus labios balbucean este monótono, eterno poema del amor, miéntras que sus almas están asomadas á sus ojos, mirándose tan intensamente como se miran la mar y el cielo, y confundiéndose como se confunden el silencio y la soledad

que los aislan, hay que llamarse Shakspeare para ser el taquígrafo de semejante escena.

Sólo diré (pues ésta es la ocasion) que ni la simbólica literatura de Oriente ni el alegórico arte germánico revistieron jamas formas tan figuradas, intencion tan remota y sentido tan íntimo, como el discurso amatorio de una granadina. Sobre todo, cuando no está subyugada por la ternura, ó cuando los celos le impiden ser expansiva, ó cuando teme que la esté oyendo algun profano, la profundidad y la agudeza de su lenguaje rayan en lo sublime.

¿Quién no la ha oido, y quién no la ha admirado en este último caso, cuando habla con el novio desde el balcon, en el estío, á la hora de la siesta, persuadida de que la está oyendo toda la vecindad detras de las cortinas de sus respectivas salas bajas? ¡Qué disimulo en las frases! ¡Qué insistencia en unos mismos símiles hasta apurar el concepto! ¡Qué dos conversaciones en una sola, la una aparente y pública, la otra de imaginacion á imaginacion! ¡Cuán lógica y chispeante la primera, en medio de su fatuidad! ¡Cuán grave y apasionada la segunda! ¡Cómo brilla el ingenio en lo que dice! ¡Cómo relampaguea la pasion en lo que quiere decir! ¡Y qué energía de pensamiento, qué riqueza de fantasía para prolongar indefinidamente un exacto paralelismo entre la imágen y la idea, entre el apólogo y la realidad, entre la fábula y la historia!

Pero no hay que confundir esta *pava*, pelada á gritos, con la que hemos dejado pelando á las altas horas de la noche, libres, juntos y solos, al Romeo y á la Julieta de

la reja baja. Allí desaparece el discreteo: allí se disputa, como en la balaustrada de Verona, sobre si es la alondra ó el ruiseñor el que canta: allí el éxtasis habla por los dos amantes, miéntras que el implacable reloj les va notificando cada hora que trascurre; horas mermadas por la eternidad á su juventud y á su dicha; horas que pueden ser las últimas de sus plácidos coloquios, si la oposicion paterna prevalece y la niña se casa con el rico, á pesar de tutear al estudiante; horas descontadas á la esperanza, deudora inmortal del corazon humano, al cual nunca le paga lo que le debe, pero que en cambio es siempre confiada prestamista de los más locos deseos.

Y pues que hemos salido del templo de Cupido por esta imprevista puerta de escape del *interes*, aprovechemos la coyuntura para manifestar que la provincia de Granada es la tierra de los casamientos desiguales, ó sea de los enlaces amorosos entre pobres y ricas y ricos y pobres, sin consideracion alguna al dinero. De aquí tantas *pavas* clandestinas. Los padres braman durante el depósito judicial y la luna de miel; pero los nietos arreglan luégo el asunto.

V.

Volvamos á la clasificacion que íbamos haciendo de los hábitos de las granadinas. La señorita de familia poco acomodada de la clase media, propende á copiar, y copia divinamente, todo lo que hacen la rica y la aristócrata, pues ya he dicho que la distincion y el señorío

son el comun denominador de aquellas exquisitas criaturas, cualquiera que sea su condicion social.

Lo que por fuerza acontece es que traduce el terciopelo al merino, la blonda al tul, el raso al tafetan, el gro al *organdí* y la batista á la indiana. Del propio modo, si va poco al teatro, va mucho al *Liceo;* si no pasea en coche, se sienta en las sillas de la *Carrera* los domingos, y oye tocar á las bandas militares las sublimidades cursis de *La Traviata.* Porque esta jóven de que ahora hablamos, es aficionadísima á la música, y á poco que puedan sus padres estirar la pierna, tiene piano y maestro de canto. Es ademas muy lectora, mucho; y de admirable criterio, lo mismo que en los espectáculos. Todo lo bello, todo lo elevado encuentra eco en su corazon, así como todo lo patético abundantes lágrimas en sus ojos.

A propósito, y entre paréntesis: aunque la granadina se guarda mucho de ser liberal, por humilde cuna que haya tenido; aunque es monárquica y religiosa hasta los tuétanos, y apegada, por tanto, al antiguo régimen, hace causa comun con una liberal, con una revolucionaria, con una conspiradora que murió en el cadalso por haber bordado cierta bandera constitucional. Comprenderéis que me refiero á la insigne heroína Doña Mariana Pineda. En tratándose de la *Mariana*, las granadinas no tienen opiniones. Todas la admiran, la compadecen, la lloran y le rinden verdadero culto. Para ellas, aquel trágico suceso es lo único que ha ocurrido en Granada desde la expulsion de los moriscos. De lo demas no tienen noticia. Ni ¿qué es lo demas?

Las mencionadas damiselas entre merced y señoría son

acaso las que más disfrutan de los encantos naturales y artísticos de la moribunda gran ciudad. Por lo mismo que significan ménos en lo presente se aferran con más ahinco á lo pasado. Ellas son las abonadas á los almuerzos y comidas en las fondas de *La Alhambra*, donde se celebra todo lo fausto que acontece en la poblacion; la boda, el casamiento, el bautizo, el grado de licencia, el ascenso, la transaccion, el regreso, el desafío frustrado. (Pudiérase decir que *La Alhambra* es una venerable abuela á quien se notifican todos los contentos y prosperidades de su raza para alegrar su vejez.) Ellas suben á la *Torre de la Vela* á contemplar (una vez al año, el 2 de Enero, aniversario de la *Toma*) los cuatro portentosos panoramas cardinales de Granada y sus alrededores. Ellas van en peregrinacion al *Laurel de la Zubia;* de merienda á los cármenes y avellaneras del *Sacro Monte;* de campo formal, en tartana, al Fargue, á Huétor del Genil ó á la Fuente Grande de Alfacar, verdadera maravilla de la naturaleza. Ellas conocen la antigua córte musulmana y sus deleitables contornos, piedra por piedra, mata por mata, tradicion por tradicion. ¡Y ellas, poseidas íntimamente de la nostalgia de historia, que más atras analizamos, *saben estar* en cada punto, hablar y callar á tiempo, comentar la situacion con el rostro y la actitud, poetizar con el suspiro y la mirada, parecer á todas horas, ya á la luz del crepúsculo, ya á la claridad de la luna, ya al tenue relucir de las estrellas, los genios de las ruinas, las driadas de los bosques, las náyades de los rios, las ninfas de los arroyos y las fuentes!

¡Qué bonitas!

VI.

La mujer del pueblo es más vária. Tenemos las artesanas y del pequeño comercio : tenemos las labradoras que viven en el *Albaicin*, en las *Huertas*, en el *barrio de San Lázaro* y en todos los arrabales ; y tenemos la inmensa falange de criadas de aquella capital, donde apénas hay criados masculinos.

Todo este personal se reparte en sus dias de asueto de la siguiente manera : las de educacion más sana y tradicional se esparcen por las *caserías* (casas de campo), por los amenos *callejones de Gracia*, ó por los cármenes en que tienen amigas, y allí bailan, juegan, cantan y hablan con los novios.—Estos bailes y estos cantos son estrictamente nacionales : casi se reducen al fandango. De donde alguna puñalada por la noche..... y pare usted de contar.

Las sucursales de los *bufos madrileños*, sucursales á su vez de los *bufos parisienses*, han desnaturalizado un poco las costumbres del pueblo bajo granadino. Es, por tanto, algo frecuente ver grupos de criadas que acuden á los *Campos Elíseos* (¡tambien existe allí este mitológico cielo!) á bailar unas polkas íntimas de todos los demonios, y unos estúpidos *cancanes*, que de tales sólo tienen la indecencia.

Apartemos, pues, los ojos de aquella desabrida traduccion de ajenas ignominias, y sigamos á las honestas menestralas, hortelanas y sirvientas de buena ley, en sus

inocentes y animados paseos por los campos, viéndolas rumiar la fruta del tiempo ó los frutos secos que les regalan sus galanes, miéntras que ellos no perdonan *puesto* ni ventorrillo (menudean en todas partes) sin refrendar el pasaporte.

Complazcámonos en el manso júbilo y modesta felicidad con que estas desheredadas de la fortuna descansan de una semana de reclusion y de trabajo, y bendigamos las expansiones de su contentadizo corazon cuando, al caer la tarde, vuelven á sus casas y á sus quehaceres, cogidas de la mano en anchas hileras, cantando en coro sus empresas amorosas, sus clemencias y sus desdenes, como bandadas de pájaros que tornan á sus nidos.

VII.

Hasta aquí la capital. Relativamente al pueblo bajo de las aldeas, pocas cosas de bulto hay que decir; y, para entrar en menudencias, para poner de relieve los accidentes novelescos de una existencia tan rutinaria y monótona, habria que emplear el microscopio y que escribir un libro entero de fatigoso análisis. Contentémonos, pues, con algunos ligeros rasgos exteriores.

La mujer acomodada de una aldea, la rústica que paga jornales, la alcaldesa de monterilla, no se conmueve ni esparce nunca. Dentro de su casa es una afanada hormiga. En la calle, ó cuando recibe la visita de un forastero, no habla sino lo más preciso, no sonrie ni por casualidad, desea perderos de vista, demuestra una misantropía horrorosa. La conciencia de su ignorancia y el

más estólido orgullo se combinan monstrüosamente para dar este resultado. Depender de esta mujer como sirviente, ó necesitarla por cualquier concepto, es lo bastante para formarse cabal idea de cómo serian los más terribles señores de horca y cuchillo.

La niña de esta casa no habla jamas. Siquiera, la madre tiene que rabiar, que tronar, que rugir de puertas adentro. La hija lleva la modosidad hasta perder la palabra y el movimiento. No anda, se traslada, y no gesticula, no mira, no tose, no rie, no vuelve la cabeza, aunque detras de ella tiren cañonazos. Por nada del mundo comeria delante de gente..... ¡Esto último, sobre todo, es, en su concepto, una demostracion de su alta jerarquía y de su recato inexpugnable!

¡Y las hay realísimas mozas, y que se componen que da gusto!.... Pero es ver una imágen vestida. Diríase que existe un armazon de madera, en lugar de carne y huesos, debajo de aquella docena de sayas y de aquellos pañuelos estiradísimos.....; pañuelos sujetos al jubon con mil alfileres, á fin de garantir la honestidad contra los cuatro elementos, contra los cinco sentidos y hasta contra un terremoto.

En los cortijos no se pela la *pava* por la ventana. El novio entra en la cocina, donde están constantemente, en verano como en invierno, todos los de la familia y todos los allegados. Allí se arriman á la cantarera los dos amantes, y, medio sentados en los cántaros, medio de pié, se dan dos ó tres empujones, se sueltan tres ó cuatro insultos, se ponen muy contentos y colorados..... ¡Y á vivir! Lo infinito queda apelmazado dentro de sus al-

mas y no se desarrolla nunca. Pero toda la palmera está en el dátil y toda la encina en la bellota. Así es que cuando en un rato de baile se dicen un requiebro ó se endilgan una copla, el madrigal tiene la fuerza de una bala. Y de aquí la densidad de sentimientos de los cantares pastoriles.

Lo mismo proceden aquellas gentes con los Santos de su devocion. El Patrono del pueblo es saludado siempre á escopetazos y con espantosos apóstrofes, que pasarian por sacrilegios y blasfemias si no fuesen la concentrada y enérgica expresion de su piedad y de su gratitud, estallidos de unas lágrimas cristalizadas, pedazos que saltan del mismísimo embrion del sentimiento, como salta el fragmento de granito bajo el cincel del lapidario.

La mencionada *niña de vergüenza* no responde á derechas á ninguna pregunta, como no sea de sus padres. La desconfianza, ley esencial de su vida, le impide soltar prendas, aunque se trate de saber si es de dia ó de noche. En cuanto á su pudor, no hay palabras para encarecerlo; raya en absoluto; se espanta como la liebre, ó se defiende á bofetadas y á coces. ¡Qué Lucrecia ni qué ocho cuartos! Más fácil le fuera á Lovelace ó á Tenorio sujetar el azogue entre sus dedos que cautivar el albedrío ó la cintura de una vírgen refajona.

Cuando la campesina se casa, puede decirse que se muere, como muere la flor al cuajar el fruto. Desde aquel dia deja de ser jóven, de mirarse al espejo ó á la fuente, de componerse, de cuidarse.....—Dos años despues es efectivamente vieja.

En lo demas, la granadina del campo, y singularmen-

te las ricas, son lo mismo que las labradoras de la capital, si bien ménos joviales y hasta un poco atrabiliarias. Y no es todo rusticidad; sino que la melancolía general de la provincia raya en hipocondría á medida que se aleja uno de la poética Granada. Escasean, pues, las expansiones colectivas, y todavía no tanto en los pueblecillos, como en aquellas tristes ciudades subalternas, que tienen algo de *Pisa la Morta*. Por cierto que, cuando en ellas hay motines, son siempre incumbencia de las mujeres, nunca de los hombres. Los hombres, lúgubres y callados, constituyen á lo sumo la reserva.

Y ahora que hablamos de estas ciudades, bueno será que, para concluir, nos encaminemos á cualquiera de ellas, en busca de cierto interesantísimo tipo que tenemos anunciado desde el exordio. Aludo á *la emparerada*, último ejemplar de esta galeria.

CAPÍTULO VI.

LA EMPAREDADA.

Algun dia llorarás,
cuando no haya remedio:
me verás y te veré,
pero no nos hablarémos.

—

No me digas que te olvide;
que me lo dices llorando...
Toma tú misma el consejo,
y podrás venir á darlo.

Estamos en todas y en ninguna de aquellas ciudades y grandes villas dependientes de Granada que fueron mucho de la historia; que conservan bastantes casas sola-

riegas; que son cabezas de partido judicial; que pagan á hacendados forasteros la mitad del trigo que producen; que están llenas de mozalbetes ociosos y aburridos; que agonizan devoradas por las gabelas; que se comunican rara vez con la capital, y cuya poblacion escogida se compone de algunos (pocos) ricos terratenientes, oriundos de la desamortizacion; de los administradores de ausentes títulos; de este ó el otro arrendatario desahogado; de media docena de prestamistas; de los correspondientes curiales; de varios médicos, abogados y boticarios; de cierto número de comerciantes procedentes de Cataluña ó de Santander; de todo el clero preciso; de algunos militares en situacion pasiva; del jefe de la guardia civil; del de carabineros, si la escena es en la costa; de tal ó cual mayorazgo sin vínculo, y de tres ó cuatro empleados del Gobierno.

Todos ellos representan por igual la aristocracia del vecindario. La clase media se compone de los artesanos, de los rústicos que viven con cierta holgura, y de todos los que, pagando alguna contribucion directa, jamas usaron sombrero de copa. Constituyen, en fin, la clase baja los jornaleros, los verdaderamente campesinos y todos los indigentes; esto es, lo que en más latas esferas se llama hoy el *cuarto estado.*—Allí sólo se cuentan tres, por no existir el primero ó superior.

La mujer sobresaliente que encontramos dentro de estas aletargadas ciudades; la que resume, á nuestro juicio, el espíritu de sus costumbres y el carácter de su poesía; la que no se parece á ninguna de las de la capital ni de los campos, es cualquiera de las dos ó tres más dis-

tinguidas señoritas de la mencionada relativa aristocracia; la hija de tal ó cual espetadísimo señor, montado á la antigua española; la *Eugenia Grandet*, en fin, de aquellas poblaciones medio agarenas, medio milenarias, tan diferentes de las que riega el Loira.

Y ésta va á ser ahora nuestra gentil protagonista.

Para mejor estudiarla, imaginémonos á un jóven enamorado de ella, y llamémosle Fidel.

La deidad, que es una mozárabe de ojos azules, ó una mudejar de ojos negros, triste y descolorida en ambos casos como planta sin sol, elegante por naturaleza y por casualidad, y á quien llamarémos Amparo, habita un caseron antiguo, que da nombre á una calle ó plazoletilla poco pasajera y donde la hierba campa por su respeto. Este caseron tiene un inmenso portal, un enorme escudo de armas sobre la puerta, grandes balcones con guardapolvos, rejas bajas que no se abren nunca, algunos ventanuchos á un callejon, y su correspondiente puerta falsa.

Fidel pasa todos los dias un par de veces (y no más, á fin de no avispar á la familia) por la calle ó plazuela herbosa (siempre con el *notorio* motivo de ir á alguna otra parte), y ve la cabeza de *la emparedada* durante dos segundos, detras de un determinado cristal de un determinado balcon. Es todo lo que ha podido penetrar (desde hace tres años que principió esta novela) en la vida interior de la jóven; todo lo que sabe de su casa, de sus hábitos, de su carácter, de sus gustos, de sus muebles y de cuanto hace, dice y piensa en el resto del dia. Vive, pues, el pobre enamorado cavilando en los

misterios que guardan aquellas paredes, y envidiando á la criada de Amparo, sólo porque oye hablar, porque ve comer, porque ve dormir, porque conoce, en suma, al dedillo á la esfinge de su existencia.

La esfinge sospecha que Fidel la ama, y á ella no le disgusta Fidel, el cual está tan apasionado, que ni siquiera admite la posibilidad de semejante dicha. Fidel no la ha hablado nunca, pero la saluda con los ojos cuando la ve sola detras del cristal, y ella le contesta del mismo modo..... (Él cree que por pura cortesía.) Si Fidel comete alguna falta, como permitirse ir de visita á cualquier parte (*la emparedada*, de igual manera que las monjas, sabe todo lo que pasa en el pueblo), encuentra echada la cortinilla sobre el cristal..... ¡y hasta mañana! ¡Veinticuatro horas sin haberla visto, y otras veinticuatro sin haber de verla! ¡Qué dos dias tan inútiles en su vida! — Pero si Fidel ha hecho algo bueno, como no ir á la cacería ó á la comida de campo, el saludo de los ojos va acompañado de una leve sonrisa, que parece un destello de la gloria. — ¡Y él cree que esto es casualidad ó coquetería!

Ella sabe quién es él y toda su parentela: sus padres son íntimos amigos y hasta creemos que se hablan de tú. Él sabe de ella lo mismo (lo que sabe el *padron*), y hasta podríamos jurar que conversa en la plaza con su padre y que tutea á sus hermanos. Sin embargo, ella es para él un sér diferente de todos los nacidos. Entre la plaza y el lado allá del cristal del balcon ¡qué inmensidad de arcanos y de respetos! Entre ella y su familia, ¡qué distancia de naturaleza y de alcurnia! —Su familia

es de carne y hueso como él. Ella es fantástica, inmortal, divina, superior á su padre y á su madre. —Á estos les tiembla, es verdad; pero los desprecia soberanamente. ¡Y sus hermanitos son unos bárbaros, pues que la tratan como á una igual! —Él los envidia, les adula y los detesta.

Pero vamos al asunto. — « *¿Cómo hablarle?* » se pregunta contínuamente Fidel.

En casas como la de Amparo no se concibe la visita de un mozuelo. (Los árabes dejaron establecida jurisprudencia.) Allí sólo entra alguna señora, de cumplido, á las doce del dia, los domingos y fiestas de guardar. Los caballeros, en la calle, se tratan con llaneza ¡con demasiada llaneza! Pero á las señoras se las trata, y ellas se tratan entre sí, con cancilleresca ceremonia.

Escribirle..... fuera jugar el todo..... por la nada, y además, una impertinencia de marca mayor.

La criada..... sería contraproducente.

« *Presentado*..... » dirá algun madrileño.

¿Qué es presentar donde todos se conocen?—El padre de Amparo le tutea á Fidel, sin necesidad de presentaciones.—¡Ya se guardará el rapaz de meterse en semejantes dibujos!

Por otra parte, ella no sale nunca, sino á misa de diez, y eso..... con su mamá, que es mucho más austera que su papá.—Pero, en fin, va á misa.— « ¡Oh sublimidad del catolicismo! (piensa Fidel). ¡Merced á sus leyes, puedo verla media hora seguida todos los *dias de precepto!* —¿Por qué los habrán reducido últimamente? »

Sí: la ve durante treinta minutos; pero ¿cómo la ve?

A media luz, con un espeso velo echado sobre el rostro, de perfil, de rodillas, con los ojos clavados en el libro....

¡Pícaro velo! ¡Pobres rodillas de su alma!

Á la salida y á la entrada, cruza Amparo delante de él, sin mirarlo, sin mirar á nadie, mirando al suelo.

Yo respondo de que sabe que su adorado está allí, y de que lo ha medido de piés á cabeza.

Él se figura que no.....

¡Como que está enamorado!

En cambio, ella no puede imaginarse toda la intensidad del estrago que hacen en el corazon de aquel pobre jóven su garboso andar, el rumor de su falda, la punta de su pié, el perfume de su pañuelo, el crujir de su abanico.....

¡Como que tambien está enamorada! — Y el amor vive de ignorancias, de privaciones y de injusticias.

Un dia de procesion la ha tenido Fidel enfrente de sus ojos, durante tres horas, en el balcon de unas amigas, emancipada, sin velo, en cuerpo gentil, vestida de claro, movible, contenta, sonriente.

¡Qué transfiguracion! ¡Qué liberalidad! ¡Qué tesoros! ¡Qué delicia!

¡Sin embargo, dábanle al pobre ganas de llorar al verla sonreir..... y hasta reir!

¡Ingrata! ¡Dura! ¡Incapaz de sentimiento! ¿Cómo reia sin amor? — ¿O por acaso amaba á otro?

¡Mentecato Fidel! ¡Lo que es no conocer á las mujeres!

Una vez, en la feria, se encontraron en una platería forastera, y la oyó hablar de diamantes, perlas y rubíes...

¡Qué voz! ¡La distinguiria entre todas las humanas! Ni ¿de que otra cosa podria hablar que de joyas aquella inmortal princesa?

(En esto tenía razon.)

Finalmente, una noche, volvia la jóven de casa de una parienta enferma, con uno de sus hermanos.

Fidel los siguió muchas calles, embozado hasta los ojos.

¡Y con qué emocion!

Sin embargo, no intentó *nada*.

El hermano, aquella noche, le pareció un dios.

Pero se le ocurrió *todo*, incluso el considerarla su mujer.—¡Amparo, en las tinieblas, le parecia suya!—La luz determina las distancias. Las sombras confunden los objetos. La vista entónces tiene algo de tacto.

De resultas de esta emocion, Fidel pasó muchas noches entregado al placer de estar á oscuras.

Su adorada, como ya hemos indicado, no lo puede echar de su cabeza ni de su corazon. Borda ó lee, reza el rosario con sus padres, hace flores, hace dulces, hace novenas; pero todo maquinalmente.—Ciertas noches, de tiempo inmemorial, van á su casa unas solteronas á acompañar á su madre, que no lee otro periódico que el que ellas constituyen por sí mismas. Amparo, fingiéndose distraida, no pierde coma, á ver si oye algo que tenga relacion con *el hijo de D. Eusebio*, que es Fidel. Oígalo ó no lo oiga, de la conversacion de aquellas mujeres; del tumulto de cosas humanas que percibe en las novedades que ellas cuentan; de las ideas de pasion, de combate, de felicidad, de leyes naturales y de leyes escritas

que estas novedades siembran en su alma; de lo que le mandan y vedan las obras místicas que lee; de lo que dicen con su mudo lenguaje las flores, los pájaros, los céfiros, el sol, la luna y hasta las tímidas estrellas, va formándose en el corazon de Amparo un mundo armónico y fulgente, lleno del sentimiento universal, lanzado en órbitas mucho más ámplias, libres y luminosas que el mundo de las cuatro paredes de su encierro, y henchido de un concento misterioso, que canta incesantemente esta oda de una sola frase: «*¡Fidel mio!*»

Y así pasan años como eternidades, y así se forman almas y caractéres que son verdaderos abismos de disimulo, verdaderos infiernos de pasion reconcentrada, ó verdaderos eriales de ilusiones desvanecidas.

Pues imaginad ahora que llega un momento en que el demonio, las solteronas, una prima fea ó un sobrinillo amable, llevan medio recado, y se concierta una cita, y se abre á media noche cualquiera de los ventanuchos del callejon, ó se utiliza como locutorio el ojo de la llave de la puerta falsa.....

¡Poema seguro por lo pronto! ¡*Edgardo y Lucía* en escena!—¡Qué duo, qué idilio, qué eternos esponsales de dos vidas!

Luégo viene el drama..... y termina en tragedia ó en comedia: esto es, en el cementerio para *álguien* ó en la vicaría para los dos enamorados.

Supongamos esto último: se casan.—¡Adios, mundo! ¡Adios, calle! ¡Adios, balcon! ¡Adios, todo!—Amparo ha desaparecido.

Sin embargo, esta casada de la ciudad no se marchita

físicamente como la de la aldea. («¡Ojalá!—dirá aquí la musa romántica.—¡Cuántas terribles pasiones á lo Werther habria ménos en el mundo!») La casada de la ciudad sigue siendo jóven y hermosa; pero las rejas del claustro doméstico se cerraron detras de ella cuando regresó del templo. Amparo ha tomado el velo de desposada: ha dejado moralmente de estar viva: es profesa del hogar.—Ya no se la verá nunca, como no sea algun Juéves Santo.....—Las cortinillas de sus balcones no se alzarán en lo sucesivo.—Irá á misa, es cierto; pero al amanecer, hora en que los héroes de Goèthe no se han levantado todavía....—¡Y nada más, nada más!

Pues supongamos que Amparo no se ha casado con Fidel... sino con otro, á gusto exclusivo de los padres tiranos... La musa romántica se apodera entónces por completo de la accion. Ya no se trata de Werther y Carlota. Ya se trata de Francesca y de Paolo. Pero de una Francesca á quien Paolo no ve sino en sueños; de un poema de dos amores sin esperanza; el amor de él y el amor de ella, separados siempre y siempre paralelos, como dos rios que cruzan á todo lo largo un mismo valle de lágrimas.

No: Fidel no buscará á *la emparedada*; ni, si la buscára, la encontraria; ni, si la encontrase por acaso, la Francesca del reino de Granada sería tan melodramática como la de Rimini. El recato de Amparo llega hasta el martirio. Ha aceptado el cáliz de amargura y no hay miedo de que aparte de él sus ojos ni sus labios. Fidel no lo ignora: Amparo está enterrada en vida.

Réstame añadir que esta reclusion absoluta de las

Amparos no es una imposicion de sus maridos. Es un retraimiento espontáneo de ellas mismas, resultancia compleja de temores, tedios, desdenes, fierezas y misticismos, propios de aquellas melancólicas y mordaces poblaciones, y acaso tambien reminiscencia inconsciente de las costumbres mahometanas.

Y vean VV. cómo, por medio de ficciones novelescas y de caprichosos artificios, hemos venido insensiblemente á saber cuál es, sobre poco más ó ménos, la existencia de todas las señoras y señoritas de una de esas ciudades. La casa, la familia, la iglesia, y alguna vez el campo: hé aquí su universo.

Por ferias ó por pascuas suele ir una compañía de cómicos de la legua, ó de titiriteros á pié ó á caballo. Entónces oye uno tutearse, sin prévio aviso, á dos jóvenes de distinto sexo que no se han hablado desde que se arañaban, al salir él de la escuela y ella de la amiga; esto es, cuando tenian siete años.

Alguna vez, de resultas de cosas que pasan en el mundo (el *mundo* son las luchas políticas de Madrid), entra tropa en aquel pueblo; y si se detiene dos ó tres dias y lleva banda de música, los novios y aspirantes se conciertan, abren una suscricion, van en legacía á convidar á las muchachas, por conducto de sus madres, y dan un baile de *etiqueta* en el *Hôtel de Ville*, al cual asisten todas ó casi todas las *emparedadas* solteras. Esta noche se señala con piedra blanca en la historia de muchos corazones... ¡Lustros pasan luégo haciéndose mencion del baile, principio ó fin de muchas novelas íntimas!

De lo que en semejantes poblaciones significa una *fo-*

rastera, del efecto que produce en la imaginacion de los galanes; del perjuicio que por de pronto ocasiona á las damas; de las venganzas que éstas toman cuando aquella pierde el prestigio de la novedad y la extrañeza, ó se marcha *bendita de Dios*, que es la frase sacramental, puede formarse juicio fácilmente, considerando el fastidio que la monotonía engendra en una juventud ociosa; fastidio que acaba por oxidar y ennegrecer los espíritus más brillantes. La *forastera* es un relámpago que les habla á todos de la tempestad de acontecimientos y de poesía que brama en las inmensidades del siglo; y ellos, los Napoleones encerrados en una Santa Elena prévia, ven á su luz fosfórica surgir en el desierto océano de su vida todas las Atlántidas del deseo.

Dejo á vuestra penetracion el imaginar cuánto padecerá la *emparedada*, cualquiera que haya sido su destino (háyase casado á su gusto ó al de sus padres, ó esté moza todavía), al saber, por las dos susodichas solteronas, ó por la superviviente, si una murió, que Fidel le pone los ojos tiernos á la *forastera*, cosa que hacen casi todos los Fideles, sin perjuicio de su perdurable amor á las Amparos.

Yo corto aquí esta novela-proteo, que sería infinita, como son infinitos todos los sentimientos que se fermentan en almas solitarias, ora entre las cuatro paredes de una celda, ora dentro de los ruinosos muros de estas ciudades que pudiéramos denominar *cementerios de vivos*.

Por lo demas, en esos *cementerios*, donde la dulce tradicion y la mansa rutina, hijas de la incomunicacion material y de la apatía moral, hacen de cada cuerpo am-

bulante un féretro semoviente en que va amortajado un espíritu; allí, donde la mayor parte de las personas de *suposicion* viven todavía, respecto de la moderna mancomunidad social europea, en un apartamiento más esquivo que él que ya han abandonado los mismos japoneses; allí, donde hay horas, dias, sitios, alimentos, frases, ropas, tristeza y alegria de *rúbrica*, de *rigor*, de *cajon*, de *ene* y de *tablilla*... allí (creedme) es donde deben estudiarse las costumbres particulares de cada region de la Península, para compararlas entre sí, y donde encontrarémos que la mujer ocupa aún, en todas las tierras que son ó que fueron España, el trono de flores á que la elevaron sucesivamente: el Cristianismo, redimiéndola; el galante islamismo ibérico, deificándola... y los hijos de Andalucía, sobre todo, combatiendo en primera línea la ley Sálica, á fuer de pertinaces mujeriegos.

Pero (ocasion es ya de decirlo, y de decirlo muy seriamente para concluir) el imperio que las españolas ejercen sobre los hombres desde ese trono amasado con requiebros, serenatas, puñaladas y suspiros, tiene más de aparato pontifical que de íntimos y sustanciales atributos; y bueno sería que los españoles procurásemos que nuestras hembras, tan superiores á todas las del mapa por su dignidad moral, por la intensidad de sus sentimientos, por la autenticidad de sus pasiones y por la viveza y la gracia de su imaginacion, no se dejasen aventajar, como se ven aventajadas hoy, por las inglesas, las alemanas, y hasta las francesas, en ciertas condiciones accidentales ó adventicias, referentes á la exterioridad de su espíritu, á su manera objetiva de vivir y á su influencia civilizadora.

Porque (no lo neguemos) culpa nuestra es, culpa de nosotros, padres, amantes y maridos, todo lo que hay de inculto y opaco, de sordo y de baldío en la superficie social (permitidme esta perífrasis) de casi todas las mujeres españolas. Si más exigiéramos, desde que nacen, de las compañeras de nuestra vida; si más reparásemos luégo en la parte inmaterial de su naturaleza; si fuera más desinteresada la idolatría quenos inspiran; si nos respetásemos más á nosotros mismos y las respetásemos más á ellas en nuestros modales y discursos dentro del hogar; si les diéramos una importancia más grave y positiva que la que negligentemente y con intermitencia les damos, ó *porque haya paz*, ó por servilismo amatorio, la vida externa de las españolas corresponderia á la superioridad sin rival de la vida de su espíritu.

Y todo esto tendrémos que hacer los varones en España, si queremos librarnos de la peste de que nuestras hijas ó nuestras nietas den en la gracia de rehabilitarse y perfeccionarse por sí mismas, al tenor de los pavorosos procedimientos empleados hoy ya en algunos países por algunos sabiondos marimachos, vulgo *marisabidillas*, justamente indignadas de que siga siendo cierto aquel dicho de un filósofo: «*Las mujeres nos deben la mayor parte de sus defectos: nosotros les debemos la mayor parte de nuestras cualidades.*»

CAPTÍULO VII.

CONCLUSION Y RESÚMEN.

He concluido: pero, por si algo se me ha olvidado de lo que ofrece la portada de estas monografías, creo oportuno evacuar ahora mi informe, de una manera oficial, por medio del siguiente *estado*, ratificacion y resúmen de todo lo que queda dicho:

LA MUJER GRANADINA,

TAL CUAL ES

En el hogar doméstico.	En los campos.	En las ciudades.	En el templo.	En los espectáculos.	En el taller.	En los salones.
Reina absoluta.	Reina absoluta.	Reina absoluta.	Amiga particular de la Vírgen.	Llorona.	Caret.	Reina absoluta.

DESCRIPCION Y PINTURA DE SU

Carácter.	Costumbres.	Trajes.	Usos.	Religiosidad.	Belleza.	Defectos.	Preocupaciones.	Excelencias.
Segun y conforme.	Ejemplares.	Excesivos	Arábes ó parisienses.	Icnológica.	Ideal.	¡Ninguno!	Todas.	Empiezan á abundar en la provincia.

Estrepitoso
aplauso.

Eusebio Riaño

UNA VISITA AL MONASTERIO DE YUSTE.

I.

Si sois algo jinete (condicion *sine qua non)*; si contais ademas con cuatro dias y treinta duros de sobra, y teneis, por último, en *Navalmoral de la Mata* algun conocido que os proporcione un caballo y un guía, podeis hacer facilísimamente un viaje de primer órden, — que os ofrecerá reunidos los múltiples goces de una exploracion geográfico-pintoresca, el grave interes de una excursion historial y artística, y la religiosa complacencia de una de aquellas romerías verdaderamente *patrióticas*, que, como todo deber cumplido, ufanan y alegran el alma de los que todavía respetan algo sobre la tierra...

Podeis, en suma, visitar el *Monasterio de Yuste.*

Para ello... (suponemos que estais en Madrid) empezaréis por tomar un billete, de berlina ó de interior, hasta *Navalmoral de la Mata*, en la «diligencia de Cáceres» — que sale diariamente de la calle del Correo de esta antigua córte, á las siete y media de la tarde.

La carretera es buena por lo general, y en ningun paraje peligrosa. Pasaréis sucesivamente por la *Dehesa de los Carabancheles*, donde los artilleros *tenian* establecida

su muy notable *Escuela práctica;* —por las *Ventas de Alcorcon* y por *Alcorcon* mismo, que es como si dijéramos por el *Sévres* de los actuales madrileños; — por *Móstoles*, donde os acordaréis de su órgano y de su célebre alcalde del año de 1808; — por *Navalcarnero*, uno de los principales lagares que surten á Madrid de *peleon*; —por *Valmojado*, que nada tiene de mojado ni de valle, pues ocupa un terreno muy alto y arcilloso; — por *Santa Cruz del Retamar*, abundante en carbones y en fiebres intermitentes: —por *Maqueda*, todavía monumental hoy, y tan importante en la antigüedad romana y en tiempos de nuestra Doña Berenguela; — y en fin, por *Santa Olalla*, patria del historiador Alvar Gomez de Castro y del predicador Cristóbal Fonseca, ambos insignes; —con lo cual, al amanecer (dado que viajeis, como os lo aconsejamos, en primavera ó en otoño), os encontraréis en *Talavera de la Reina*, confirmada (supongo) recientemente con el nombre de *Talavera de la República federal.*

Dicho se está que hasta aquel momento no habréis visto casi nada, á causa de la oscuridad de la noche y de haber ido proveyéndoos de *sueño*, esto es, de *dormicion* ó *dormimiento* (como se decia antaño, para distinguir entre la gana y el acto de dormir), en lo cual habréis hecho perfectamente, pues no os esperan grandes *hoteles*, que digamos, en toda vuestra expedicion; — pero al llegar á *Talavera*, donde se detiene el coche una hora y se toma chocolate, despertaréis sin duda alguna, y podréis ver al paso muchas y muy buenas cosas...

Por no meteros en más gastos, no suponemos que caeis

en la tentacion de pasar todo un dia en aquella ilustre villa, cuna del ínclito Padre Mariana; rica de notables monumentos arquitectónicos; emporio de los opimos frutos de todo el país que vais á recorrer; renombrada por sus barros cocidos, que os indemnizan del bochorno cerámico que pasasteis más atras, y vecina del memorable campo de batalla en que españoles é ingleses dimos tan buena cuenta de José Napoleon, Sebastiani, Víctor y otros generales del Imperio, puestos á la cabeza de 50.000 vencedores de Europa..... De lo contrario, vierais allí, ademas de las murallas y la catedral, y los conventos, y los palacios, los celebérrimos jardines y alamedas que forman un paseo público á la orilla del noble *Tajo*..... Pero ¡nada! vosotros vais á *Yuste* exclusivamente y no podeis deteneros en parte alguna...

Montaréis, pues, de nuevo en la diligencia, y dejando el gran rio á vuestra izquierda, y viendo siempre á la derecha la cadena del Guadarrama (que, con el nombre de Sierra de Gredos y otros, ha de seguir hasta Portugal), continuaréis vuestro camino y cruzaréis por delante de la imponente villa de *Oropesa*, de aspecto feudal, coronada por su viejo castillo y presidida por el magnífico palacio de los antiguos condes de Oropesa, hoy duques de Frias...—Como sabeis adónde vais y por lo que vais, no dejaréis seguramente de saludar agradecidos aquella villa ni de pensar con reverencia en los mencionados condes, cuyos recuerdos habeis de encontrar íntimamente ligados con los del *Monasterio de Yuste;* y, cumplida esta obligacion, pasaréis por la *Calzada de Oropesa*, último pueblo de la provincia de Toledo; entraréis poco

despues en Extremadura, y en fin, á eso de las doce del dia, os hallaréis en *Navalmoral de la Mata*.

En aquella importante villa, perteneciente á la provincia de Cáceres, cabeza de partido judicial y distante de Madrid 172 kilómetros, es donde os esperan el caballo y el guía. Dejaréis, por lo tanto, seguir á la diligencia su rumbo al sud-oeste, y vosotros tomaréis el sendero que preferian siempre los condes de Oropesa para dirigirse á *Yuste* desde su ya citada villa señorial, ora cuando el famoso Garci-Alvarez iba, á principios del siglo XV, á proteger la fundacion del Monasterio, ora cuando un descendiente suyo acudia, ciento cincuenta años despues, á visitar á Cárlos V ó á asistir á sus exequias. Es decir, que os encaminaréis al lugarcillo de *Talayuela* (12 kilómetros); pasaréis por la *barca* del mismo nombre el caudaloso *Tiétar*, tan desprovisto de puentes; entraréis en la célebre *Vera de Plasencia*, y, por *Robledillo de la Vera*, iréis á hacer noche á *Jarandilla*.

De este modo, habiendo andado unas diez y siete horas en coche y unas seis leguas á caballo, os encontraréis, á las veinte y cuatro horas de haber salido de Madrid, á legua y media de *Yuste*, en una villa importante (*Jarandilla* es cabeza de otro partido judicial), perteneciente tambien á los Estados de Oropesa ó Frias, en cuya casa solariega residió algunos meses el nieto de los Reyes Católicos miéntras acababan de disponerle sus habitaciones en el Convento.

Nosotros os dejamos ahora allí,—donde creemos no os falte la necesaria industria para buscar la posada, cenar, acostaros y trasladaros á la mañana siguiente, muy tem-

pranito, al lugar de *Quacos*, distante de *Yuste* un cuarto de legua, y donde vive el administrador del Sr. Marqués de Miravel, actual dueño del Monasterio; administrador que es muy amable y que os acompañará en vuestra visita, ú os proporcionará los medios de que lo veais todo á vuestro sabor;—nosotros os dejamos en *Jarandilla*, repetimos, y, retrocediendo á las orillas del *Tiétar*, vamos á exponeros cómo y por dónde llevamos á cabo nuestra excursion al célebre retiro del que fué dueño del mundo.

*
* *

Una legua más abajo de *Talayuela*, ó sea de su *barca*, hay una hermosa finca, denominada el *Baldío*, situada en una majestuosa soledad.

El *Baldío* forma una especie de anfiteatro sobre el *Tiétar*, que es su límite al norte. En medio de este anfiteatro se eleva el caserío, teniendo al sur un soberbio pinar y á los lados extensos bosques de robles ó de encinas. Por las ventanas de todas sus habitaciones, que dan al septentrion, se descubre: primero, una faja de vega, de un kilómetro de ancho, que va á morir en el rio; luégo el mismo rio, orlado de pomposas arboledas, y, á su otra márgen, un segundo anfiteatro, que es la *Vera de Plasencia*, y que termina en las nieves de las Sierras de *Gredos* y de *Jaranda*.

Las ventanas del *Baldío* dan, pues, frente al Monasterio de *Yuste*, escondido en una leve ondulacion de la falda meridional de la *Sierra de Jaranda*, pero cuya situacion y cercanías se divisan perfectamente.—Es decir,

que el *Baldío* y *Yuste* tienen un mismo horizonte y están incluidos en la misma cuenca general del terreno por cuyo fondo corre mansamente el *Tiétar*, navegable en aquella region, y tan grandioso y opulento como el propio *Tajo*, á quien poco despues rinde vasallaje.

Tres leguas escasas (dos á vuelo de pájaro) dista *Yuste* del *Baldío*, y nosotros, que residiamos accidentalmente en este último paraje, llevábamos más de un mes de contemplar á todas horas aquel otro solitario lugar, encerrado entre una gran sierra y un gran rio, sin más comunicacion con el mundo que unas poco frecuentadas veredas, y donde habia pasado los últimos dos años de su vida aquel que habia llenado el universo con su nombre y sus hazañas, y cuyos dominios no dejaba nunca de alumbrar el sol.

Un porfiado temporal habia ido retrasando la visita que desde que llegamos al *Baldío* nos propusimos hacer á *Yuste*, hasta que al fin serenóse el tiempo, y el dia 3 de Mayo (del presente año de 1873) montamos á caballo; pasamos el *Tiétar* por otra *barca*, propiedad de nuestro amable y querido huésped; penetramos en la *Vera de Plasencia*, y nos dirigimos al insigne Monasterio por el camino de *Jaraiz*.

Ninguna estacion más á propósito para apreciar y admirar todos los encantos de la famosísima *Vera*, país de la fertilidad y de la incomunicacion; especie de Alpujarra chica, en que el rio hace las veces del mar, y Sierra de Jaranda y Sierra de Gredos suplen por la colosal Sierra-Nevada. La primavera estaba en todo su esplendor. Primero caminamos por una magnífica dehesa, so-

bre una llanísima alfombra de verdura y bajo un dosel de magníficos robles, encinas, fresnos, sauces y almeces, á traves de cuyos severos troncos penetraba horizontalmente el alegre sol de la mañana. Despues salimos á un monte cubierto de jarales floridos, cuyas blancas flores eran tantas, que parecia que el monte estaba nevado. Luégo pasamos el hondo *rio Jaranda* por el tosco, sabio y gracioso *Puente de la Calva*, y principiamos la ascension á *Jaraiz*, alegre y populosa villa, por cuyos arrabales desfilamos á eso de las ocho.

Estábamos á una legua de *Yuste*. Esta legua recorre un país abrupto, selvático, atroz, pero pintoresco á sumo grado. Hay sobre todo un paraje, llamado la *Garganta de Pelochate*, que es digno de los honores del pincel y de la fotografía. Allí se despeña rapidísimo un espumoso rio por un plano inclinado de formidables rocas, sobre las cuales se eleva á extraordinaria altura cierto viejo y gastado puente de tablas, atravesando el cual no puede uno ménos de encomendar el alma á Dios. Las orillas de esta semi-catarata son de una rudeza y amenidad imponderables, así como es muy celebrada, y ciertamente deliciosa, el agua de la gran fuente que brota de una peña al otro lado de aquel abismo.

Una vez pasada la *Garganta de Pelochate* podiamos escoger dos senderos para llegar á *Yuste:* el uno va por *Quacos*, lugarcillo de 300 vecinos, que, como hemos apuntado, dista un cuarto de legua del Monasterio; el otro... no existe verdaderamente, sino que lo abre cada viajero por donde mejor se le antoja, caminando á *campo traviesa*...

Nosotros escogimos este último, á pesar de todos sus inconvenientes.—Una aversion invencible, una profunda repugnancia, una antipatía que rayaba más en fastidio que en ódio, nos hacía evitar el paso por *Quacos.*

Y era que recordábamos haber leido que los habitantes de este lugar se complacieron en desobedecer, humillar y contradecir á Cárlos V durante su permanencia en *Yuste,* llegando hasta apoderarse de sus amadas vacas suizas, porque casualmente se habian metido á pastar en término del pueblo, y á interceptar y repartirse las truchas que iban destinadas á la mesa del Emperador. Hay quien añade que un dia apedrearon á *D. Juan de Austria* (entónces niño), porque lo hallaron cogiendo cerezas en un árbol perteneciente al lugarejo... (1).

Pero ¿qué más? Aun hoy mismo los hijos de *Quacos,* segun nuestras noticias, se enorgullecen y ufanan de que sus mayores amargasen los últimos dias del César, por lo que siguen tradicionalmente la costumbre de escarnecer el entusiasmo y devocion histórica que inspiran las ruinas de *Yuste!...*

Alguien extrañará que Cárlos V no declarase la guerra á los habitantes de *Quacos,* pidiendo á su hijo Felipe II veinte arcabuceros que les ajustasen las cuentas... Pero ¡ah! el vencedor de Europa no habia ido al Convento en busca de la guerra, sino de la paz, y, por otro lado, si hubiese castigado á aquellos insolentes, el desacato y desamor de éstos se habrian hecho públicos y dado márgen á mil comentarios en toda Europa. Los pe-

(1) *Miñano,* t. VII, pág. 48.

queños lo calculan muy bien todo cuando se atreven á insultar la misma grandeza á cuyos piés solian arrastrarse miserablemente.—El Emperador se hizo, pues, el desentendido y devoró en silencio, como una penitencia, aquellas mortificaciones de su orgullo.

Con que decia que nosotros anduvimos á campo traviesa la última media legua que nos separaba de *Yuste*. Pronto nos sirvió de guía la perspectiva del propio Convento, que vimos aparecer allá á lo léjos, al pié de una árida ladera de *Sierra de Jaranda*, la cual lo defiende de los vientos del norte. Por la parte del sur lo resguarda tambien de las miradas del mundo una suave colina, que forma con la dicha sierra una especie de vallecejo ó cañada, cuya máxima longitud descubriamos nosotros sin dificultad, por venir entónces marchando de poniente á levante.

El aspecto del Monasterio á aquella distancia realizaba completamente el poético ideal que nos habiamos formado de él desde niños y que hace veinte años nos sugirió unas pobres páginas tituladas *Dos retratos*. Rodeado de robles y sombreado más intensamente á la parte del sur por una verde cortina de corpulentos, piramidales olmos, aquel antiguo refugio de los desengañados de la tierra parecia como un oásis en medio del desierto, como una isla en un océano tormentoso. Tan rica vegetacion, tanta opulenta verdura, tan abrigada soledad y las austeras líneas de la santa casa, destacando su mole de un gris de hoja seca sobre la oscuridad del ramaje, contrastaban dulcemente con el áspero y desordenado panorama que se veia en torno, con los esquivos montes, con

las bruscas quebradas, con los rudos matorrales, con la misma pedregosa tierra que cruzábamos.

Finalmente, salimos al camino que vosotros tendríais que seguir, esto es, al que desde el pobre *Quacos* sube al Monasterio.

Bien que ya estábamos casi en el monasterio mismo...

*
* *

Una enorme cruz de piedra y una alta cerca ó tapia de cenicientos peñones nos decia que allí principiaba la sagrada jurisdiccion de *Yuste.*

Por aquel escabroso camino, en que sólo nos restaba que andar algunos pasos, llegó Cárlos V á su final retiro el dia 3 de Febrero de 1557, y por el propio sendero pasó su cadáver, despues de haber yacido allí algunos años, para ir á continuar su sueño eterno en el panteon del Escorial. —Ya verémos más adelante cómo este sueño ha sido tambien turbado recientemente en aquel imperial sarcófago, y cómo nosotros llegamos á profanar con la mirada, en pública y sacrílega exhibicion, la momia del invicto César...

Detengámonos ahora á contemplar un inmenso escudo de piedra que adorna la alta cerca de que hablamos ántes. Él resume y compendia todo lo que hemos de ver y de pensar dentro de Yuste.

Aquel escudo, abrigado por las poderosas alas del águila de dos cabezas y encerrado entre las dos columnas de Hércules, con la leyenda de *Plus ultra,* comprende en sus cuarteles las armas de todos los Estados del augusto monje. — De estas armas resulta que el hombre

que fué allí á abreviar voluntariamente su vida y á anticipar su muerte, acababa de ser en el mundo (1): «Emperador de los romanos, Rey de Alemaña, de Castilla, de Leon, de Aragon, de las Dos Sicilias, de Jerusalem, de Hungría, de Dalmacia, de Navarra, de Granada, de Toledo, de Valencia, de Galicia, de Sevilla, de Mallorca, de Cerdeña, de Córdoba, de Córcega, de Murcia, de Jaen, de los Algarbes, de Algeciras, de Gibraltar, de las islas de Canaria, de las Indias, Islas y Tierra firme del mar Océano; Archiduque de Austria; Duque de Borgoña, de Brabante, de Loteringia, de Corincia, de Carmola, de Luzaburque, de Luzemburque, de Gueldres, de Athénas y Neopatria; Conde de Brisna, de Flándes, del Tirol, de Abspurque, de Artoes y de Borgoña; Palatino de Nao, de Holanda, de Zelanda, de Ferut, de Fribuque, de Amuque, de Rosellon, de Aufania ; Lantzgrave de Alsacia; Marqués de Borgoña y del Sacro Romano Imperio de Oristan y de Gociano; Príncipe de Cataluña y de Suevia; Señor de Frisa, y de la Marca, y de Labomo, de Puerta; Señor de Vizcaya, de Molina, de Salinas, de Tripol, etc.»

Encima del escudo hay un medallon con un busto de San Jerónimo en alto relieve.

Debajo del escudo se lee esta inscripcion, casi borrada por la accion del tiempo sobre la mala calidad de la piedra.

«En esta Santa Casa de San Jerónimo se retiró á aca-

(1) Esta enumeracion de los títulos del Emperador es literalmente la misma con que principia su testamento.

bar su vida el que toda la gastó en defensa de la Fe y conservacion de la Justicia, Cárlos V, Emperador, Rey de las Españas, cristianísimo, invictísimo. Murió á 21 *de Setiembre de* 1558.»

Acerca de esta misma vida, *gastada toda* efectivamente en una perpétua campaña, ocúrrenos copiar aquí algunas palabras del discurso en que Cárlos V abdicó en su hijo los Estados de Flándes, pocos meses ántes de retirarse á Yuste.

«Nueve veces (dijo, á fin de justificar ante su córte el »cansancio y los achaques en que fundaba su determi»cion), nueve veces fuí á Alemania la Alta, seis he pa»sado en España, siete en Italia, diez he venido aquí á »Flándes, cuatro en tiempo de paz y guerra, he entrado »en Francia, dos en Inglaterra, otras dos fuí contra »Africa, las cuales todas son cuarenta, sin otros caminos »de ménos cuenta que por visitar mis tierras tengo he»chos. Y para esto he navegado ocho veces el mar Medi»terráneo y tres el Océano de España, y agora será la »cuarta que volveré á pasarle para sepultarme...»

Pero nosotros no escribimos la historia de Cárlos V, sino en todo caso la de *Yuste*. Bueno será, pues, que ántes de penetrar en el Monasterio digamos todo lo que se sabe acerca de su fundacion y rápido desarrollo hasta el momento en que representó tan importante papel en el mundo, así como respecto de su lamentable ruina.

II.

El breve bosquejo que vamos á hacer de la historia del Monasterio de Yuste desde su fundacion hasta los tiempos presentes, no supone de nuestra parte prolijas investigaciones ni detenidos estudios. Significa tan sólo que, cuando visitamos aquellas venerables ruinas, tuvimos la fortuna de que el celoso empleado que las custodia nos enseñase y nos permitiese extractar rápidamente un preciosísimo *in-folio* manuscrito que guarda como oro en paño el señor Marqués de Miravel, actual propietario de aquellos que fueron *bienes nacionales.*

Dicho manuscrito, que constituye un abultado tomo, viene á ser la Crónica del convento, y fué redactado por uno de los últimos religiosos que habitaron aquella soledad, — por el Padre *fray Luis de Santa María*, — quien se valió para ello del libro de fundacion del Monasterio, de las actas de profesion de sus individuos y de las escrituras y cuentas referentes á los pingües bienes que llegó á poseer la comunidad.

Con este libro, y con las muchas noticias y apuntes que nos ha suministrado una persona muy estudiosa y versada en todo lo concerniente á la *Vera de Plasencia*, — el Sr. D. Félix Montero Moralejo, — hemos tenido lo bastante para aprender en pocas horas cuanto puede saberse acerca de *Yuste*, como vosotros, lectores, podréis aprenderlo tambien, si nos prestais un momento vuestra benévola atencion.

*
* *

«En el año de 1402, sobre una de las colinas que se elevan al norte del actual convento, alzábase una pequeña ermita, llamada del *Salvador*, á la cual iban anualmente, en alegre y devota romería, los pueblos comarcanos. Cerca de aquel modesto santuario habia un rico manantial, conocido por la *Fuente-Santa*, nombre que debió á la catástrofe ocurrida á catorce obispos que, refugiados en la dicha ermita cuando la invasion de los árabes, fueron descubiertos por éstos y degollados bárbaramente sobre el cristalino manantial, rojo luégo con la sangre de aquellos ilustres mártires (1).

»Sin duda alguna, á la celebridad de este acontecimiento y á la veneracion en que los naturales de la *Vera* tenian la *Ermita del Salvador*, debióse que por entónces resolvieran trasladarse á ella y establecerse allí dos santos anacoretas que moraban hacía tiempo en la ermita de San Cristóbal de Palencia.

»Ello es que en una hermosa tarde del mes de Junio de 1402 (la tradicion así lo refiere), *Pedro Brales* ó *Brañes* y *Domingo Castellanos*, con tosco sayal y larga barba, precedidos de un jumento, portador de escasos y pobres enseres, despues de una jornada de siete leguas que dista la ciudad de Plasencia, llegaban al oscurecer al escabroso y elevado sitio que ocupaba la *ermita del Salvador*, y, en ella instalados, continuaron, como en la de

(1) En este punto me atengo casi literalmente á la relacion del Sr. Montero, más circunstanciada que la misma Crónica de fray Luis de Santa María, por apoyarse, no sólo en ésta, sino en otros documentos y tradiciones.

San Cristóbal, su vida cenobítica y penitente, á que se prestaba más y más aquel solitario sitio.

»Sin embargo, la considerable altura á que éste se encontraba en la ladera misma de la sierra, y las noticias de algunas personas del inmediato pueblo de *Quacos* hicieron pronto temer á los ermitaños que les fuera imposible habitar la *ermita del Salvador* en la estacion de las nieves y las aguas. Pero era tan majestuosa, por lo deleitable y absoluta, la soledad en que allí vivian, que de manera alguna quisieron abandonarla por completo, y á fin de evitar el peligro de helarse que podrian correr en las escarpadas rocas donde moraban, bajaron á inspeccionar las faldas de aquella misma sierra en busca de un paraje lo más próximo posible al *Salvador*, donde al abrigo de los elementos pudiesen continuar su vida de penitencia.

»Así llegaron á un escondido barranco, por en medio del cual corria un cristalino arroyo llamado *Yuste*, á cuyas orillas crecian algunos árboles, y donde toda la naturaleza se mostraba más benigna que en los alrededores. Parecióles aquel punto muy á propósito para establecerse, y, sentándose bajo un árbol á descansar de su largo reconocimiento, proyectaban ya bajar á *Quacos* al siguiente dia á tratar de la adquisicion de aquel terreno, cuando apareció por allí un hombre, que se les acercó afablemente y trabó conversacion con ellos como si los conociera de toda la vida.

»Pronto supieron por sus explicaciones que era *Sancho Martin*, vecino de *Quacos*, propietario de todo aquel barranquillo, y que habia subido casualmente aquella

tarde á recorrerlo, cosa que hacía muy rara vez. Enteróse á su vez el recien llegado campesino del deseo de los dos cenobitas, y en aquel mismo punto y hora hízoles donacion del pedazo de terreno que necesitaban, asaz inculto por cierto, donacion que se confirmó en 24 de Agosto de aquel mismo año de 1402, ante el escribano Martin Fernandez de Plasencia.—Por eso el modesto labrador *Sancho Martin* ocupa el primer lugar en la Crónica de fray Luis de Santa María, entre los protectores del Monasterio de Yuste, lista en que figuran luégo potentados y monarcas.

»Poco tiempo despues se unieron á los dos cenobitas mencionados otros varios hombres piadosos que deseaban tambien consagrarse á una vida retirada y ascética, entre los cuales descollaron pronto *Juan* (de Robledillo) y *Andrés* (de Plasencia), cuyos apellidos no dicen las crónicas, designándolos únicamente con el de los pueblos en que nacieron; y todos juntos dedicáronse á construir sus celdas en el terreno donado por Sancho Martin, que es el que hoy ocupan la Panadería, la Casa del Obispo y las Caballerizas. Aquellas celdas fueron al principio sumamente pobres, toscas y reducidas, cual convenia al objeto de los fundadores, quienes no dejaron de seguir cuidando tambien la *Ermita del Salvador* y de orar en ella diariamente.

»Cinco años de reposo, oracion y penitencia pasaron allí aquellos solitarios, pero á fines de 1406 los oficiales de diezmos principiaron á fijar su atencion en los *Hermanos de la pobre vida*, nombre que habian adoptado los anacoretas establecidos á la orilla del arroyo *Yuste*. Ne-

gábanse éstos á pagar la contribucion que se les exigia, fundándose en la escasez de los productos de su huerta y artefactos, y, apremiados por los oficiales, acudieron á D. Vicente Arias, obispo de Plasencia, para que los eximiese del diezmo. El prelado denegó la solicitud y ordenó que pagasèn incontinenti todo lo que se les exigia.

»Atribulados, cuanto sorprendidos los *Hermanos de la pobre vida* con tan acre é inesperada resolucion, acordaron elevar al Papa Benedicto XIII una súplica pidiéndole autorizacion para erigir una capilla á San Pablo, primer ermitaño; y Juan de Robledillo y Andrés de Plasencia encargáronse de llevar á Roma la solicitud. Llegaron al fin éstos á la Ciudad Eterna despues de una larga y penosa marcha á pié y mendigando, y arrojáronse á los piés de Su Santidad, quien, no sólo les concedió cuanto pedian, sino que por una Bula les otorgó campanillas, campana, cementerio y licencia para que celebrasen misa en aquella soledad todos los ermitaños que fuesen sacerdotes. — Esta concesion tuvo efecto en 1407.

»Extraordinario fué el júbilo que experimentaron y con que fueron recibidos en *Yuste* los dos animosos comisionados, los cuales, dos dias despues de su llegada, se presentaron con la Bula ante el obispo de Plasencia, á fin de que ordenase su ejecucion. Pero el prelado, creyéndose herido en su dignidad, cuando sólo podia estarlo en su amor propio, por aquel triunfo de los humildes cenobitas, negó temerariamente su obediencia al mandato pontificio, y ordenó á cierto religioso llamado fray Hernando que pasase á *Yuste* y se incautase de *los bienes* de los ermitaños, despidiéndolos ademas de sus celdas.

— Así lo verificó el fraile, y los *Hermanos de la pobre vida* bajaron á Quacos, en donde la caridad pública les dió un albergue y una limosna.

»No se desalentaron por esto los cenobitas, ni eran hombres fáciles de vencer los dos recien llegados de Roma. Por el contrario, estos infatigables varones, sin descansar de su larga y penosa peregrinacion, encamináronse á Tordesillas, residencia entónces del infante D. Fernando, hermano del rey de Castilla D. Enrique III *el Doliente*, y le expusieron sus agravios, pidiéndole proteccion contra el obispo de Plasencia. Favorable acogida alcanzaron los dos comisionados en el ánimo de aquel ilustre príncipe, quien principió, á fuer de prudente y morigerado, por entregarles una carta para el mismo prelado Arias, en que le suplicaba devolviese los bienes á los *Hermanos de la pobre vida* y les permitiese hacer uso de la concesion del Sumo Pontífice. Pero el que habia desobedecido al sucesor de San Pedro, no se reparó tampoco en desatender la respetuosa carta del hermano del Rey, y los dos religiosos tornaron presto al lado del Infante con la noticia de que el obispo no habia hecho caso alguno de su respetuosa cuanto respetable recomendacion.

»Enojóse grandemente D. Fernando, y maravillado de aquella tenaz rebeldía, al par que decidido á vencerla, entregó á los monjes una carta para D. Lope de Mendoza, arzobispo de Compostela, de quien era sufragáneo el obispo Arias, encargándoles volviesen á darle cuenta de cómo los habia recibido y de las disposiciones que habia tomado. Partieron, pues, Juan de Robledillo y

Andrés de Plasencia á Medina del Campo, punto en que residia el Arzobispo, el cual, leido que hubo, con tanta indignacion como asombro, la carta de D. Fernando, ampliada con el relato de los dos humildes ermitaños, albergó cariñosamente á éstos en su propia posada, y cuando los vió repuestos de tan contínuos viajes y sinsabores, dióles dos cartas, una de ellas para el rebelado obispo, en que bajo santa obediencia y pena de excomunion le ordenaba cumplir lo mandado por Su Santidad, y otra para *Garci-Alvarez de Toledo*, señor de Oropesa, rogándole se encargase de la ejecucion de lo preceptuado por el Papa, á cuyo fin le autorizaba para que obligase al obispo Arias á devolver sus bienes á los *Hermanos de la pobre vida.*

»La fecha de estas dos cartas es de 10 de Junio de 1409.

»Provistos de ellas, pasaron otra vez los dos religiosos á Tordesillas y se las mostraron al infante D. Fernando, el cual se complació mucho al leerlas y les dió otra para el mismo Garci-Alvarez, recomendándole vivamente el negocio que le habia cometido el ilustre Arzobispo de Compostela.

»Veraneaba á la sazon en su palacio señorial de Jarandilla el poderoso señor de Oropesa, Garci-Alvarez, quien recibió á los dos cenobitas con extraordinaria benevolencia, y enterado de los escritos de que eran portadores, les manifestó, que siendo aquel dia la festividad del nacimiento de San Juan Bautista, dejaba para el siguiente el pasar á Yuste, adonde podian ellos marchar desde luégo (Yuste dista de Jarandilla poco más de

una legua, como ya hemos indicado) á decir á sus hermanos que se les haria cumplida justicia. Con esto, dirigiéndose ambos comisionados á Quacos, donde residia el resto de la comunidad, caritativamente albergada por aquellos vecinos, entónces muy partidarios de todo lo que hacia relacion con el naciente Monasterio de Yuste; y llegado que hubieron Plasencia y Robledillo al puente situado á la entrada del lugar, fueron recibidos por unos y otros con abrazos y fraternal regocijo; con lo que, siendo la hora de vísperas, trasladáronse todos á la iglesia á dar gracias al Señor por la victoria que les habia concedido.

»En la mañana del siguiente dia 25 de Junio, cuando apénas alboreaba, el señor de Oropesa y un su amigo de Trujillo, que veraneaba con él en Jarandilla, y cuyo nombre omiten las crónicas, caballeros en briosos corceles y seguidos de brillante comitiva, pasaron por Quacos con direccion á Yuste. El concejo y vecinos de aquel lugar, y, por supuesto, todos los despojados anacoretas, siguieron á pié al esclarecido magnate, entre grandes aclamaciones, y de este modo llegaron al Monasterio, donde permanecia fray Hernando como administrador ó encargado del obispo de Plasencia.

»Aquel religioso intentó al principio eludir el cumplimiento de las órdenes que llevaba Garci-Alvarez; pero éste mostró tal energía y asustó de tal manera al *fraile intruso* (así le llama el libro del convento), que fray Hernando acabó por hacer entrega de todos los bienes de Yuste á los *Hermanos de la pobre vida*, á quienes donaron por su parte gruesas sumas el de Oropesa y el caba-

llero trujillano, ofreciéndoles al despedirse constante proteccion para cuanto se les ocurriese en lo sucesivo.

»Pero de aquí en adelante todo fué ya favorable á la santa empresa de aquellos animosos solitarios. Desde luégo pusiéronse bajo la vocacion de San Jerónimo y proteccion de fray Velasco, prior de los Jerónimos de Guisando, hasta que en 1414 los vemos acudir á Guadalupe, asiento del Capítulo general de la Orden, solicitando ingresar en ella y ser reconocidos como verdadera comunidad. Algunas objeciones les opusieron los padres graves de Guadalupe, alegando que los *Hermanos de la pobre vida* carecian de las *fincas* ó *elementos necesarios* para sostener con decoro la elevada Orden Jerónima; pero Juan de Robledillo y Andrés de Plasencia acudieron á su protector Garci-Alvarez, que por entónces residia en Oropesa, el cual montó en seguida á caballo y se presentó ante el Capítulo de Guadalupe, haciendo suya la solicitud de los anacoretas de Yuste. Reprodujeron los Jerónimos las razones de su anterior negativa, y oidas por el señor de Oropesa, exclamó sin vacilar: «*Pues bien: hoy por mí, mañana por mis descendientes, me obligo á cubrir todas las necesidades del Monasterio de Yuste.*»

»Ante esta arrogante y caballeresca donacion, tan propia del sujeto que la hacía, el Capítulo declaró Jerónimos á los *Hermanos de la pobre vida*, quedando así fundado definitivamente el convento que habia de ser orgullo de la Orden. — Su primer prior fué fray Francisco de Madrid, ignorándose las razones por que no recayó este

cargo ni en Robledillo ni en Plasencia.—Finó con ello el año de 1414.»

*
* *

Tal es la historia de la fundacion de *Yuste*. La de su rápido crecimiento, esplendorosa magnificencia y lamentable ruina nos detendrá tambien muy poco, pues ni ofrece tanto interes dramático como la porfiada lucha que acabamos de reseñar, ni creemos oportuno retardar demasiado tiempo nuestra visita á los venerables restos de aquella santa casa.

Dirémos, pues, sucintamente, que D. Juan II, don Enrique IV y los Reyes Católicos heredaron del piadoso hermano de D. Enrique III el decidido empeño de proteger el Monasterio de Yuste; y que, del propio modo, los condes de Oropesa que se sucedieron en estos reinados siguieron la tradicion de Garci-Álvarez de Toledo, y consagraron al mismo fin una gran parte de sus rentas.

Al principio se edificó, ademas de la magnífica Iglesia que ya describirémos, un extenso y cómodo Convento, á la verdad nada suntuoso; pero, á mediados del siglo XVI, los condes de Oropesa costearon casi solos otro gran Monasterio (todo de piedra, y en el soberbio órden arquitectónico del Renacimiento), dejando para *Noviciado* el primitivo adyacente edificio. La nueva obra, que habia de vivir ménos que la antigua, fué terminada en 1554.

Cuando Cárlos V concibió la primera idea de retirarse del mundo, fijó desde luégo su atencion, como en el lugar

más á propósito para acabar tranquilamente su vida, en el Monasterio de Yuste, cuya fama llenaba ya el orbe cristiano, no sólo por la grandiosidad de su fábrica y por la riqueza de la comunidad, sino tambien por lo ameno, sosegado y saludable de aquel solitario sitio. Así es que algunos años ántes de su abdicacion, hallándose el César en los Países-Bajos, encargó á su hijo D. Felipe que, ántes de partir á casarse con la reina de Inglaterra, fuese al célebre convento y plantease en él las habitaciones que debian construirse para recibirlo y albergarlo en su dia. El que pronto habia de llamarse Felipe II cumplió la órden paterna, y muy luégo empezaron las obras del apellidado *Palacio del Emperador*, palacio modestísimo, reducido á cuatro grandes celdas, cuyo destino fué al principio un secreto para los mismos religiosos que allí vivian, excepcion hecha del prior y de algun otro.

Más adelante verémos cómo Felipe II volvió algun tiempo despues á Yuste. Ahora nos toca decir, con la misma fórmula que emplea el mencionado cronista de la casa, que Cárlos V se estableció definitivamente en ella *el dia de San Blas de* 1557 y *murió el dia de San Mateo de* 1558; de modo que permaneció allí, haciendo hasta cierto punto vida de anacoreta, un año, siete meses y diez y ocho dias.

En cuanto á su viaje desde Flándes al Monasterio, ofreció algunas particularidades dignas de mencion, que merecen párrafo aparte.

***

«Renunciadas así una tras otra las coronas,—dice la *Historia* (1),—determinó ya Cárlos su viaje á España... La flota en que habia de venir, que se componia de sesenta naves guipuzcoanas, vizcaínas, asturianas y flamencas, se reunió en Zuitburgo, en Zelanda, donde se dirigió Cárlos (28 de Agosto) acompañado del rey D. Felipe, su hijo, de sus hermanas las reinas viudas de Francia y de Hungría, de su hija María y su yerno Maximiliano, rey de Bohemia, que habian ido á despedirle, y de una brillante comitiva de flamencos y españoles.—Al pasar por Gante no pudo ménos de enternecerse, contemplando la casa en que nació, los lugares y objetos que le recordaban los bellos dias de la infancia, y que visitaba por última vez para no volver á verlos jamas.

»Despidióse tiernamente de sus hijos, abrazó á Felipe, le dió algunos consejos para su gobierno y conducta, y se hizo á la vela (17 de Setiembre), trayendo consigo á sus dos hermanas doña Leonor y doña María, reinas viudas ambas, que despues de tantos años volvian á su patria y suelo natal. El 28 de Setiembre arribó la flota al puerto de Laredo.—«*Yo te saludo, madre comun de* »*los hombres*, exclamó Cárlos al tomar tierra. *Desnudo* »*salí del vientre de mi madre: desnudo volveré á entrar* »*en tu seno.*»—Á pesar de esta abnegacion, todavía se incomodó mucho por no haber hallado allí el recibimiento que esperaba, y no haber llegado aún la remesa de 4.000 ducados que preventivamente habia pedido á

(1) LAFUENTE.

la gobernadora de Castilla, su hija, la princesa doña Juana, ni el condestable, los capellanes y médicos que necesitaba, pues los más de los capellanes y criados venian enfermos y algunos habian muerto en la navegacion. El mismo Luis Quijada, mayordomo de la Princesa regente, no pudo llegar hasta unos dias despues, por el fatal estado de los caminos; todo lo cual puso al Emperador de malísimo humor y le hacía prorumpir en desabridas quejas, no pudiendo sufrir verse en tal especie de desamparo el que tan acostumbrado estaba á mandar y ser servido.

»Partió el 6 de Octubre de Laredo para Medina de Pomar, acompañado del alcalde Durango de la chancillería de Valladolid, con cinco alguaciles, disgustado y como avergonzado de verse entre tantas varas de justicia, que parecia le llevaban preso. No queria que le habláran de negocios; huia de que le tocáran asuntos políticos, y mostraba no tener otro anhelo que sepultarse cuanto ántes en Yuste. Al fin le llegaron los 4.000 ducados, con lo cual prosiguió ya más contento á Búrgos, donde llegó el 13 y permaneció hasta el 16, no queriendo que el condestable de Navarra le hiciese ningun recibimiento. Las dos reinas hermanas marchaban una jornada detras por falta de medios de trasporte, que esto le sucedia en su antiguo reino de Castilla al mismo que tantas veces y con tanta rapidez y tanto aparato habia cruzado y atravesado la Europa. Marchaba tan lentamentate, que empleó cerca de seis dias desde Búrgos á Valladolid. Alojóse en la casa de Rui Gomez de Silva, dejando el palacio para las reinas sus hermanas, que en-

traron despues. Ocupóse el Emperador en Valladolid en el arreglo de ayudas de costa y mercedes que habia de dejar á los que hasta entónces le habian servido, en lo de la paga que se habia de dar á los que con él habian venido de Flándes, y en lo que habia de quedar para el gasto de su casa. Con esto partió de Valladolid (4 de Noviembre) con tiempo lluvioso y frio, caminando en litera.

»Siguió su marcha por Valdestillas, Medina del Campo, Horcajo de las Torres, Alaraz y Tornavacas, y para franquear el áspero y fragoso puerto que separa este pueblo del de Jarandilla (1), fué conducido en hombros de labradores, porque á caballo no le permitian sus achaques caminar sin gran molestia, y en la litera no podia ir sin grave riesgo de que las acémilas se despeñasen: el mismo Luis Quijada anduvo á pié al lado del Emperador las tres leguas que dura el mal camino. Por fortuna encontraron en Jarandilla (14 de Noviembre) magnífico alojamiento en casa del Conde de Oropesa, bien provisto de todo, y con bellos jardines poblados de naranjos, cidras y limoneros. Detuviéronse allí todos bastante tiempo, por las malas noticias que comenzaron á correr acerca de la temperatura de Yuste. En el invierno era castigado de frecuentes lluvias y de frias y densísimas nieblas, y en el verano le bañaba un sol abrasador. Proclamaban á una voz sus criados que

(1) Y eso que préviamente se habia trabajado mucho en aquel puerto para hacerlo transitable, por lo cual se le denominó *Puerto Nuevo ó del Emperador*, cuyo nombre lleva hoy.

los monjes habian cuidado bien de hacer sus viviendas al norte y defendidas del calor de la iglesia, miéntras la morada del Emperador y de sus sirvientes se habia hecho al mediodía y tenía que ser insufrible en la estacion del estío. Con esto todos estaban disgustados y todos aconsejaban al Emperador, inclusa su hermana la reina de Hungría, que desistiera de su empêño de ir á Yuste y buscase otro lugar más favorable para su salud.

»Obligó esto al Emperador á ir un dia (23 de Noviembre) á visitar personalmente su futura morada, y cuando todos esperaban que regresaria disgustado, volvió diciendo que le habia parecido todo bien, y áun mucho mejor que se lo pintaban; que en todos los puntos de España hacía calor en el verano y frio en el invierno, y que no desistiria de su propósito de vivir en Yuste, aunque se juntase el cielo con la tierra.

»Seguia reteniendo al Emperador en Jarandilla la falta de dinero para pagar y despedir la gente que habia traido consigo, y áun para los precisos gastos de manutencion, hasta que, habiendo llegado el dinero que tenía pedido á Sevilla (16 de Enero de 1557), fué dando órden en la paga de los criados que más impacientes se mostraban por marchar. Con esto apresuró ya los preparativos para su entrada en Yuste, cosa que apetecian vivamente los monjes, tanto como la repugnaban y sentian cada vez más cuantos componian su casa y servicio.

»Entró, pues, el emperador Cárlos V en el Monasterio de Yuste el 3 de Febrero de 1557. Su primera visita fué á la iglesia, donde le recibió la comunidad con Cruz,

cantando el *Te Deum laudamus*, y, colocado despues su Majestad en una silla, fueron todos los monjes por su órden besándole la mano, y el prior le dirigió una breve arenga, felicitando á la comunidad por haberse ido á vivir entre ellos» (1).



De la vida que el César hizo en *Yuste* algo nos dirá el propio Monasterio, aunque tan ruinoso, cuando penetremos en él...; y para que esto no se retarde ya mucho, terminarémos rápidamente el extracto que vamos haciendo de los anales del edificio.

En 1570, doce años despues de la muerte del Emperador, fué á visitar su sepultura el rey D. Felipe II, al paso que se dirigia á Córdoba con motivo de la rebelion de los moriscos de Granada. Dos dias permaneció el severo monarca en la que habia sido última mansion de su augusto padre; pero *por respeto* (dice el fraile cronista), *no durmió en el dormitorio de éste, sino en un retrete del mesmo aposento que apénas cabe una cama pequeña.*

Ya verémos nosotros este retrete, que existe todavía.

Cuatro años más tarde, terminado ya el panteon del Escorial, fué trasladado á él el cadáver de Cárlos V, con harto sentimiento de los padres Jerónimos de Yuste. Sin embargo, los reyes que sucedieron á Felipe II, lo

(1) El Prior (dice Gaztelu) llamó al Emperador *Vuestra Paternidad*, de lo cual luégo fué advertido por otro fraile que estaba á su lado, y le acudió con *Majestad*.

mismo los de su dinastía que los de la de Borbon, continuaron dispensando al monasterio de la Vera de Plasencia grandes mercedes y una proteccion decidida, con lo que siguió siendo uno de los más ricos y florecientes de su órden.

Así llegó, sin novedad alguna que de notar sea, el año de 1809.—Era el 12 de Agosto, quince dias despues de la victoria obtenida por españoles é ingleses sobre los ejércitos de Napoleon delante de Talavera de la Reina. Una columna francesa, parece que fugitiva ó cortada, estuvo merodeando en la Vera, esperando á saber cómo podia reunirse al grueso del ejército derrotado. Los frailes de Yuste huyeron á su aproximacion, y los soldados franceses profanaron la iglesia, robaron cuanto hubieron á mano, penetraron en el convento, saquearon su rica despensa y vaciaron su bien provista bodega, de cuyas resultas estaban todos ébrios cuando les llegó la órden de evacuar inmediatamente aquella comarca y salir á juntarse á las tropas del mariscal Víctor. Marcharon, pues, como Dios les dió á entender; pero no pudieron hacerlo diez ó doce, cuya embriaguez era absoluta, por lo que se quedaron en el monasterio durmiendo la borrachera. Sabedores de esta circunstancia los colonos y criados de la casa, que tan maltratados habian sido aquellos dias por la soldadesca invasora, tomaron una horrible venganza en aquellos diez ó doce hombres dormidos, á los cuales dieron muerte á mansalva. Dos dias despues, estos infortunados fueron echados de ménos por sus camaradas, quienes, sospechando lo ocurrido, enviaron en su busca una seccion de caballería. Estos

expedicionarios no encontraron á nadie en el convento ni en sus alrededores, pero sí grandes manchas de sangre en el lugar en que dejaron dormidos á sus compañeros...; y apelando á su vez á las represalias, pusiéronle fuego al Monasterio, cuya parte más monumental y preciosa quedó completamente destruida, salvándose la iglesia, el noviciado y las habitaciones que se construyeron para albergue de Cárlos V.—Es decir, que pereció todo el Convento nuevo, edificado, como dijimos, á mitad del siglo XVI.

Desde entónces volvieron los frailes á habitar el Convento viejo, ó sea el noviciado.

En 1820 fueron expulsados por la revolucion y vendido el Monasterio á un Sr. Tarrius, que lo poseyó hasta 1823.

En 1823 se anuló la venta por la reaccion.

En 1834 la expulsion volvió á tener lugar, y la compra del Sr. Tarrius fué revalidada.

Hace algunos años el Sr. Tarrius sacó el Monasterio á pública subasta. Napaleon III quiso adquirirlo; pero los periódicos hablaron mucho sobre el particular, lamentando que la cámara mortuoria del vencedor de Pavía pudiese ir á parar á manos francesas. Entónces, animados de un sentimiento patriótico, reuniéronse algunos títulos de Castilla, y acordaron comprar á *Yuste*, costáre lo que costáre. Pero este proyecto, como todos aquellos en que intervienen muchos, iba quedando en conversacion, cuando el Sr. Marqués de Miravel, uno de los asociados, viendo que no se hacía nada de lo pactado, lo compró por sí solo en la cantidad de 400.000 rs.

Más adelante verémos que el histórico Monasterio no ha podido caer en mejores manos. El Sr. Marqués de Miravel se ha consagrado con incesante afan, y á costa de grandes sacrificios, á salvar á *Yuste* de la total ruina que le amenazaba. Ya ha reedificado mucho de lo destruido; ya ha contenido en todas partes la destruccion; y de esperar es que algun dia, pues dicen que es jóven, acabe de restaurar lo que yace en pedazos por el suelo.—Sólo con lo que ha hecho hasta hoy ya ha merecido bien de la patria y de cuantos aman sus antiguas glorias.

Con que penetremos en Yuste.

III.

Delante de la actual entrada, que es la antigua de la huerta del Monasterio, y por la que se regía el Emperador cuando salia á caballo, elévase un añoso y corpulento nogal, tenido en gran veneracion histórica, y del que no hay viajero que no se lleve algunas hojas como recuerdo de su peregrinacion á Yuste.

Es que aquel nogal data de un tiempo muy anterior á la fundacion del convento: es que á su sombra fué donde, segun la tradicion, se sentaron los anacoretas Bralles y Castellanos la tarde que eligieron aquel sitio, entónces desierto, como el más á propósito para establecerse; y es que el mismo César, en tiempo de verano, solia pasar largas horas bajo su espesísimo ramaje, viendo correr el agua del arroyo que fluye á su pié y respirando

el fresco ambiente de un lugar tan umbroso, ameno y deleitable.

Despues de rendir el debido homenaje á aquel árbol, cuya edad no bajará de seis siglos, llamamos á la mencionada puerta del Monasterio, ó sea á la puerta rústica del que fué palacio del Emperador. Un campesino acudió á abrirnos, y como ya se hubiese recibido allí un recado del administrador (que reside en Quacos) avisando nuestra visita y anunciando que él llegaria inmediatamente á hacernos los honores de aquella mansion de los recuerdos, dejósenos pasar adelante.

Agradabilísima emocion nos produjo el noble cuanto gracioso aspecto del primer cuadro que apareció á nuestros ojos.—Gigantescos naranjos seculares cuajados de rojas naranjas sombreaban la especie de atrio ó compas en que habiamos entrado. Sus ramas subian hasta los arcos de un elegante mirador que teníamos enfrente y que servia de fachada al único piso alto de un modesto aunque decoroso edificio. A aquel mirador ó salon abierto, cuyo interior mostrábase completamente por los amplios arcos que constituian dos de sus lados, se subia, no por escaleras, sino por una suave rampa construida sobre otros arcos de progresiva elevacion. Debajo del salon-mirador veíanse tambien al descubierto los pilares, arcos y bóvedas que lo sustentaban, de manera que aquella vivienda apareoia en una forma calada, aérea, expedita, luminosa, sin otra defensa contra el sol y el viento que el verdor de los próximos árboles ó de las enredaderas y rosales que trepaban por pilastras, balaustres y columnas.

Aquel risueño edificio era el *Palacio del Emperador*, al cual servia de vestíbulo el alegre y franco aposento que estábamos mirando, aposento restaurado recientemente por el señor Marqués de Miravel, mediante costosísimas obras, en que se ha respetado religiosamente la primitiva forma y disposicion de la parte arruinada.

La extensa rampa que teníamos delante, y por la cual se sube á dicho vestíbulo, es la misma que se construyó para que el valetudinario Cárlos V pudiese montar á caballo á la puerta de sus habitaciones, ó sea en el mismo piso alto, librándose así de la incomodidad de las escaleras, que le eran ya insoportables. —Tambien han sido reforzados sus arcos en estos últimos tiempos con tal arte y habilidad, que no falta ni una sola piedra del sitio que ocupaba hace 300 años.

Viejísimas hiedras, contemporáneas sin duda del primer convento, visten por completo las recias tapias que forman el compas ó atrio en que nosotros echamos pié á tierra y desde donde contemplábamos la morada del César.—De una de estas tapias brota un brazo de agua sonora y reluciente, que presta con su eterno murmullo no sé qué plácida melancolía á aquel tan sosegado recinto. La hiedra y el agua, con su perdurable existencia, parecian encargadas de perpetuar las huérfanas memorias de unas grandezas extinguidas. El agua, sobre todo, fluyendo y charlando hoy, como fluia y charlaba hace tantos años, sin respetar ahora el silencio de muerte que ha sucedido en aquella soledad al antiguo esplendor y movimiento, recordábanos estos hermosos versos de nues-

tro inmortal Quevedo «*Á Roma sepultada en sus ruinas*»:

Solo el Tibre quedó, cuya corriente,
Si ciudad la regó, ya sepultura
La llora con funesto són doliente.
¡Oh Roma! en tu grandeza, en tu hermosura,
Huyó lo que era firme, y solamente
Lo fugitivo permanece y dura.

Atado que hubimos nuestros caballos á los recios troncos de los naranjos susodichos, emprendimos la subida por la rampa, que nos condujo al salon-mirador, estancia verdaderamente deliciosa, más propia de una *villa* italiana ó de un *cármen* granadino que de un monasterio escondido en las derivaciones de una sierra de Extremadura.

Cuatro son los grandes arcos que lo ponen en relacion directa con el rico ambiente y esplendorosa vegetacion de aquel amenísimo barranco. Dos de ellos miran á la parte de donde subiamos, sirviendo el uno de entrada á la rampa y el otro como de balcon, desde el cual se tocan con la mano los bermejos frutos de los mencionados naranjos del compas, y se descubre, al traves de las ramas de éstos, un elegantísimo ángulo de la contigua iglesia, de perfecto estilo gótico, cuyas gentiles ojivas, esbeltos juncos y erguidas agujas, todo ello de una resistente piedra dorada por los siglos, infunden en el ánimo, en medio de aquellas abandonadas ruinas, arrogantes ideas de inmortalidad.

Los otros dos arcos miran al mediodía, y desde ellos se goza de la apacible contemplacion de la huerta, del bosque de olmos y de todos los suaves encantos de aquel

breve y pacífico horizonte. De dicha huerta trepan, como hemos apuntado, hasta penetrar por los arcos dentro de aquel salon, rosales parietarios y escaladoras enredaderas con sus elegantes campanillas, que todavía no se habian cerrado aquella mañana: ademas, los dos grandes balcones determinados por ambos arcos tienen el antepecho en la parte ó cara interna del recio muro, dejando destinado todo el ancho de éste á dos extensos arriates ó pensiles que cultivaba Cárlos V, y que hoy se cultivan tambien cuidadosamente. Geranios, rosales de pitiminí y clavellinas, todo florido, pues ya hemos dicho que estábamos en Mayo, vimos nosotros en aquellos dos jardinillos tan graciosamente imaginados y dispuestos. —Cuando al poco rato llegaron el Administrador y su señora, supimos que ésta, madrileña de pura raza, aficionadísima, por consiguiente, á macetas, era la autora de aquel milagro de que continuasen consagrados á Flora los dos arriates que cuidó en otro tiempo Cárlos de Austria.

Llevamos dibujadas dos paredes de las cuatro que forman el salon-mirador, aunque nos falta decir que entre el arco que comunica con la rampa y el otro del mismo lado hay un poyo de piedra, de dos cuerpos, triple de ancho el cuerpo de abajo que el de arriba, de modo que forma como un doble escabel, cuyo poyo de piedra se construyó allí para que Cárlos V montase á caballo más cómodamente.

Por cierto que, segun nos refiere Fray Prudencio Sandoval en su *Historia del Emperador*, las cabalgaduras que éste usaba en Yuste no tenian nada de cesáreas

ni de marciales, pues consistian en *una jaquilla bien pequeña y una mula vieja.* — ¡Tan acabado de fuerzas estaba aquel que habia recorrido tantas veces la Europa á caballo!

Pero ya que de esto hemos venido á hablar, oigamos cómo describe el mismo historiador el modo y manera como montó á caballo por última vez el protaganista del siglo de los héroes, el vencedor de mil combates, el hombre de hierro.

«..... Puesto en la jaquilla, apénas dió tres ó cuatro pasos cuando comenzó á dar voces que le bajasen, que se desvanecia, y como iba rodeado de sus criados, le quitaron luégo, y desde entónces nunca más se puso en cabalgadura alguna.»

Considerad ahora cuántas reflexiones no acudirán á la mente al contemplar aquel poyo de piedra, terrible monumento que acredita toda la flaqueza y rápida caducidad de esta nuestra máquina humana, tan temeraria, impetuosa y presumida en las breves horas que le asiste la juventud, si por acaso le presta sus alas la fortuna.

La pared que da al norte sólo tiene de particular el que linda con el muro de la iglesia y que en aquel lado del salon-mirador hay una pequeña y preciosa fuente por el estilo de las que adornan los paseos públicos ó los jardines de los palacios.

Esta fuente tendrá unas dos varas y media de altura, y se compone de un pilar redondo, del centro del cual sale un recio fuste ó árbol, que luégo se convierte en un gracioso grupo de niños, muy bien esculpido, todo ello de una sola pieza, de una piedra bastante parecida al

mármol, aunque de la especie granítica. El grupo de niños sostiene una taza redonda, de la cual fluye por cuatro caños un agua cristalina y sumamente celebrada por sus virtudes higiénicas. — El Emperador no bebia otra, y nosotros la probamos tambien, aunque llevábamos á bordo un vino de primer órden.

Porque debemos advertir que miéntras llegaba ó no llegaba el señor Administrador, nos permitimos desplegar las provisiones que habiamos sacado del Baldío y almorzar como unos... jerónimos, haciendo mesa del poyo de piedra en que se encaramaba el Emperador para montar en la jaquilla ó en la mula.

En cuanto á la referida fuente, consta del libro de Fray Luis de Santa María (que despues leimos) que se la regaló á Cárlos V el ilustre Ayuntamiento de la ciudad de Plasencia.

Vamos á la cuarta pared. En ella está la puerta de entrada al palacio, y á su lado existe hoy un banco muy viejo de madera (en el mismo lugar que habia ántes un asiento de piedra), sobre el cual se lee la siguiente inscripcion, pintada en la pared en caractéres del siglo XVI, muchas veces retocados:

«*Su Mag.ª El Emper.or D. Cárlos*
Quinto nro. Señor en este lugar
estaua asentado quando le dió
l mal á los treynta y uno
de Agosto á las quatro de la
tarde.—Fallesció á los Veinte
y uno de Septiembre á las dos
y media de la mañana. Año
del S.or
de 1558.»

El *mal* á que alude la precedente inscripcion, consistió en que, habiendo comido al sol Cárlos V, en aquel propio salon-mirador, sintióse acometido de frio, no bien dejó la mesa, y luégo le entró calentura. — «Pónenos en cuidado (escribia dos dias despues su mayordomo Luis Quijada á Juan Vazquez de Molina) (1), porque há años que á S. M. no le ha acudido calentura con frio sin accidente de gota. El frio casi lo tuvo delante de mí todo, mas no fué grande, puesto que tembló algun tanto: duró casi tres horas la calentura: no es mucha, aunque en todo me remito al doctor, que escribirá más largo.—Yo temo que este accidente sobrevino de comer antier en un terrado cubierto, y hacía sol, y reverberaba allí mucho, y estuvo en él hasta las cuatro de la tarde, y de allí se levantó con un poco dolor de cabeza y aquella noche durmió mal.»

Esta carta es de 1.º de Setiembre.—Por consiguiente, la inscripcion preinserta está equivocada, y donde dice 31 de Agosto debe leerse 30 de Agosto.

Sobre ella se ven las armas imperiales, pintadas en la pared; obra, sin duda, del mismo autor de aquella leyenda conmemorativa.

Con lo cual terminan todas las cosas que hay que notar en el salon-mirador ó vestíbulo del humilde palacio de Yuste.

*
* *

Entramos, pues, en el palacio.

---

(1) Archivo de Simáncas, Estado, leg. núm. 128. — Esta cita es del historiador D. Modesto Lafuente.

Ya he dicho que se compone de cuatro grandes celdas, situadas dos á cada lado de un pasillo ó galería que atraviesa el edificio de oeste á este, y al cual dan las puertas de las cuatro.

Las dos celdas de la izquierda, entrando, estaban destinadas la una á *Recibo* y la otra á *Dormitorio*, y se comunican entre sí. Las dos de la derecha, que tambien tienen comunicacion interior, eran el *Comedor* y la *Cocina.*

Y á esto se reducia el alojamiento del César.

Su servidumbre, compuesta de sesenta personas, habitaba el piso bajo y várias dependencias del convento, residiendo en Quacos los empleados que no tenian que asistir contínuamente á S. M.

Actualmente no hay un solo mueble en ninguna de dichas cuatro celdas; y como, por otra parte, carecieron siempre de toda ornamentacion arquitectónica, siendo sus paredes lisas y estando blanqueadas con cal á la antigua española, la revista que nosotros les pasamos cuando estuvimos allí hubiera sido muy breve, si los recuerdos históricos y las consideraciones de una mansa y cristiana filosofía no hubieran clavado nuestros piés en cada aposento, reteniéndonos con tal fuerza, que nos habria anochecido en cualquiera de ellos á no temer abusar de la paciencia de nuestros amables *ciceroni.*

Nuestra visita principió por el *Recibo*, donde sólo habia que ver una enorme chimenea, digna de competir con las llamadas de campana; tan grandes eran su tragante y su fogon. Entre la puerta de entrada, la de comunicacion con el *Dormitorio*, la reja que da paso á la luz del

salon-mirador y otra puertecilla de que hablaré luégo, no quedaba más que un puesto resguardado del aire, ó sea un único *rincon* que ocupar cerca de la chimenea. No nos podiamos, pues, equivocar respecto de cuál sería el sitio que ocuparia el Emperador en aquella sala, durante la estacion del invierno, cuando iban á visitarlo San Francisco de Borja, el Conde de Oropesa, el Arzobispo de Toledo y otros antiguos amigos suyos.

Pero no seguirémos adelante sin haceros una advertencia.

Si nosotros nos hubiéramos propuesto referiros la *Vida de Cárlos V en Yuste* (escrita ya con gran minuciosidad y conciencia en un notable capítulo y un apéndice muy curioso de la *Historia de España* de D. Modesto Lafuente), podríamos enumerar aquí, sin más trabajo que copiar algunos documentos del Archivo de Simáncas, insertos en la obra de aquel historiador, los muebles, los cuadros, las alhajas y hasta las ropas que tenía el Emperador en su retiro, así como sus hábitos, entretenimientos y conversaciones; pero no siendo, ni pudiendo ser, tal nuestro propósito, sino meramente fotografiar, por decirlo así, el estado actual del Monasterio, nos limitamos á remitiros á la obra mencionada, y á preveniros que no deis crédito á lo que otros historiadores cuentan acerca de los actos del Emperador en Yuste.

Desconfiad, sobre todo, de las excelentes obras de Fray Prudencio Sandoval y de M. Robertson, quienes, en esta parte privada de sus célebres historias, fueron sin duda mal informados ó fantasearon á medida de su deseo.—Así lo demuestra el Sr. Lafuente con irrebati-

bles razones y documentos originales de primera fuerza. — Es falso, por ejemplo, que Cárlos hiciese sus exequias en vida; falso que estuviese sujeto á la misma regla que los frailes de la casa; falso que se flagelase hasta teñir de sangre las disciplinas; falso que no se ocupára de las cosas políticas de España y del resto de Europa, y falso que se dedicase á la construccion de juguetes automáticos y otras puerilidades con su relojero de cámara el famoso mecánico Juanelo Turriano. — Leed á Lafuente, repetimos, y allí veréis, auténticamente probado, que Cárlos V, en Yuste, fué el mismo hombre de siempre, con sus cualidades y sus defectos, y con la sabida originalidad de su carácter festivo y grave á un propio tiempo, dominante, vehemente, voluntarioso, y á la par llano y sencillo como el de Julio César.

Con que, sigamos nuestra exploracion. . .

Hemos dicho que en la sala de *Recibo* hay una puertecilla. Ella conduce á un diminuto é irregular aposento, que es aquel *retrete* ó gabinetillo, de que ya hemos hablado, en que *apénas cabe una cama*, y donde durmió Felipe II la última vez que estuvo en Yuste, en señal de respeto... ó miedo, á las habitaciones que habian sido de su difunto padre. — ¡Curioso fuera saber lo que pensó allí el hombre del Escorial durante las dos noches que pasó, como quien dice, emparedado cerca de la cámara mortuoria de Cárlos de Gante! — Pero la historia ignora siempre las mejores cosas.

Del *Recibo* volvimos á salir al pasillo ó galería, dejando para lo último la visita al *Dormitorio*, y pasamos al *Comedor* del más comilon de los emperadores habi-

dos y por haber..., excepcion hecha de algunos emperadores romanos.

Cárlos V era más flamenco que español, sobre todo en la mesa. Maravilla leer (pues todo consta) el ingenio, verdaderamente propio de un gran jefe de Estado Mayor militar, con que resolvia la gran cuestion de vituallas, proporcionándose en aquella soledad de Yuste los más raros y exóticos manjares. Sus cartas y las de sus servidores están llenas de instrucciones, quejas y demandas, en virtud de las cuales nunca faltaban en la despensa y cueva de aquel modesto palacio los pescados de todos los mares, las aves más renombradas de Europa, las carnes, frutos y conservas de todo el universo. Con decir que comia ostras frescas en el centro de España, cuando en España no habia ni siquiera caminos carreteros, bastará para comprender las artes de que se valdria á fin de hacer llegar en buen estado á la sierra de Jaranda sus alimentos favoritos.

Pero nos metemos sin querer en honduras pasadas, olvidando que aquí no se trata sino de lo presente. Pues bien : en el *Comedor* sólo hay de notable otra chimenea como la susodicha; un gran balcon-cierre ó tribuna volada, que da á la huerta y mira al mediodía, donde el viejo Emperador tomaba en el invierno los últimos rayos del sol de sus victorias... ; y una puerta de comunicacion con la *Cocina.*

La *Cocina* es digna del imperial gloton, propia de un convento de Jerónimos, y adecuada á los grandes frios que reinan en aquel país durante el rigor del invierno. En torno del monumental fogon, que ocupa casi la mi-

tad de aquel vasto aposento, podrian calentarse simultáneamente con holgura los sesenta servidores de S. M. En cuanto á las hornillas, infundirian verdadera veneracion cuando estaban en ejercicio, así como hoy su yerta desnudez y arrumbamiento infunden melancólicas reflexiones.

Pero estas reflexiones nos llevan como por la mano al *Dormitorio* del Emperador, ó sea á su cámara mortuoria.

Es una pieza del mismo tamaño que las tres mencionadas, con otra enorme chimenea. Una alta reja le da luz por la parte de levante, y tiene ademas tres puertas, de las cuales una da á la iglesia, otra al *Recibo* y otra á la galería.

No cabe ni puede caber duda respecto del sitio que ocupaba el lecho de S. M. y en que lanzó el último suspiro, puesto que lo indica matemáticamente la puerta de comunicacion con la iglesia, que se abrió frente por frente á la cama del César, á fin de que, acostado y todo, pudiese ver el altar mayor y oir misa cuando sus achaques le impedian dejar el lecho. Rasgóse, pues, dicha puerta, *oblícuamente*, sobre el recio muro del templo, en el ángulo opuesto á aquel en que dormia y habia de morir Cárlos V, y rasgada sigue, y desde ella se determina fijamente tan histórico paraje.

A mayor abundamiento, en aquel rincon del *Dormitorio* hay un cuadro que representa á San Jerónimo viendo llegar á Cárlos V á la gloria eterna y arrodillarse á los piés de la Santísima Trinidad. —Debajo de este cuadro se ve un tarjeton dorado que dice lo siguiente:

«S. A. R. el infante duque de Montpensier regaló al Monasterio de Yuste este cuadro, sacado del original que á la muerte del emperador Cárlos V, su glorioso abuelo, se hallaba á la cabecera de su cama» (1).

Decir los pensamientos que acudieron á nuestra mente en aquel sitio, donde espiró, en hora ignorada por algunos dias, léjos del mundo y de su propia familia, el que tantas veces desafió la muerte á la faz del universo en los campos de batalla, fuera traducir pálidamente lo que el lector se imaginará sin esfuerzo alguno.

Hacémosle, pues, gracia de nuestras reflexiones, y le invitamos á que nos siga á la *iglesia* y á las *ruinas del convento*, donde todo hablará aún más alto y más claro á nuestra humana melancolía el severo lenguaje de aquellas verdades eternas : *Verumtamen, universa vanitas... Verumtamen, in imagine pertransit homo.*

IV.

La *iglesia* del convento de Yuste consiste en una sola nave gótica, larga y altísima, digna de una catedral de primer órden. Esta nave se conserva íntegra; segun una tradicion, porque los incendiarios franceses de 1809 procuraron que el fuego no llegase á ella; segun otra tradicion, porque no habia en todo aquel edificio madera alguna en que pudiesen prender las llamas.

---

(1) La ocasion de este regalo fué la visita que aquel ilustrado príncipe hizo al Monasterio hace diez ó doce años.

Sin embargo, sus bóvedas ojivales amenazaban desplomarse cuando compró el Monasterio el Sr. Marqués de Miravel; por lo que éste procedió inmediatamente á repararlas.—Así lo indica la siguiente modestísima inscripcion, que se lee en el testero posterior del coro:

Estando estas bóvedas en ruinas, se construyeron por José Campal, año de 1860.

Pero dirá el lector: ¿quién es *José Campal?* ¿Son éstos el nombre y el apellido del espléndido Marqués que costeó la obra, ó los de algun insigne arquitecto, émulo de la gloria de los Brunelleschi y Miguel Ángel?

Ni lo uno ni lo otro.

José Campal es un humilde albañil de Jarandilla, que se atrevió á acometer tan árdua empresa y la llevó á feliz término, cuando maestros llevados de Madrid con tal propósito la habian considerado irrealizable.—Admirado entónces el Marqués del arrojo y la inteligencia de Campal, mandó poner dicha inscripcion en el coro.

La nave de la iglesia y sus altares están hoy completamente desnudos de todo cuadro, de toda imágen, de toda señal de culto. Los únicos accidentes que interrumpen la escueta monotonía de aquellos blanqueados muros son las armas imperiales que campean allá arriba, en el centro del embovedado, y un negro ataud depositado á una gran altura, en un nicho ú hornacina de la pared de la derecha.

Este ataud es de madera de castaño y estuvo forrado de terciopelo negro. Hoy no contiene nada; pero en un tiempo contuvo otra caja de plomo, dentro de la cual fué depositado el cadáver del Emperador.

«Púsose el cuerpo del Emperador (dice la historia) en una caja de plomo, la cual se encerró en otra de madera de castaño, forrada de terciopelo negro. Hiciéronsele solemnes exequias por tres dias, celebrando el arzobispo de Toledo Fr. Bartolomé de Carranza, á quien sirvieron de ministros el confesor del Emperador Fr. Juan Regla y el prior Fr. Martin de Angulo, y predicando sucesivamente el padre Villalva y los priores de Granada y Santa Engracia de Zaragoza.

»Una de las cláusulas del codicilo de Cárlos V era que se le enterrára debajo del altar mayor del Monasterio, quedando fuera del ara la mitad del cuerpo, del pecho á la cabeza, en el sitio que pisaba el sacerdote al decir la misa, de manera que pusiese los piés sobre él. Para cumplir del modo posible este mandato, se derribó el altar mayor y se sacó hácia fuera con objeto de depositar detras de él el cadáver, pues debajo no podia estar por ser lugar exclusivo de los Santos que la Iglesia tiene canonizados» (1).

A consecuencia de esta reforma, el altar mayor quedó en la extraña disposicion que hoy se advierte; esto es, sumamente estrecho de presbiterio y muy alto en proporcion del escaso desarrollo de su escalinata, cuyos peldaños son tan pinos que es dificultoso subirlos ó bajarlos.

Fué, pues, depositado el cadáver del César dentro de las dos cajas mencionadas, detras del retablo de Yuste,

(1) El padre Sigüenza, *Hist. de la Orden de San Jerónimo.*

hasta que quince años y medio despues, el 4 de Febrero de 1574, verificóse su traslacion al Escorial, en la caja de plomo, revestida de otra nueva que se construyó al intento, quedando en la bóveda de Yuste, como recuerdo, la caja de castaño. Pero, como todos los viajeros que visitaban el Monasterio hubiesen dado en la flor de cortar pedazos de este ataud, á fin de llevárselos como reliquias históricas, el Marqués de Miravèl dispuso colocarlo en el inaccesible nicho que hoy ocupa, y desde donde produce el efecto más terrible y fantástico en el ánimo de quien visita aquel desmantelado templo.

*
* *

Dijimos más atras que el sueño de Cárlos V ha sido turbado tambien en el Monasterio del Escorial, y que nosotros mismos no hemos sabido defendernos de la tentacion de asistir á una de las sacrílegas exhibiciones que se han hecho de su momia en estos últimos años...

Cometimos esta impiedad, ó cuando ménos esta irreverencia, en Setiembre de 1872, pocos meses ántes de ir á Yuste. Nos encontrábamos en el fúnebre Real Sitio, descansando del calor y las fatigas de Madrid, cuando una mañana supimos que habia pública exposicion del cadáver del César, á peticion de las bellas damas madrileñas que estaban allí de veraneo.—Era ya la vigésima de estas exposiciones, desde que las inauguró cierto famoso prohombre de la situacion revolucionaria creada en 1868.—Nosotros (lo repetimos) no tuvimos suficiente valor para rehusarnos la feroz complacencia de aquella profanacion.

Acudimos, pues, al panteon de los Reyes de España, á la hora de la cita. ¿Y qué vimos allí? ¿Qué vieron las tímidas jóvenes y los atolondrados niños y los zafios mozuelos que nos precedieron ó siguieron en tan espantoso atentado?—Vieron, y vimos nosotros, la tumba de Cárlos V abierta, y delante de ellos, sobre un andamio construido *ad hoc*, un ataud cuya tapa consistia en un cristal de todo el tamaño de la caja.

En las primeras *exposiciones* no habia tal cristal, ó si lo habia, se levantaba, de cuyas resultas no faltó quien pusiese su mano sobre la renegrida faz del cadáver...

A traves del cristal se veia la corpulenta y recia momia del nieto de los Reyes Católicos, de la cabeza á los piés, completamente desnuda, perfectamente conservada, un poco enjuta, es cierto, pero acusando todas las formas, de tal manera que, áun sin saber que eran los despojos mortales de Cárlos V, hubiéralos reconocido cualquiera que conociese los retratos que de él hicieron Ticiano y Pantoja.

La especial contextura de aquel infatigable guerrero; su alta y amplísima cavidad torácica; sus anchos y elevados hombros; sus cargadas espaldas; su cráneo característico; su ángulo facial, típico en la casa de Austria; la depresion de la boca; la prominencia de la barba por el descompasado avance de las mandíbulas, todo se apreciaba exactamente, y no en esqueleto, sino vestido de carne, y cubierto de una piel cenicienta, ó más bien parda, en que áun se mantenian algunos raros pelos de pestañas, barbas y cejas y del siempre atusado cabello...

Era, sí, el mismo emperador. ¡Parecia su estatua vaciada en bronce y roida por los siglos, como las que aparecen entre las cenizas de Pompeya!

No infundia asco ni fúnebre pavor, sino veneracion y respeto.

Lo que infundia pavor y asco era nuestra impía ferocidad, era nuestra desventurada época, era aquella escena repugnante, era aquel sacrílego recreo, era la risa imbécil ó el estúpido comentario de tal ó cual señorita ó mancebo, que escogia aquella ocasion para aventurar un conato de chiste...

¡Siquiera nosotros (dicho sea en nuestro descargo) callábamos y padeciamos, sintiendo al par, y en igual medida, reverencia hácia lo que veiamos y remordimientos por verlo! ¡Siquiera nosotros teníamos conciencia de nuestro pecado!

***

De nuestra visita á las ruinas de los claustros de Yuste guardamos recuerdos indelebles.

La naturaleza se ha encargado de hermosear aquel teatro de desolacion. Los trozos de columnas y las piedras de los arcos, que yacen sobre el suelo de los que fueron patios y crujías, vense vestidos de lujosa hiedra. El agua, ya sin destino, de las antiguas fuentes suena debajo de los escombros, como un enterrado vivo que se queja en demanda de socorro, ó como recordando y llamando á los frailes para que reedifiquen aquel claustro monumental. Y por todas partes, entre la hiedra y el musgo, ó entre las flores silvestres y las altas matas con

que adornaba Mayo aquellos montones de labrados mármoles, veiamos los escudos de armas de la casa de Oropesa, esculpidos en las piedras que sirvieron de claves ó de capiteles á las arcadas hoy derruidas.

Las cuatro paredes del *refectorio* siguen de pié; pero el techo, que se hundió de resultas del incendio, ha formado una alta masa de escombros dentro de aquella larga estancia. Hoy se ocupan, me parece, de sacar aquel cascajo, y ya van apareciendo los alicatados de azulejos que revestian el zócalo de los muros.

El *convento de novicios* subsiste, aunque en muy mal estado.—Allí, como hemos dicho, vivieron los últimos frailes desde la catástrofe del edificio, ocurrida en 1809, hasta la catástrofe definitiva de la comunidad, ocurrida en 1835.

Nosotros penetramos en algunas celdas. Reinaba en ellas la misma muda soledad que en las del palacio de Cárlos V. Ni gente, ni muebles quedaban allí. Las desnudas paredes hablaban, sin embargo, el patético lenguaje de la orfandad y de la viudez.

Aquello era más melancólico que las ruinas del otro gran convento hacinadas entre la hiedra.

Una celda habitable y deshabitada representa, en efecto, algo más funesto y pavoroso que la destruccion. Los pedazos de mármol que acabábamos de ver parecian tumbas cerradas: las celdas del noviciado parecian lechos mortuorios de donde acababan de sacar los cadáveres, ó ataudes vacíos, como aquel de Cárlos V que habia visto en la iglesia del convento.

Sí; todo vacío, todo espoliado, todo saqueado... De

esta manera se nos aparecia aquella mañana cuanto contemplábamos, cuánto recordábamos, cuanto acudia á nuestra imaginacion por asociacion de ideas.

En Yuste... una tumba vacía, de donde habia sido sacado Cárlos V.—En el Escorial... otra tumba vacía, de donde tambien se le habia desalojado... Y si se nos ocurria la fantástica ilusion de que la exhumada y escarnecida momia del César, avergonzada de su pública desnudez, pudiese salvar el Guadarrama, en medio de las sombras de la noche, para ir á buscar á Yuste su primitiva sepultura, considerábamos temblando que tampoco encontraria en su sitio el ataud de madera, sino que lo veria encaramado en aquella inaccesible hornacina de un Santo, probablemente derribado á pedradas por los antiguos liberales de la Vera de Plasencia...

¡Y todo así! ¡Todo así!—Donde quiera que el atribulado espectro imperial tornase la vista encontraria la misma dislocacion, el mismo trastorno, la propia devastacion y miseria, como si el mundo hubiese llegado al dia del juicio final.

Ya no habia Monasterio de Yuste; ya no habia en España comunidades religiosas; ya no habia monarquía; ¡casi ya no habia patria!

Los tiempos del cataclismo habian llegado, y, sobre las ruinas de la obra de Fernando y de Isabel I, oíanse precisamente aquellos dias (los primeros dias de Mayo de este primer año de la República), así en Extremadura como en toda la Península española, gritos de muerte contra la unidad nacional, contra la propiedad, contra la autoridad, contra la familia, contra todo culto á

Dios, contra la sociedad humana en fin, tal como la habian constituido los afanes de cien generaciones.

Illic sedimus et flevimus, como los hebreos junto á los rios de Babilonia.

*
* *

Desde el convento nos dirigimos á una ermitilla, llamada de *Belen*, que dista de él medio kilómetro, y á donde solian encaminar los frailes su paseo de invierno, costumbre que adquirió tambien Cárlos V.

El camino de la ermita es una llana y hermosa calle de árboles, con prolongados asientos en que cabia toda la comunidad.

Al principio de este paseo hay un viejísimo cipres, á cuyo pié, y recostado en su tronco, es fama estaba sentado Cárlos V la primera vez que vió en Yuste á su hijo D. Juan de Austria, ya casi mozo, á quien no habia visto hacía ya muchos años.

El hijo de Bárbara Blomberg habia nacido en Ratisbona, donde pasó la infancia con su madre. A la edad de ocho años lo habian traido á España, sin que nadie adivinase su condicion, y vivió primero en Leganés á cargo de un clérigo llamado Bautista Vela y de una cierta Ana Medina, casada con un flamenco llamado Francisco, que vino en la comitiva de Cárlos V la primera vez que visitó estos reinos el nieto de Isabel la Católica. Pero el bastardo imperial hacía en Leganés una vida demasiado villana, confundido con los otros chicos del pueblo, y entónces Luis Quijada, mayordomo del César y el único que sabía quién era aquel niño, se lo llevó á

Villagarcía, de donde era señor, y se lo confió á su mujer, sin revelarle el secreto, por lo que esta ejemplarísima señora llegó á concebir tristes sospechas, que amargaron su vida hasta que, muerto ya el Emperador, hizo pública la verdad el rey D. Felipe II, reconociendo como príncipe y hermano suyo al que habia de ser el primer guerrero de su tiempo.

«Cuando Cárlos V vino á encerrarse en el monasterio de Yuste (dice un historiador) érale presentado muchas veces su hijo en calidad de paje de Luis Quijada, gozando mucho en ver la gentileza que ya mostraba, áun no entrado en la pubertad. Tuvo, no obstante, el Emperador la suficiente entereza para reprimir ó disimular las afectuosas demostraciones de padre, y continuó guardando el secreto...»

En la crónica manuscrita del convento menciona tambien el padre Luis de Santa María la estancia de don Juan de Austria en Yuste, y ademas la tradicion cuenta algunas de sus travesuras de adolescente, como las que referimos al hablar de *Quacos*.

Entre el monasterio y la ermita de *Belen* corre la *Huerta*, que es hermosísima, y en ella se ve el histórico *estanque* que se construyó para que pescára Cárlos V... y para que tuviese tencas á mano, pues gustaba mucho de comerlas...

Por aquí íbamos en nuestra visita á Yuste, cuando principió á encapotarse el cielo. Conocimos que amenazaba una de aquellas tormentas tan formidables en las Sierras de Gredos y de Jaranda, y como teniamos que andar tres leguas para regresar al *Baldío*, y ya no nos

quedaba más que ver, aunque sí mucho que meditar en aquellas ruinas, nos apresuramos á montar á caballo llena el alma de mil confusas ideas, que hemos procurado ir fijando y desenvolviendo en los humildes artículos á que damos aquí remate.

Pero no soltarémos la pluma sin recordar unos versos que nuestro insigne poeta Adelardo Lopez de Ayala pone en boca de D. Rodrigo Calderon, y que nosotros repetimos muchas veces al alejarnos de Yuste:

> Nunca el dueño del mundo Cárlos quinto
> Hubiera reducido su persona
> De una celda al humilde apartamiento,
> Si no hubiera tenido una corona
> Que arrojar á las puertas del convento.

De resultas de lo cual, ó sea de la falta de esa corona, algunos dias despues dejábamos nosotros nuestra pacífica soledad del *Baldío* por la turbulenta villa de Madrid, donde fechamos hoy este relato á 9 de Octubre de 1873.

APÉNDICE.

APÉNDICE.

Terminada aquí la coleccion de AMORES Y AMORÍOS, vamos ahora, para completar tomo, á insertar algunos trabajos dedicados al Sr. Alarcon por tres escritores tan ilustres como D. José Zorrilla, D. Cárlos Rubio y don Antonio de Trueba, en la seguridad de que nuestros lectores se alegrarán de poseer unos escritos que en su mayor parte están perdidos para la literatura patria, por haberse insertado hace mucho tiempo en tal ó cual periódico de los que no viven más que el dia en que ven la luz pública.

Cuando en 1866 el insigne autor de *Don Juan Tenorio* regresó á España, despues de su larguísima estancia en Méjico, el Sr. Alarcon publicó un artículo dándole la bienvenida y recordando á la juventud literaria los grandes títulos del gran poeta, á fin de que le tributára los debidos honores, como se los tributó pródigamente.

Entónces el Sr. Zorrilla, profundamente agradecido, dirigió al Sr. Alarcon la siguiente poesía, que apareció en los periódicos de aquel tiempo :

Á PEDRO ANTONIO DE ALARCON.

¡Dios te bendiga, Alarcon,
por tu carta bienvenida!
Por ella á muerte y á vida
es tuyo mi corazon.
Y aunque una gota de hiel
con el recuerdo tan triste
de quien tanto amé (1), vertiste
al fin de tu carta en él,
No por eso será esquivo
mi corazon para tí,
pues me ayuda el que perdí
á hallar su afecto en tí vivo.
¡Dios haya en la eternidad
recibido su alma buena!
La mia, de su fe llena,
dejó su santa amistad.
Tendamos un santo velo
sobre el mármol que le encierra:
nuestra alma debe la tierra
cruzar vestida de duelo.
Hablemos de hoy, de otra cosa:
tu noble carta al leer
he sentido tal placer,
que en el alma me rebosa.
Hablas de mí de tal modo,
que si de mí piensa hoy

(1) Alude á Pastor Diaz.

como tú mi patria, voy
tal vez á atreverme á todo.
Si de tu carta supieras
cómo obran en mí á estas horas
las palabras tentadoras,
lo que escribes no escribieras.
Nunca tuve otra ambicion
que ser en mi patria amado:
si engañarme has intentado...
¡Dios te perdone, Alarcon!
¿Sabes tú lo que es tener
entre tí y España el mar,
y á que se seque esperar
á España para volver?
¡Pues once años pasé así!
bienquisto, tal vez amado,
sí: pero desesperado
de volver nunca, ¡ay de mí!
Tenía oro y no podia
pagar jamas mi pasaje,
y á la eternidad el viaje
tener que emprender temia.
¡Han sido once años de afan!
aunque me los ha endulzado
el pueblo que me ha hospedado,
conmigo siempre galan.
¿Concibes, buen, Alarcon,
cuando tu carta he leido,
lo que sentir he debido
en mi español corazon?

—

Dios me tuvo en tierra ajena
once años encadenado,
y hubiera muerto expatriado
si él no rompe mi cadena.
Yo creo en Dios: sí, en verdad:
humillé ante él mi cabeza,
y aguardé con entereza
la muerte ó la libertad;
Y atado de piés y manos,
de la calumnia y la envidia
sentí herirme con perfidia
los aguijones villanos.
¡Y no eran, Pedro, de allí
los que allí á traicion me herian!
¡Pedro, los dardos venian
envenenados de aquí!
Mas mi fe en Dios es completa;
cristiano soy, y prefiero
la lealtad del caballero
á la fama del poeta.
Yo nunca he sabido odiar;
quienes me ultrajaron sé,
pero sus nombres eché
con sus ultrajes al mar.
Dios me otorgó su perdon;
y mi cadena al romper,
me mandó á España volver
sin ira en el corazon.
No me hará un triunfo arrogante:
si alguno un guante me arroja,
le ruego que le recoja
sin que yo se le levante.

Creíme olvidado aquí,
aunque en Dios siempre fié:
mas da harto premio á mi fe,
si áun os acordais de mí.
Dices muy bien, Alarcon;
sólo español y cristiano,
fuí siempre; buen castellano,
el cantor de mi nacion.
Nunca opinion he tenido,
ni política mancilla:
sólo á la prez de Castilla
mirado hé por donde he ido.
Si mi nacion me lo estima,
¡benditos sean de Dios
los duelos que llevé en pos,
los años que traigo encima!

—

Perdona estas digresiones
á que me impulsó tu carta;
y ántes que á Madrid me parta,
lee mis últimas razones.
Traigo un voto que cumplir;
deja que, ántes de cantar,
diga á Dios ante el altar
lo que debo á Dios decir.
Deja que un momento en calma
con Dios mis deberes llene:
aguarda á que Dios serene
la tempestad de mi alma.

—

Supongo que no imaginas
que ansío palmas ni honores:

yo viví sembrando flores,
y en todas sé que hay espinas.
Yo vengo ansioso á beber
la luz y el aire natal,
al anahuac imperial
por si tengo que volver.
Yo amo aquella infeliz tierra:
¡quién algo del corazon
no deja en una prision
que por once años le encierra!
Mi palabra allí empeñé;
y aunque en extranjero hogar
allí tenga que espirar,
mi palabra cumpliré.
Si á quien mi palabra di
rico y feliz fuera, yo
se la pidiera, pues no
necesitará de mí;
Mas como se puede hallar
solo, á la merced de Dios,
no he de ser yo de los dos
quien al otro ha de dejar.
Á él mi palabra me liga:
si él de ella no me desata,
ó Dios ántes no me mata,
mi fe á cumplirla me obliga.

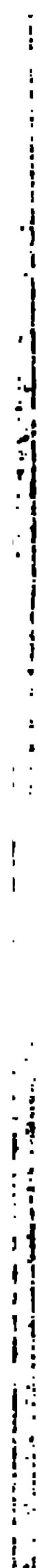
Pues debo á la córte ir
y en ella te debo ver,
cuándo y cómo debe ser
te debo á un tiempo advertir.
Aun traigo unas trovas viejas

que cantar en mi arpa rota,
y traigo una que otra nota
sobre cuentos y consejas;
  Y áun traigo algo que decir,
pues que mi oficio es hablar,
y algo traigo que contar,
si me lo quieren oir.
  Mas como (si gran fortuna
no) tuve en Castilla casa,
voy ántes á ver qué pasa
por la casa en que hube cuna;
  Así que, ántes que á Madrid,
tengo que ir á investigar
si me guardan un hogar
Búrgos ó Valladolid.

  Despues... si deseas flores
derramar ante mis huellas,
sea: yo sabré con ellas
una guirnalda trenzar;
Y á estilo de mis mayores,
en un templo, de fe en prenda,
haré de ella á Dios ofrenda
ántes de hacerme á la mar.

J. Zorrilla.

19 de Agosto de 1866.



Un año despues el Sr. Zorrilla publicaba su libro titulado *El Drama del alma: Algo sobre Méjico y Maximiliano*, y se lo dedicaba al Sr. Alarcon, por medio de los versos y de la carta que van á continuacion y que figuran al frente de dicho libro:

A D. PEDRO ANTONIO DE ALARCON,

EL POETA.

Pedro, tu voz leal fué la primera
que me dió al regresar la bienvenida;
fué luégo tu amistad mi consejera,
y hoy á España mi alma agradecida
su triste voz al dirigir, espera
nuevo favor de tu amistad cumplida:
que de la España actual la puerta me abras,
que lleves tú la voz en mis palabras.

Mi juicio de poeta y de cristiano
de tu amistad al juicio se sujeta;
si al hablar del que fué Maximiliano
mi frase parecer puede indiscreta,
dala tú discreccion: mi intento es sano;

de la fe del cristiano y del poeta
yo la llave te doy: si álguien la tuerce,
sé juez entre mi fe y el que la fuerce.

Tras voluntario y singular destierro,
me es nuestra sociedad mal conocida:
vuelvo... como despues de un largo entierro
volveria un cadáver á la vida.
Guíame tú: corrígeme si yerro:
levántame si doy una caida;
tú bien, aunque de há poco, me conoces;
explica mis ideas y mis voces.

De este drama fatal voy á la escena
á hacerte descender: es una historia,
no de altos hechos, de amarguras llena.
De sus fastos históricos memoria
otras plumas harán, tarea ajena
de la mia, no aspiro á tanta gloria:
del muerto Emperador, si Dios me auxilia,
voy á hablar, y de Méjico, en familia.

Fe de mi religion, tu sentimiento
infunde á mi relato: Madre santa
del Cristo, tú que ves mi buen intento
de mi fe al par mi inspiracion levanta:
voz de mi juventud, vuelve tu aliento
y vigor juvenil á mi garganta;
y útil sea á mi pueblo castellano
mi adhesion al que fué Maximiliano.

COMENTARIO DEL LOCO.

Mi querido Pedro: los versos que anteceden y los que van á seguir á esta prosa, serán probablemente música celestial para la mayor parte de los lectores de esta sociedad positivista y calculadora, para la cual nos toca escribir. Me dicen que ya los versos no son letras que corren en el mercado de nuestra patria; y así debe de ser, pues los veo impresos como prosa en los periódicos; y me parecen así estudiantes que, escapados de su casa para ir á un baile de máscaras, pasan con miedo por la calle en que viven sus padres, disfrazados ya bajo un dominó negro; y así pasan los versos por entre las columnas del periódico, bajo las largas líneas negras que les disfrazan.

Por eso yo, que soy el espíritu loco condenado por Dios á hacer el viaje de esta vida en compañía del autor de estos versos; que he ido con él á Méjico y que he visto como él lo que allí pasa, pero de muy diverso modo y á muy diferente luz de como él lo ha visto, he resuelto anotar y comentar esta poesía suya con unos parrafitos de prosa mia; esto es, voy, como si dijéramos, á desleir el azúcar rosado de su poesía, en el agua un sí es no es amarga de mis notas y comentarios.

El poeta no ha visto en Méjico, á la templada luz de su siempre sereno cielo, más que sus nunca marchitos paisajes, sus nunca turbias lagunas, sus siempre flori-

das campiñas, sus productivas haciendas tapizadas de dulces cañas, abanicadas por ondulantes platanares, arrulladas por maizales sonoros y rayadas por las losangeadas melgas de los magueyales, como la piel de los tigres y de las cebras.

El poeta ha visto el risueño valle de la mesa central de Méjico, el más elevado del Nuevo Mundo, como un valioso chal de Cachemira, prendido por sus puntas en las crestas volcánicas de la Sierra-Madre, y tendido por Dios sobre aquella tierra, bajo el fanal de su atmósfera tibia y perfumada, como una muestra de las obras que salen no más de sus creadoras manos.

El poeta ha visto á los mejicanos con sus trajes nacionales cargados de alamares y botonaduras de plata y oro, sus anchos sombreros profusamente galoneádos y festonados, sus abigarrados zarapes, sus ligeros caballos paramentados de morisca guadamacilería pasamaneada de oro y sedas; ha visto á las mejicanas con sus *naguas* de cien colores, sus mal encubridores rebozos, sus ceñidores de seda cuyos flecos ondulan en torno de sus cimbradores talles, sus piés enanos calzados de raso blanco, sus grandes ojos de mirar dulce como los de las gacelas y su andar gallardo como el de los antílopes; y seducido y deslumbrado el pobre poeta por las inflexiones musicales de su cariñoso acento, por las extrañas y entrañables frases de su atractiva conversacion, y por las pintorescas imágenes con que expresan en ellas sus pensamientos, les ha tomado á *ellos* y á *ellas* por abejas prolíficas y susurradoras y por esmaltadas mariposas, revoloteando entre las flores de aquel jardin, que plugo

á Dios señalarles para su habitacion sobre la tierra.

En resúmen: el poeta no ha visto de Méjico más que lo que Dios puso en él; esto es, la luz, la vida, la hermosura, la fecundidad, la poesía, en fin, de la creacion.

Yo, empero, que miéntras él se perdia en espíritu por los espacios imaginarios de su poesía, me he paseado prosaicamente á pié por sus mal empedradas ciudades, he vagado por sus mal guardados caminos, me he alojado en sus aisladas haciendas y he tropezado con los *mañosos* de sus encrucijadas y los *pronunciados* de todos colores; yo, que he dado la mano, he llamado *compadritos* y he tenido que hacer lugar en la mesa á los que unos llamaban *jefes* porque tenian subalternos, y otros *bandidos* porque andaban en bandas; yo, que me he tuteado caminando mano á mano con algunos, que murieron despues honradamente colgados de un nopal á la vera del camino, casi en olor de santidad; pero ¡ay! olvidados ingratamente por cuantos les conocimos, por temor de ser llamados á dar en su canonizacion testimonio de sus virtudes; yo, en fin, que he vivido allí observando todas las cosas y metiéndome por todas partes, como loco que soy, sin hogar propio, sin oficio ni beneficio, sin opinion política, sin interès mercantil y esperando sólo que Dios rompiera—la cadena que me impedia volver á Europa, te voy á decir de Méjico, mi querido Pedro, lo que no te dirán los profundos diplomáticos ni los grandes hombres de Estado, que toman los grandes negocios de las naciones desde una olímpica elevacion y les tratan desde ella con una entonacion homérica; y las naciones, agradecidas, pagan con su sangre y

con su dinero sus sábias combinaciones y sus luminosos discursos.

Yo no pico tan alto, Pedro amigo. Yo voy á darte solamente detalles caseros sobre negocios domésticos; voy tan sólo á hablarte de hechos pequeños, de rumores vulgares desdeñados casi siempre por los hombres de Estado y los diplomáticos, y casi nunca bien apreciados por los grandes historiadores; voy á decirte *algo* no más de Méjico y sus cosas, haciéndote sobre ellas observaciones locas y deduciendo de éstas extravagantes consecuencias, cuya misma excentricidad te podrá acaso servir para dar con las causas mínimas de graves acontecimientos, que buscarán los grandes políticos en más elevadas regiones.

Tal vez estás pensando al leer éste que mis comentarios van á estar escritos en un tono informal, ajeno de la formalidad de mi asunto; pero te responderé á esta justa observacion tuya con una confidencia mia, la cual, siendo una de las cosas extravagantes que te decia que habria en èste libro, no será seguramente creida por Thiers, Fabre, Forey y demas hombres graves que se han ocupado y se ocuparán de esta cuestion; y es que Méjico es un país de broma, á pesar de todas las atrocidades que allí pasan, y que no pasan de bromas pesadas.

Yo te probaré esto en este librejo, mi buen Pedro, y te diré cómo el noble Maximiliano, que tomó lealmente por lo serio á Méjico, que es un país de broma como te digo, llegó primero llamado, buscado, deslumbrado y adulado; despues engañado, calumniado, estafado, menospreciado, y, por fin, vendido al sitio de Querétaro, en donde fué fusilado en medio de la broma, con la cual hi-

cieron, probablemente, los juaristas de su muerte, innecesaria, una parodia del acto último de Lucrecia Borja.

Y llamo innecesaria á la muerte del Emperador, porque realmente era inútil; no habiendo sido el imperio más que un cadáver galvanizado, cuya existencia ficticia fué solamente sostenida por la caballerosidad de Maximiliano, incapaz de transigir con nada que creyera que empañaba su honor de caballero ni de cejar un paso en el cumplimiento de lo que él creyó su deber de soberano.

Por lo demas, Maximiliano debió morir en Méjico, y murió en su lugar.

Desde el momento en que se quedó allí, despues de la retirada de los franceses, fué Emperador por su propia cuenta; y arrostrando las consecuencias de su heroica resolucion, probó su lealtad y su buena fe, y nadie puede hoy ya tomarle por un aventurero ambicioso del oro y de la vanidad que trae consigo una corona, puesto que no se dejó quitar la suya sino con la cabeza, sobre la cual otros y no él se la habian colocado. Tambien te probaré esto más adelante.

El libro que vamos á enviarte detras de esta introduccion no tiene, mi querido Pedro, pretensiones políticas, sociales ni literarias de ninguna especie; y hé aquí las razones por las cuales le escribimos, le vamos á dar á la prensa y te le vamos á dedicar.

El poeta autor de sus versos, habiendo residido once años en Méjico por causas que á nadie importan, se cree en la obligacion y con el derecho de decir *algo* sobre aquel país en las circunstancias actuales.

Habiendo sido tratado allí por Maximiliano con una

deferencia y una cordialidad que sobrepujaron en mucho al escaso valor de su representacion personal, tanto en el mundo social como en el literario, el poeta cree deber de su reconocimiento consagrar á la memoria del príncipe que le honró en tierra extranjera unas cuantas páginas dictadas por su corazon y escritas con sus lágrimas.

Habiendo sido recibido en España á su vuelta con flores, versos y aplausos, debe de manifestar su gratitud á su patria y explicar al público en general y á los poetas que le saludaron á su llegada, la razon del silencio casi descortés y del aislamiento al parecer esquivo en que ha permanecido hasta hoy, lo cual espera hacer rápidamente en este escrito.

El poeta y yo, que voy á comentar sus versos para decirte en prosa lo que la poesía no debe descender á decir, te la dedicamos á tí, nuestro buen Pedro, porque habiendo sido tú el primero que nos dió la bienvenida, esperamos de tu amistad que te resignes á ser intérprete de nuestra gratitud á la patria en que nacimos, y á sombra de cuyo pabellon hemos tenido á orgullo vivir en las naciones que nuestra inconstancia ó nuestros pesares nos han hecho visitar.

No te enviarémos, sin embargo, este libro inmediatamente, sino en el trascurso del presente mes de Agosto, porque necesitamos este tiempo para saber á qué atenernos sobre algunos hechos de la última catástrofe de Méjico; los cuales, teniendo que pasar por Nueva-York, gran fábrica de mentiras y gran desfiguradora de verdades, necesitan confirmacion.

Las condiciones de la suscricion á nuestra obrilla las

hallarás en la cubierta de esta introduccion y te las enviarémos por los periódicos por si conoces algunos amigos que se interesen en adquirirla; y deseamos que no sea de tu desagrado, puesto que te la dedicamos como prueba sincera de la estima en que nuestra amistad te tiene.—Vale.

José Zorrilla.

El tantas veces reimpreso artículo del Sr. Alarcon, titulado *La Noche-Buena del poeta*, está dedicado, como recordarán los lectores, al popular autor del *Libro de los cantares*, D. Antonio de Trueba y la Quintana, el cual le correspondió dedicándole la siguiente bellísima poesía:

A PEDRO ANTONIO DE ALARCON.

NOCHE-BUENA.

I.

«Ya viene la Noche-Buena
con su vecina la Pascua:
para unos es Noche-Buena,
para otros es Noche-Mala.»

Sube, sube, campanero,
á la torre de la iglesia,
y repica las campanas,
que esta noche están de fiesta
los ángeles en el cielo
y los hombres en la tierra! —
Los cierzos de Guadarrama
silban en la chimenea,
y la nieve cubre el monte,
y la colina, y la vega,
y hasta en el rojo tejado

de mi casita blanquea;
pero verás cómo pongo
en el hogar otra cepa,
y junto á la cepa un jarro
del tinto de mi bodega,
y entónces, deja que caiga
toda la nieve que quiera,
y que los cierzos helados
silben en la chimenea;
que ni la nieve ni el cierzo
harán en mi cuerpo mella,
sirviéndome de resguardo
y dándome fortaleza
chispas de vino por dentro,
chispas de fuego por fuera,
que vino y fuego esta noche
en los hogares chispean.
Campanero, toma un jarro
del tinto de mi bodega
y bébelo y luégo sube
á la torre de la iglesia,
y tocando las campanas,
hasta que rompas la cuerda,
lanza un *Hossana* bendito
á los cielos y la tierra,
que, campanero del alma,
esta noche es Noche-buena.

II.

Gloriosa Vírgen María,
madre y abogada nuestra:

¡qué alegre el pueblo cristiano
tu alumbramiento celebra!
Ya la paz entre los hombres
de buena voluntad reina,
que el fruto de tus entrañas
es el mensajero de ella.
Esta noche el hijo pródigo,
que por el mundo se fuera,
torna al hogar de sus padres
lleno de amor y obediencia,
y amor y misericordias
en aquel hogar encuentra.
Y esta noche el desterrado
que vaga en lejanas tierras,
ve en su triste corazon
renacer con dobles fuerzas
el santo amor de la patria
que en su corazon muriera,
y á la tierra que maldijo,
la ingratitud viendo en ella,
hoy su bendicion envia
en una oracion envuelta.—

Lo mismo en la humilde choza
que en la morada soberbia,
blancas columnas de humo
hácia los cielos se elevan.

Son el tributo de gracias
que dan á la Providencia
los ahumados hogares
en que la abundancia reina,
que el pobre tiene esta noche
gracia de Dios en su mesa!—

El viento de Guadarrama
que silba en mi chimenea
tráeme los santos cantares
que en todas partes celebran
tu bendito alumbramiento,
gloria de cielos y tierra,
sagrada Vírgen María,
madre y abogada nuestra!
Toca, toca, campanero,
las campanas más apriesa
y sus *hossanas* de gozo
el universo estremezcan,
que se han cumplido los santos
vaticinios del profeta,
que, campanero del alma,
esta noche es Noche-Buena!

III.

Nada me falta en el mundo:
tengo salud, tengo hacienda
y tengo el alma tranquila...
¡Dios mio, bendito seas!
Bebamos, pues, y brindemos
con este sabroso néctar,
como brindaban mis padres,
que Dios en su gloria tenga.
«Porque el Señor nos reuna
»muchas noches como ésta!»
así era el solemne bríndis
de mi padre en Noche-buena,
y así el de la santa madre

que tengo bajo la tierra!
Yo no puedo repetirle,
que la soledad me cerca,
que de padres y de hermanos
sólo el recuerdo me queda,
que unos me robó la muerte
y otros me robó la ausencia!!
¡Padres y hermanos del alma,
quién os viera, quién os viera
junto á este hogar solitario,
donde muero de tristeza!
Parece que os estoy viendo
en derredor de esta mesa:
aquí, á la diestra, mi madre,
mi padre, aquí, á la siniestra,
allí enfrente mis hermanos,
aquí mis hermanas bellas,
y sobre todos, el ángel
del amor y la indulgencia.
Baja, compañero, baja
de la torre de la iglesia,
ó si no el toque de gloria
con toque de muerto alterna,
que esta noche es para mí
la noche de las tristezas,
que esta noche es Noche-Mala,
y esta noche es Noche-Buena.

ANTONIO DE TRUEBA.

Allá por los años de 1854 el malogrado poeta Cárlos Rubio y Pedro Antonio de Alarcon no se conocian, ni de vista, pero se estimaban mucho literariamente.

Llegado el dia de San Cárlos, tuvo noticias Rubio de que Alarcon iba á felicitarle los dias, y miéntras éste se dirigia, efectivamente, á la casa del insigne lírico, penetró él en la del autor del *Final de Norma*, sentóse en frente de su escritorio, cogió su pluma y le improvisó el siguiente artículo, que llamó mucho la atencion pública cuando lo insertaron los periódicos:

MIS DIAS.

I.

Querido Alarcon:

Ante todo te advierto que no quiero, al dirigirme á tí, emplear la palabra *usted*, que me produce el mismo efecto que unas botas viejas, una capa raida, un terciopelo reducido á la trama, ó un esqueleto.

Usted.....

En otros tiempos se decia *vuestra merced*, lo cual pe-

caba contra el sentido comun, porque un hombre no es *una merced* jamas, cuando ménos es un estorbo; pero al fin no pecaba contra las reglas del lenguaje. El tiempo usó la frase; la gastó algunas letras y la redujo á *vuesarced.*

Despues á *usarced.*

Luégo á *uced*,

Y en fin, á *usted*, que es lo más ridículo de todo. Mi lenguaje hoy debe vestirse de limpio, puesto que son mis dias, como despues te diré, y por lo tanto no debe afearse con esa palabra gastada y desgastada.

Te hablaré de tú.

A mí me gusta que me hablen de *tú;* creo que á los demas les debe pasar lo mismo, y que el *usted* se conserva en medio de la animadversion pública, como los sombreros redondos.

Todo el cariño que tengo á los curas viejos proviene de que á todo el mundo llaman de *tú.*

Quien desee granjearse mi simpatía, que me llame de *tú*, aunque sea mi acreedor. ¡Ay de mí, ya ni acreedores tengo! Y eso que se pierden despues de la esperanza! Y sin embargo, el *tú* sería ménos agradable si no existiera el *usted.*

II.

Hoy es San Cárlos, el santo más narigudo, segun dicen, de toda la córte celestial. Yo me llamo Cárlos, y por consiguiente son hoy mis dias.

Son mis dias, ¿y qué?

Una porcion de personas me han felicitado, y maldito si las he comprendido.

Se me felicita porque me llamo Cárlos, como se me podria felicitar porque me llamase Cosme ó Pandolfo.

¿Acaso todos los nombres no están en el calendario?

Pero esta palabra me ha revelado el orígen de las felicitaciones de dias.

Cuando empezaron á imprimirse los calendarios habria, como ahora, muchas personas que serian capaces de suicidarse siendo de vientre de pipa, por ver su nombre en letra de molde.

Estas personas supondrian en las demas el deseo de publicidad que las aquejaba, como yo supongo en los demas mi amor al tú, y felicitarian á sus amigos porque el dia de sus dias veian su nombre impreso en el calendario.

Esta explicacion podrá no ser cierta, pero juro que no tengo ótra.

Hoy son mis dias por vigésimatercia vez...

Esto quiere decir que he vivido veintitres años; ¿qué es ya de esos veintitres años que he vivido, que he poseido, que eran absolutamente mios? ¿Qué queda de las lágrimas que durante ellos han vertido mis ojos, de las dichas de que he disfrutado, de esas tormentas del corazon y de la inteligencia, que no sé si son placeres que hacen padecer, ó dolores que hacen gozar, pero que embriagan, que abisman, que anonadan?.....

¿Qué queda de aquellos juramentos de amor, dulces como una balada alemana; de aquellos besos de voluptuosidad salvaje, ardientes y fantásticos como la llama del ron?

¿Qué de aquellos sueños de gloria, de aquel entusiasmo?.....

¡Ni áun cenizas!

Aun soy muy jóven, y con todo, he visto nacer y morir á muchas personas más jóvenes que yo y que bajaron á la tumba con una porcion de esperanzas.

Algunas de ellas eran el sosten de una familia.

Otras eran su felicidad.

Y ellas han muerto, y á mí me ha respetado el destino, á mí que he sobrevido á todas mis creencias y afecciones.

¿Por qué? ¿para qué?

¿Tendré yo encomendada alguna mision que ignoro?

¿Debo entrar aún en alguna escena importante de esta tragi-comedia que tanto debe hacer reir á la Providencia y que se llama vida?

¿Para qué puede servir una máquina usada é imperfecta como la mia?

Manojo de nervios excitados, sujeto á todas las variaciones del cielo, ahora soy valiente hasta la temeridad, y dentro de una hora seré cobarde hasta la impotencia: ya soy entusiasmable y cándido como una vírgen, ya frio y sarcástico como Mefistófeles. He gastado la vida por el pensamiento, y teniendo la cabeza de viejo y el corazon de niño, mi cabeza se burla contínuamente de mi corazon, le diseca sus afectos, sus emociones, sus creencias, y le arroja despues sus cadáveres mutilados: le analiza á él mismo recorriendo fibra por fibra todas sus partes sensibles, le hace brotar sangre y le empuja sonriendo con insultante piedad cuando el corazon, fatigado, do-

liente, desesperanzado, murmura: «es preciso morir...»

Esta lucha es de todos los dias, de todas las horas.

Es el tormento de Prometeo, en que yo mismo soy la víctima y el verdugo.

Y este dolor constante, interno, que hace labrar la infelicidad de todas las personas á quienes amo, neutraliza mis ambiciones, me roba la fe en el trabajo, me impide hacer nada grande, nada bueno, porque me quita la paciencia.

¿Cómo he de molestarme yo escribiendo para un público que no acepto por juez, que desprecio, y en el cual hay una multitud de hombres á quienes no aceptaria por amigos, ni áun por criados?

Así es que envio á la calle mis escritos como voy yo mismo, desaliñado, roto, sin pensar en el qué dirán, murmurando: — Para quien es padre, bástale madre; para quien es Juanillo, con Periquillo basta.

¿Cómo he descendido hasta este estado? Una fuerza superior á mí parece haberme conducido.

Una educacion sobrado religiosa me predispone á la sensibilidad: las lecturas de los poetas que oigo hacer á mi madre me inician en la religion de la poesía y acaloran mi imaginacion; canto ántes de saber leer, amo ántes de haber perdido la inocencia intelectual. Mi primer amor termina á una edad en que los demas niños no lo han sospechado todavía, por una aventura que me impresiona horriblemente y me lega un remordimiento supersticioso. Mis padecimientos, la soledad en que me encuentro enclaustrado en mi cuarto frio y miserable, con mis libros y mi imaginacion; los libros que la ca-

sualidad trae á mis manos y que matan mi fe; mis amigos despues, el recuerdo de la historia de mi padre, meditada en la soledad, junto á su cadáver; el afan que se apodera de mí de saber leer en el corazon y que me hace revolver el más inmundo cieno social, los terribles dramas desconocidos que en ese estudio encuentro perdidos en la sombra de Madrid, todo contribuye á formar mi alma, todo la gangrena y la pervierte.

Ahora, cuando me juzgo á mí mismo, me doy asco.

¿Para qué puedo, pues, servir en la tierra sino para atormentarme á mí mismo, yo que no entiendo, ó no quiero entender, el lenguaje del mundo, que tengo un sistema moral casi contrario al de los demas hombres, que no abrigo fe ni esperanza en nada, que soy pasta á propósito para todos los vicios y que no soy capaz de ningun trabajo seguido que dure más que una luna?

¿Estaré destinado á algun gran crímen? ¿á algun gran acto de virtud?

Un poco de electricidad desarrollada en la atmósfera que me rodee, puede hacerme lo mismo un criminal que un héroe. ¡Esto es muy halagüeño!

Y despues me ahorcarán ó me elevarán una estatua por lo que haya hecho, como pudieran ahorcar ó alzar altares á un barómetro porque su mercurio ha subido ó bajado.

Quizá todo esto es un sueño de mi orgullo; quizá permanezco en la vida como las espigas que quedan en la era por un olvido de los que recogen las haces, para que las aprovechen las espigaderas.

Este orgullo ¿no es tambien una esperanza?

III.

Y así como han pasado estos veintitres San Cárlos, pasarán otros.

Y yo que, segun dicen algunos, llevo ya demasiado tiempo de prometer, tendré al fin que cumplir.

Tendré que escribir *algo*, yo que no escribo más que veinte cuartillas diarias, ademas de los trabajos del periodismo y aprovechando el tiempo que me deja libre el estudio de las leyes.

De la persona que decia que llevaba yo demasiado tiempo de prometer sin hacer nada, conozco media docena de composiciones y una comedia.

Y pasa de los 30 años.

Tenía, pues, derecho á decir que yo no habia hecho nada, pues hasta ahora, con lo que he publicado de tres años á esta parte, apénas podrán formarse ocho tomos regulares. ¡Si al ménos ese censor quisiera buscarme un editor ahora que le necesito!...

Escribiré, pues.

Y escribiendo me acercaré á mi porvenir.

¿Cómo será mi porvenir?

Todos me dicen que le tengo bueno, que me le envidian... ¡Hay quién me envidia!

Más de una vez hubiera yo vendido mi porvenir por cuatro cuartos para cigarros.

¿Ni qué porvenir puedo tener yo que sea bueno para mí?

En mi casa agrietada, en que en el invierno entra el agua á rociar mis papeles, en que el aire se pasea gritando: «¡Viva la libertad!», mi porvenir dorado se me presenta como un gabinetito estrecho, empapelado con gusto, con muebles no ricos, pero sí bonitos; con una chimenea en que la llama chispeante juguetee entre los troncos secos y ayude á la imaginacion á formar sueños fantásticos; con una butaca—yo adoro las butacas—con una mujer amable, un libro, una botella de Jerez y un cajon de habanos.

Esta sería para mí la felicidad.

Pero la felicidad de un dia.

Yo no podria resignarme á la inaccion. Corre por mis venas una especie de fuego excitador que me impele á la lucha.

Yo sería feliz en medio de una cámara como la de la Convencion francesa. La orgía del vino, en que se duerme, me cansa ya; quizá me alegraria la orgía de sangre, en que se muere.

En los peligros se vive doble.

Quizá en aquella Cámara me cansase tambien.

Entre estos *porvenires*, ¿no puede venir tambien para mí el del hospital?

El dia que mi imaginacion, que se gasta en obras frívolas, se agote, tendré que tomar pacíficamente el camino del Hospicio. No he hablado de el del Canal porque no me suicidaré. Iza se suicidó porque estaba ménos desesperado que yo.

En ese caso moriré diciendo, como A. Chenier, señalando á mi frente: «Y sin embargo, aquí habia algo.»

¡Y puede que haya algun cándido que lo crea!

4 de Noviembre de 1854.

CÁRLOS RUBIO.

La tarde del entierro del inmortal Quintana pronunciáronse en el cementerio dos discursos que agitaron profundamente á la inmensa muchedumbre que lo inundaba: el uno fué de Emilio Castelar, el otro de Pedro Antonio de Alarcon; galano, florido y brillante el de aquél, y enérgico y amenazador el del segundo, que por entónces era todavía ardiente demócrata.

Á ellos alude la siguiente inspiradísima composicion de Cárlos Rubio. Por lo demas, los tales discursos produjeron una Real órden prohibiendo que se pronunciasen discursos en los entierros:

EN EL ENTIERRO DE QUINTANA.

(LEIDA EN LA NOCHE DEL 20 DE MARZO EN LA REUNION LITERARIA CELEBRADA EN CASA DEL SEÑOR CRUZADA VILLAMIL.)

Deben regar mis lágrimas la tumba
del genio que, de rayos coronado,
á las puertas del siglo apareciera,
cual con su escudo refulgente armado
en el gigante pórtico de rocas

que entrada al valle dan, tras la sombría
noche de horror, la tierra, el aire, el cielo
bañando con su luz, el rey del dia.
Debo llorar con lágrimas de duelo
al genio que pulsando
lira, digna rival de la tormenta,
con la lira del mar rivalizando,
cantó á la libertad, no á esa sangrienta
hija ciega del ódio y la ignorancia,
que, blandiendo el puñal del asesino,
con la incendiaria tea
alumbra entre los pueblos su camino
y el general espanto se granjea;
sino á aquella en que el cielo se recrea,
hija de la razon sagrada y pura,
que del Calvario en la sangrienta cumbre
á su frente divina
ciñó corona de punzante espina,
tomó la cruz por cetro, y en el nombre
de Dios, bañando con su lumbre el mundo,
benéfica gritó: «libre es el hombre.»

¿Quién no recuerda el grito furibundo
con que, como en un tiempo el Pirineo,
la riscosa cabeza levantando,
á las francesas vencedoras huestes
amenazó de indignacion tronando?
¿Quién ha olvidado los sonoros himnos
en que pasadas glorias
á España recordaba, reanimando
su valor á la par que sus memorias?
¿Quién ha olvidado aquellos
en que ensalzó del genio las victorias,

cuando, Colon intelectual, abria
nuevo rumbo á la sacra pöesía?
Sí, le debo llorar, llorarle debe
todo buen español; mas en su tumba
pidais que un canto en su alabanza eleve,
¿cómo su sacra lira
osára profanar? ¿Acaso un niño
podrá la maza manejar de Alcídes?
¿Acaso en nuestro tiempo el triste ensayo
del hijo audaz del complaciente Apolo
debo imitar sin recordar su rayo?
¡Oh, no! que al gran QUINTANA cante solo
lira que digna de su lira sea,
si alguna en nuestro siglo serlo pudo;
yo en su sepulcro frio
sólo puedo ofrecer, en llanto mudo,
la humilde flor del sentimiento mio.

Y eso ofrecí. Nublado el firmamento,
áun del verdor primaveral desnudo
el campo, inmóvil y callado el viento,
toda naturaleza
cubríase con velo de tristeza,
del pueblo compartiendo el sentimiento;
y el pueblo silencioso se apiñaba
ante la abierta tumba
que recibir debia,
de la alta antorcha que alumbrára al siglo,
los tristes restos, la ceniza fria!
¿Pero qué voz de triste melodía,
lamentacion al número sujeta,
toca pechos y oidos juntamente?
¡Ah! esa es la voz de *América inocente*

que da el postrero adios á su poëta!
Como ecos de los montes al torrente,
las liras españolas
responden á esa voz; entre ellas alza
Francia tambien la suya, y olvidando
que fuera su enemigo, al genio ensalza,
una parte en su gloria reclamando.
¡Oh, cómo entónces, de dolor temblando,
más á la par vibrante de esperanza,
se alzó Emilio (1) tu voz!... Yo áun en su cuna
pude tu genio contemplar; yo he visto
al águila en su nido ternezuela,
cuando volar anhela
sacudiendo las alas áun sin pluma,
y vendrá, dije, un dia en que su vuelo
levantará hasta el cielo
donde ni áun llegará nuestra mirada,
y será entre las aves
por reina del espacio proclamada.
Yo, despues, tú lo sabes,
he contado tus glorias una á una
llorando de alegría; pero entónces
tu voz se alzaba al borde del abismo
de la profunda eternidad, en donde
de los siglos el rápido torrente
cae despeñado y húndese y se esconde,
llevando en su corriente,
como algas muertas que en el agua flotan,
templos, tronos, imperios,
pueblos, y hasta hemisferios

(1) Emilio Castelar.

y mundos que soñábanse inmortales,
y á mi exaltada mente parecia
que era tu voz el eco del torrente
que al abismo sin límites caia.

Tú eras la juventud que su fe ardiente
guarda en el corazon; tu pöesía
de todos tiempos es, es el perfume
del religioso incienso
que en el ara cristiana se consume,
del inocente niño sueño santo,
oracion de la madre, de las puras
vírgenes del Señor místico canto.
Es la fada de blancas vestiduras,
coronada de perlas de rocío,
hija de los perfumes de las flores,
que en el bosque sombrío
vaga cantando amores,
al compas melancólico del rio;
y que, como la bíblica paloma,
por no manchar su traje de pureza,
nunca descanso en nuestro suelo toma.

Pero de nuestro siglo la rudeza
engendró otra poesía; el eco infausto
de la lira doliente, si sonora,
del fruto del amor de Elena y Fausto,
que en las entrañas de la tierra llora;
el gemido sublime
de desesperacion del rebelado
ángel soberbio que en su infierno gime;
lamento del espíritu encerrado
en el grosero tronco que sujeta
la ramosa raíz, con lazo eterno,

al suelo cenagoso de un infierno,
como le vió en sus sueños el poeta.
Y de esta dolorosa
poesía contestó la triste lira
á tu lira amorosa,
como á la venturosa
celeste melodía,
el infierno contesta estremecido
con la dbliente voz de su agonía.
Su aterrador gemido
fué el tuyo, Pedro (1); tu febril acento
como un remordimiento
entre fúnebres sombras se levanta:
la multitud medrosa se conmueve.
¿Qué pecho no se agita? mas ¿qué boca
á respirar se atreve
miéntras tú, en su conciencia convertido,
haces, rompiendo su antifaz mentido,
la confesion del siglo XIX?
«Ha muerto nuestra fe con este anciano,
con él ha muerto la virtud hispana,
¿qué hay, pues, ya que esperar?» ¡Oh! no es tan triste
el fúnebre doblar de la campana
como ese ¡ay! de dolor, eco postrero
de la dorada lira
que la apenada juventud arroja,
y al quebrarse suspira,
y el ángel de los cielos desterrado,
que en su dolor espera
alcanzar su perdon de Dios airado,

(1) Pedro Antonio de Alarcon.

al escuchar severa
sentencia que le roba la esperanza,
no derrama una lágrima de fuego
más llena de dolores que la mia
cuando tu voz calenturienta oia!
¿Mas al dolor debemos la cabeza
doblar, como á los vientos los arbustos,
y cual ellos gemir? ¿Hasta esta era
habitó acaso el hombre el Paraíso
y ésta es la edad primera
que conoce el dolor? ¡Ah! no, que todas
han luchado con él, y de la tierra
le ha ganado el dominio palmo á palmo!
Imitemos su ejemplo; en esa guerra
nuestro valor probemos; y ¿quién sabe
lo que nos guarda el porvenir incierto?
á un golpe más de remos
quizá toquemos el ansiado puerto.
Mira: es verdad que en derredor volvemos
los apenados ojos
y sólo hallamos sombras y ruinas
y sangrientos despojos.
En vano al viejo oráculo se implora;
la profetisa enmudeció, sus dioses,
sonar oyendo su postrera hora,
como astros apagándose se alejan
y sus altares dejan,
¿á qué nuevas deidades? Aun se ignora.
Por eso por doquier se alzan ahora
nuevas aras al Dios desconocido,
y el mundo intelectual es hoy un cáos
de informes moles y revueltas nieblas

y tormentosas nubes mal cuajadas,
en que brilla el talento á llamaradas
aumentando el terror de las tinieblas.
Pero sus convulsiones prolongadas,
los repetidos truenos
que en monton ruedan por sus huecos senos,
los volcanes que estallan por doquiera
y que apaga la mar, de polo á polo
rodando sin ribera,
los temblores no son del moribundo,
son los esfuerzos sólo
que hace, al buscar la ley de su existencia,
el espíritu activo, cuya esencia
yace opresa en su seno más profundo.
La hallará al fin, y entónces de pasada
tenderá Dios al cáos su mirada.
—¡Sea, dirá, la luz, y será el mundo!

Entre tanto, ¡valor! — Cuando en las largas
veladas invernales
la historia de los mártires cristianos
escuchaba en mi infancia candorosa,
¡oh, cómo mi entusiasta fantasía
aquellos muertos siglos evocaba
y alzarse de la tumba les hacía!
¡Y cómo el circo via
que la romana multitud llenaba
lujosa, inquieta y ébria de alegría!
sus gritos impacientes escuchaba,
sus himnos, sus aplausos repetidos,
á que, como la mar á las tormentas
desde su encierro hambrientas,
las fieras contestaban con rugidos,

y yo era el mártir que con frente altiva,
de mi martirio ufano,
paseaba en torno con desden los ojos,
cual nunca en su ovacion jefe romano,
y «¡pueblo vencedor del orbe entero,
solo é inerme estoy, gritaba fiero;
vence mi fe si puedes, soy cristiano!»

¿No guarda acaso, Pedro, tu memoria
del alba de tu vida
sueños cual éste de entusiasmo y gloria?
¿No has envidiado á aquellos españoles
que, de la tierra pasmo,
á ignotos puertos con Colon marchaban,
y á la par arrostraban
muerte penosa y general sarcasmo?

Pues aquel entusiasmo
vuelva á animar tu corazon..... tu mente
rebosa genio y en tu pecho arde
la llama del valor; alza la frente;
léjos de tí vacilacion cobarde,
y la vibrante lira
pulsando audaz con la valiente mano,
vida y aliento y movimiento inspira
á esa generacion desesperada
como tú, y como tú bastante fuerte
para sacar un mundo de su nada.
¿No bastará mi voz á conmoverte?
Pues mira al siglo que tu voz acusa
y mira adónde marcha; lid sangrienta
turbó á España; la voz de los cañones
estremeció la cruz en los altares
y conmovió los tronos; corrió á mares

la sangre castellana,
y el pueblo, apénas vencedor, de hinojos
prosternóse á ofrecer sus lauros rojos,
con sangre de sus venas, á QUINTANA,
mostrando al mundo que si el viejo yugo
los pueblos rompen con furor violento
es para someterse al del talento.
¡Valor, Pedro, valor! — Y tú, severa
sombra que le has oido
y en su voz el gemido
de la apenada juventud ibera,
inspírale tu fe, y en ella anima
el valor abatido,
para que ponga cima
á la obra gigantesca en que pusisteis
tú y los tuyos el sólido cimiento,
que ella, gloria del hombre,
será el mejor, el solo monumento
digno de conservar tu excelso nombre.

CÁRLOS RUBIO.

FIN.

ÍNDICE.

FIN DEL ÍNDICE.

